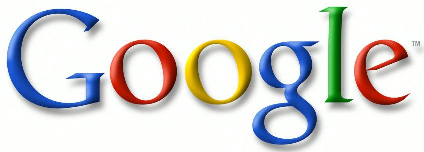



TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA



AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.
TOMO TERCERO.

AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA
ROBADAS A ESPAÑA,

Y ADOPTADAS EN FRANCIA

POR MONSIEUR LE SAGE,

RESTITUIDAS A SU PATRIA

Y A SU LENGUA NATIVA

POR UN ESPAÑOL ZELOSO

QUE NO SUFRE SE BURLEN DE SU NACION.

TOMO TERCERO.



CON PRIVILEGIO:

EN VALENCIA Y OFICINA DE D. BENITO MONFORT.

MDCCLXXXIX.


INSTITUTION
JUL 1969
LIBRARY

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

De los amores de Gil Blas y la señora Lorenza Sefora.

Fui, pues, á Xelva, y llevé al buen Samuel Simon los tres mil ducados que le habiamos robado. Confieso francamente que tuve en el camino mis tentaciones de quedarme con ellos para dar con tan buenos auspicios principio á mi mayordomia: podia hacerlo impunemente: bastaba viajar cinco ó seis dias, y volver como si hubiera llenado mi comision; Don Alfonso y su padre nunca hubieran sospechado de mi fidelidad. Sin embargo no caí en la tentacion, y puedo decir que la vencí como hombre de honor, lo que no es poco loable en un mozo que se habia acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro que muchos de los que solo tratan con hombres de bien son en este punto ménos escrupulosos; díganlo los depositarios, que sin peligro de perder su reputacion pueden apropiarse lo que se les ha confiado.

Hecha la restitucion que no esperaba el mercader, volví á la casa de Leiba, en donde ya no estaba el Conde de Polan, que con Julia y Don Fernando habian partido para Toledo. Hallé á mi nuevo amo mas prendado que nunca de su Serafina, á esta cada dia mas enamorada de su esposo, y á Don Cesar contentísimo de poseer á ambos. Me dediqué á ganar la voluntad de este padre amable, y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa; todo corria por mi mano, recibia el dinero de los arrendadores, gastaba y tenia una autoridad despótica sobre los criados; pero léjos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder, ni despedia á los que me disgustaban, ni exîgia de los demas una entera subordinacion: si acudian á Don Cesar ó á su hijo pidiendo alguna gracia, léjos de oponer estorbos hablaba en su favor. Por otra parte la estimacion que continuamente me mostraban mis amos avivaba mi zelo por su servicio sin atender á otra cosa que á lo que podia interesarles. Administré con manos muy limpias, y fui un mayordomo de los pocos.

Quando estaba mas contento con mi estado, el amor, envidioso de lo bien que me trataba la fortuna, quiso que á él tambien tuviese que agradecerle, y para esto encendió en el corazon de la señora Lorenza Sefora, criada primera de Serafina, una violenta inclinacion al señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de

his-

historiador, mi enamorada rayaba ya en los cinqüenta, pero la frescura de su rostro agradable y de dos hermosos ojos de que sabia servirse con destreza podian hacer pasar por afortunada mi conquista. Le hubiera yo deseado un poco de mas color, porque estaba muy pálida; pero eché la culpa de esto á la austeridad del celibato.

Usó por mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas; mas yo en lugar de corresponder á ellas aparentaba no percibir sus designios: me tuvo por novato en el amor, y no le pareció mal mi cortedad. Juzgó era inútil el lenguage de los ojos con un muchacho á quien creia ménos instruido de lo que estaba; y así en nuestra primera conversacion se declaró en términos formales á fin de que no lo dudase. Ella se manejó como muger práctica, hizo como que se turbaba, y despues de haberme dicho á su satisfaccion quanto quiso se cubrió la cara para persuadirme que se avergonzaba de haberme manifestado su flaqueza. Fué preciso rendirme: me mostré muy sensible á sus cariños, no tanto por amor, como por vanidad; hice del apasionado, y aun afecté estrecharla tanto, que se vió precisada á reñirme; pero lo hizo con tanta blandura que quando me encargaba procurase contenerme no parecia disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado á mas el caso si Sefora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud concediéndome tan facilmente la victoria. De es-

esta suerte nos separámos hasta otra conferencia: Sefora persuadida de que su aparente resistencia la haria pasar en mi opinion por una Vestal, y yo con la dulce esperanza de acabar bien presto esta aventura.

Tal era el feliz estado de mis negocios quando un lacayo de Don Cesar vino á turbar mi contento con una mala nueva. Era este uno de aquellos criados que se dedican á saber quanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacia la corte, y todos los dias me traia alguna noticia, me dixo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento que me manifestaria en satisfaccion, pero con la condicion de guardarle el secreto por ser cosa de la dama Lorenza Sefora, cuyo encono temia. La curiosidad en que me puso era demasiada para dexar de ofrecerle todo sigilo: procuré no manifestar que en ello tenia el mas ligero interes, preguntándole con frialdad qué descubrimiento era aquel del qual me hablaba con tanto misterio. Es, me dixo, que la señora Lorenza introduce secretamente en su quarto todas las noches al Cirujano del lugar, que es un mozo bien plantado; y el bellaco se está bien reposado con ella. Doy de barato prosiguió con un tono maligno que esta accion sea inocentísima, pero Vmd. confesará que un mozo que entra misteriosamente en el quarto de una doncella da ocasion para que no se juzgue bien de su conducta.

Es-

Esta noticia me desazonó tanto como si estuviera enamorado de veras; procuré ocultar mi confusion, y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me pasaba el alma; pero luego que estuve solo me desquité echando mil bravatas, juré, y me puse á discurrir el partido que podria tomar. Ya despreciaba á Lorenza, y la abandonaba sin dignarme oir sus descargos; ya creyendo era punto mio escarmentar al Cirujano, pensaba desafiarlo. Prevaleció esta última resolucion. Púseme en emboscada al anochecer, y en efecto lo ví entrar en el quarto de mi dueña con un modo sospechoso. Solo esto faltaba para encender mi furor, que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de la casa y me aposté junto al camino por donde el galan debia retirarse. Lo esperaba á pié firme, y cada momento irritaba otro tanto el deseo que tenia de llegar á las manos. En fin se dexó ver mi enemigo, le salí al encuentro con un ayre de maton, pero yo no sé como diablos sucedió que me hallé repentinamente sobrecogido de un terror pánico como un héroe de Homero, parado en medio de mi camino, y tan turbado como Páris quando se presentó para combatir con Menelao. Me puse á mirar mi hombre, que me pareció robusto y vigoroso, y su espada desmesuradamente larga. Todo ello hacia en mí su efecto; pero fuese por vanidad ó por otro motivo, aunque estaba viendo el peligro con unos

ojos

ojos que lo hacian todavia mas grande, á pesar de mi miedo que me apretaba para que me volviese tuve aliento para desenvaynar mi tizona y avanzarme hácia el Cirujano.

Sorprendióle mi accion. ¿Qué es esto, señor Gil Blas, gritó? ¿Qué significa este aparato? Vmd. sin duda quiere burlarse. No, señor barbero, le respondí, no, no me burlo. Verémos si es Vm. tan valiente como galan. No crea Vmd. le he de dexar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa. ¡Por vida de San Cosme, exclamó el cirujano con una gran carcaxada, que es un buen chasco! ¡Las apariencias, vive Dios, son engañosas! Por estas palabras presumí que tenia tanta gana de quimera como yo, lo que me hizo mas atrevido é insolente. A otro perro con ese hueso, repliqué yo, á otros con esas, amigo mio, no soy yo hombre á quien satisface la simple negativa. Ya considero, replicó, que me será preciso hablar claro para precaver la desgracia que nos puede suceder á ambos. Voy, pues, á revelaros un secreto, no obstante que los de nuestra profesion no son muy callados. Si la dama Lorenza me introduce á la sordina en su aposento es porque los criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voy á curarle un cáncer inveterado que tiene en las espaldas. Vea Vmd. el motivo de las visitas que tanto le inquietan. Tranquilícese Vmd. en adelante sobre este particular; pero si Vmd.

Vmd., prosiguió, no está satisfecho con esta declaracion, y quiere absolutamente que peleemos, dígalo; y manos á la obra, pues no soy yo hombre que le huiré el cuerpo. Habiendo dicho estas palabras sacó su montante cuya vista me hizo temblar, y se puso en defensa con un ayre que nada bueno me prometia. Basta, le dixe, retirando mi espada, yo no soy de aquellos brutales que no escuchan la razon. Por lo que Vmd. me ha dicho conozco que no es mi enemigo; abracémonos. Por mis palabras conoció que yo no era tan malo como le parecí al principio: envaynó con risa su espada, me abrazó, y nos separamos los mas amigos del mundo.

Desde este momento Séfora se presentaba á mi imaginacion como la cosa mas desagradable. Evité todas las ocasiones que me proporcionaba de hablarla á solas, y mi cuidado y afectacion en huir de ella la hicieron conocer mi disposicion. Asustada de una mudanza tan grande quiso saber la causa, y habiendo encontrado al fin el medio de hablarme á solas me dixo: señor mayordomo, dígame Vmd. si gusta el por qué huye hasta de mis miradas, y por qué en lugar de buscar como otras veces ocasion de hablarme huye tanto de mí. Es verdad que yo he dado los primeros pasos, pero Vmd. me ha correspondido. Acuérdese, si no lo lleva á mal, de la conversacion que tuvimos solos; entonces era Vmd. todo fuego, y aho-

ahora no advierto mas que frialdad. ¿Qué significa esta mudanza? La pregunta era muy delicada para un hombre natural, y á la verdad quedé muy embarazado. No tengo presente lo que le respondí; solamente me acuerdo que le disgustó infinito. Sefora parecia un cordero con su ayre dulce y modesto, pero quando se llenaba de cólera era una tigre. Creía me dixo, echándome una mirada llena de despecho y rabia, creía honrar mucho á un hombrecillo como él, descubriéndole un afecto que caballeros y personas muy nobles harian mucha vanidad de haber excitado. Me está muy bien empleado por haberme baxado indignamente hasta un miserable aventurero.

Si hubiera parado en esto hubiera salido yo del paso á poca costa, pero su lengua furiosa me dió cien epitetos á qual peor. Bien conozco que debí recibirlos á sangre fria, y reflexîonar que habiendo despreciado el triunfo de una virtud que yo habia tentado, cometia un delito que las mugeres jamas perdonan. Un hombre sentado en mi lugar se hubiera reido de estas injurias; pero yo era muy vivo para sufrirlas, y perdí la paciencia. Señora, le dixe, á nadie despreciémos: si esos caballeros de quien Vmd. habla le hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera pasado á mas. Apénas hube disparado esta saeta quando la furiosa dueña me dió la mas grande bofetada que jamas ha dado muger. Para no recibir otra y evi-

evitár la granizáda de golpes que hubieran caido sobre mí, tomé la puerta con la mayor ligereza. Di mil gracias al Cielo al verme fuera de este mal paso, imaginando que nada tenia que temer pues que la dama se habia vengado. Me parecia que por su propia vergüenza debia callar esta aventura. En efecto pasaron quince dias sin saber de ella. Yo mismo principiaba á olvidarla quando supe que estaba mala; confieso que tuve la flaqueza de afligirme; me dió lástima, imaginando que esta desgraciada amante no pudiendo vencer un amor tan mal pagado se habria rendido á su dolor. Me consideraba la principal causa de su enfermedad, y ya que no podia amarla, á lo ménos la compadecia. ¡Pero quánto me engañaba! Su ternura mudada en aborrecimiento no pensaba mas que en mi ruína.

Estando una mañana con Don Alfonso noté que estaba triste y pensativo: preguntéle con respeto qué tenia: tengo pesadumbre, me dixo, al ver á Serafina tan débil, ingrata, é injusta: tú te espantas, añadió, observando mi sorpresa, pues es muy cierto lo que te digo. No sé por qué motivo te has hecho tan odioso á Lorenza su criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de casa. Como Serafina te ama, no debes dudar habrá resistido á los impulsos de este odio, en los quales no puede condescender sin ser ingrata é injusta; pero al fin es muger, y ama tiernamente á Se-

fora que la ha criado. La quiere como si fuera su madre, y se creeria causa de su muerte si no le daba gusto. Por lo que hace á mí, aunque quiero tanto á Serafina, no pienso del mismo modo, y no consentiré te apartes de mí aunque hubieran de perecer todas las dueñas de España: pues te miro no como á criado, sino como hermano.

Luego que acabó de hablar Don Alfonso, le dixe: señor, he nacido para juguete de la fortuna. Pensaba que cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me ofrecia una vida feliz y tranquila: pero al fin me es preciso dexarla, aunque con ella dexe mi mayor gusto. No, no, exclamó el generoso hijo de Don Cesar. Dexame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña: demasiado gusto la damos en otras cosas. Pero, señor, repliqué, irritareis mas á Serafina si le resistis: mas bien quiero retirarme que exponerme, permaneciendo en casa, á ocasionar discordia entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamas hallaria consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y lo ví tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento si yo no hubiese permanecido en mi resolucion. Es verdad que picado de la venganza de la dueña tuve mis impulsos de cantar de plano, y descubrirla; pero luego me compadecia considerando que revelando su flaque-

za heria mortalmente á una infeliz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debia restablecer la tranquilidad en la casa retirándome de ella, pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hícelo así al dia siguiente ántes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbase mi partida, y solo dexé en mi quarto una exâcta cuenta de mi administracion.

CAPITULO II.

De lo que sucedió á Gil Blas despues que se retiró de la casa de Leiva, y de las felices conseqüencias que tuvo el mal suceso de sus amores.

Yo tenia un buen caballo, y llevaba en mi maleta docientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los vandoleros que matamos, y de los tres mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque Don Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Así por esta restitucion miraba mi caudal como legítimamente adquirido, el qual podia gozar sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo entónces tenia se confia mucho en el propio mérito; y fuera de esto, con mi dinero nada creia debia temer en adelante.

Por

Por otra parte Toledo me ofrecia un agradable asilo; no dudaba que el Conde de Polan tendria mucho gusto de recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debia ser quando todo corriese turbio; y ántes quise gastar una parte de mi dinero en correr los Reynos de Murcia y Granada, que deseaba ver. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viage fui de pueblo en pueblo hasta la Ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecia que la fortuna satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado queria en fin dexarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros que encontré en las calles de Granada fué el señor Don Fernando de Leiva, yerno como Don Alfonso del Conde de Polan. Ambos quedámos sorprendidos de vernos en Granada. ¿Qué es esto, Gil Blas, me dixo; tú en Granada? ¿Qué es lo que aquí te trae? Señor, le dixe, si Vmd. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará quando sepa la causa que me ha obligado á dexar el servicio del señor Don Cesar y su hijo. Seguidamente le conté quanto me habia pasado con Sefora, sin ocultarle nada: rió con toda su fuerza el chasco, y sosegada la risa me dixo seriamente: amigo, yo voy á tomar por mi cuenta este negocio, escribiré á mi cuñada...... No, no señor, inter-

ter-

terrumpí, suplicó á Vmd. que no le escriba: no he salido de la casa de Leiva para volver á ella. Si Vmd. gusta puede hacer otro uso del favor que le debo: ruego á Vmd. que si alguno de sus amigos necesita un secretario ó un mayordomo, me presente y recomiende: doy á Vmd. palabra que no desmentiré su informe. Con mucho gusto, respondió: mi venida á Granada ha sido para visitar á una tia mia ya vieja que está enferma; y todavia pasarán tres semanas ántes que me vuelva á Lorquí, en donde ha quedado Julia. En esta casa vivo, prosiguió, señalándome una hosteria que estaba á cien pasos de nosotros: procura verme pasados algunos dias; quizá te habré ya buscado un acomodo.

Efectivamente en la primera vez que nos vimos me dixó: el señor Arzobispo de Granada, mi pariente y amigo, que es un excelente escritor, necesita un hombre instruido y de buen pulso para poner en limpio sus obras. Ha compuesto, y tódos los dias compone, homilias, que predica con mucho aplauso. Como te contemplo á propósito para el caso te he propuesto, y me ha prometido admitirte: vé y presentate de mi parte; por el modo con que te reciba conocerás el informe que le he dado.

La conveniencia me pareció tal como la podia desear; y así habiéndome preparado lo mejor que pude fui una mañana á presentarme á este Prelado. Si yo hubiera de imitar á los que

es-



escriben novelas haria una descripcion pomposa del Palacio Episcopal de Granada, me extenderia sobre la estructura del edificio, celebraria la riqueza de sus muebles, hablaria de sus estatuas y pinturas, y no perdonaria al lector la menor de todas las historias que en ellas se representan; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al Palacio de nuestros Reyes.

Ví en las antesalas una muchedumbre de Eclesiásticos y seculares, la mayor parte familiares de su S. Illma., limosneros, gentiles-hombres, escuderos ó ayudas de cámara. Las libreas de los lacayos eran muy ricas, tanto que mas parecian señores que criados; se mostraban altivos, y hacian el papel de hombres de consequencia: al ver su afectacion no pude ménos de reirme y burlarme de ellos. Par diez, decia á mi sayo, estas gentes tienen el privilegio de no sentir el yugo de la servidumbre; porque al fin si lo sintieran me parece deberian ostentar ménos altanería. Acerquéme á un personage grave y gordo que estaba á la puerta del gabinete del Arzobispo para abrir y cerrar. Le pregunté con mucha cortesia si podria hablar á S. Illma. Espérese Vmd. me dixo secamente, que S. Illma. sale para oir misa, y al paso podrá escucharle. No respondí una palabra, me revestí de paciencia, y procuré trabar conversacion con algunos de los sirvientes; pero aquellos señores no se

dig-

dignaron contestarme, y se entretuvieron en registrarme de pies á cabeza. Despues se miraron unos á otros, burlándose con sonrisa y orgullo de la libertad que habia tenido de mezclarme en su conversacion.

Confieso que me aturdí al verme tratado así por unos lacayos. Todavia no habia vuelto de mi confusion quando se abrió la puerta del gabinete y salió el Arzobispo. Inmediatamente quedó todo en un profundo silencio. Estos soberbios domésticos dexaron sus modos insolentes, y se mostraron con un ayre respetuoso delante de su amo. Tendria el Prelado unos sesenta y nueve años, del cuerpo y traza casi de mi tio Gil Perez el Canónigo, es decir, que era pequeño y grueso, patiestevado, y tan calvo, que solo tenia algunos cabellos hácia el cogote; por lo qual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le tapaba las orejas. Con todo le noté un ayre de caballero, sin duda porque sabia que lo era. La gente ordinaria miramos á los grandes con una cierta prevencion que por lo comun les presta un señorio que la naturaleza les ha negado. Luego que me vió el Arzobispo se vino á mí, y me preguntó con mucha dulzura qué se me ofrecia. Le dixe era el recomendado del señor D. Fernando de Leiva. ¡Ah! exclamó, ¿eres tú el que me ha alabado tanto? Ya estás recibido: me alegro de tan buen hallazgo, quédate desde luego en casa. Diciendo estas palabras se

apo-

apoyó sobre dos escuderos, y habiendo oido á algunos Eclesiásticos que llegaron á hablarle, salió de la sala. Apénas estaba fuera quando se vinieron á mí para saludarme los mismos que poco ántes habian despreciado mi conversacion: me rodean, me agasajan, y testifican la mayor alegría de verme comensal del Arzobispo. Habian oido lo que me habia dicho su amo, y deseaban con ansia saber qué empleo debia tener cerca de S. Illma.; pero para vengarme del desprecio que me habian hecho tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho S. Illma., y me hizo entrar en su gabinete para hablarme á solas. Yo pensé bien era su intencion tantear mis talentos: por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió con algunas preguntas sobre humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal y hacerle ver que conocia suficientemente á los autores Griegos y Latinos. Tocó despues en la dialéctica, y justamente aquí era en donde yo le esperaba. Encontróme bien aferrado: se conoce, me dixo como admirado, que has tenido muy buena educacion. Veamos ahora tu letra. Saqué de mi bolsillo una muestra que habia llevado expresamente para este caso, la que no desagradó á mi Prelado. Me alegro de que tengas tan buena mano, exclamó, y todavia mas de que tengas tan bunos talentos. Yo daré las gracias á mi sobrino Don Fernando porque me ha proporciona-

nado un familiar tan útil. A la verdad me ha hecho un buen regalo.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de algunos caballeros Granadinos que debian acompañar á S. Illma. en la mesa. Dexélos y me retiré con los familiares, que me colmaron de cumplimientos y obsequios. Comí con ellos, y si miéntras la comida procuraron observar mis movimientos, yo no examiné ménos los suyos, ¡Qué modestia no aparentaban los eclesiásticos! los tuve por unos santos; tanto era el respeto que me habia infundido el Palacio Arzobispal: no me pasó por la imaginacion que aquello podia ser gazmoña; como si fuera imposible que la falsedad se hallase en la casa de los Príncipes de la Iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un viejo ayuda de cámara llamado Melchor de la Ronda, que tuvo el cuidado de hacerme buenos platos. Viendo su atencion procuré yo tenérsela, y mi política le agradó mucho. Señor caballero, me dixo en voz baxa luego que acabamos de comer, quisiera hablar con Vmd. á solas, y diciendo esto me llevó á un sitio de Palacio en donde nadie podia oirnos, y allí me tuvo este discurso: hijo mio, desde el instante que te ví te tuve inclinacion, de cuya verdad voy á darte una prueba, confiandote un secreto que te será de grande utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos y los falsos devotos. Para conocer el ter-

reno necesitabas infinito tiempo: voy á excusarte un estudio tan largo y desagradable descubriéndote los caracteres de los unos y de los otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por S. Illma.: es un Prelado muy piadoso, continuamente ocupado en edificar al pueblo y en dirigirlo á la virtud con excelentes sermones morales que él mismo compone. Es un sabio y un grande orador: veinte años hace que dexó la Corte para dedicarse enteramente á la conducta de su rebaño. Tiene su manía en predicar, y el pueblo le oye con gusto y aplauso. Tendrá en esto su poco de vanidad; pero ni á los hombres toca el penetrar los corazones, ni parecerá bien que me ponga á escudriñar los defectos de quien como el pan. Si se me permitiera reprehender alguna cosa en mi amo, vituperaria su severidad; porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos, quando debiera mirarlos con piedad. Sobre todo persigue sin misericordia á los que confiando en su inocencia piensan justificarse jurídicamente, desatendiendo su autoridad. Tiene tambien una falta que es comun á muchas personas grandes: ama á sus criados, pero atiende poco á sus servicios; los dexará envejecerse en su casa sin pensar en su acomodo; si alguna vez los gratifica, es porque hay quien tiene la bondad de hablar por ellos; por lo

que

que hace á S. Illma. jamas se acordará de hacerles bien.

Esto me dixo de su amo, y siguió dándome cuenta del carácter de los eclesiásticos con quienes habiamos comido: me los retrató muy al contrario de lo que se mostraban: es verdad que no me dixo eran gentes infames, pero si malos Sacerdotes. No obstante exceptuó á algunos cuya virtud alabó. Con esta leccion no dudé cómo debia portarme con estos señores, y en la misma noche cenando me revestí como ellos de un exterior modesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas, pues nada cuesta el serlo.

CAPITULO III.

Gil Blas, Privado del Arzobispo, y dispensador de sus gracias.

Miéntras la siesta saqué de la posada mi maleta y caballo, y volví á cenar á Palacio, en donde me pusieron un quarto decente con muy buena cama. El dia siguiente me hizo llamar S. Illma. bien de mañana para darme á copiar una homilia, me encargó mucho lo hiciera con toda la exâctitud posible, lo que executé sin olvidar acento, punto, ni coma, lo que llenó de gusto y de admiracion al Prelado. Luego que recorrió todas las hojas exclamó arrebatado. ¡Eterno Dios! ¡Puede darse copia mas cor-

rec-

recta. Para no ser gramático eres muy buen copista. Hablame con satisfacion, amigo mio, ¿has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado? algun descuido en el estilo, ó algun término impropio? Es muy facil se escape algo de esto con el fuego de la composicion. ¡O, señor! respondí modestamente, no es tanta mi instruccion que pueda meterme á crítico, y aun quando fuera capaz de ello, estoy asegurado que las obras de V. S. Illma. no caerian baxo mi censura. Sonrióse con mi respuesta, y nada me replicó; pero en medio de toda su piedad se traslucia que amaba con pasion sus escritos.

Acabé de ganarlo con esta adulacion; cada dia me queria mas, tanto que Don Fernando, que visitaba freqüentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad, que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo despues con la ocasion siguiente. Habiendo repetido con entusiasmo una tarde en su gabinete delante de mí una homilia que debia predicar en la Catedral al otro dia, no se contentó con preguntarme en general qué me habia parecido; sino que me obligó á decirle los pasages que me habian dado mas golpe; tuve la fortuna de citarle aquellos de que estaba mas satisfecho y que eran sus favoritos: esto me hizo pasar en el concepto de S. Illma. por de un conocimiento delicado, que sabia atinar con las verdaderas

her-

hermosuras de una obra. Esto es, exclamó, lo que se llama tener gusto y delicadeza. Sí, querido, te aseguro que no es tu oido oreja de *Beocia*. En fin tan contento quedó que me dixo con mucha expresion: no tengas ya cuidado, corre de mi cuenta tu fortuna, y yo te la procuraré agradable. Yo te quiero, y en prueba de ello quiero seas mi confidente.

Al oir estas palabras me eché á los pies de S. Illma. penetrado de reconocimiento. Abracé con todo corazon sus piernas torcidas, y me creí ya hecho hombre. Sí, hijo mio, prosiguió el Arzobispo, cuyo discurso se habia interrumpido por mi accion: sí, hijo mio, quiero hacerte depositario de mis pensamientos los mas secretos. Escucha atentamente lo que voy á decirte. Tengo gusto en predicar, y el Señor bendice mis homilias, porque ellas hieren á los pecadores, les hacen entrar dentro de sí mismos y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfaccion de ver á un avaro espantado con las imágenes que presento á su codicia, abrir sus tesoros y distribuirlos con una mano pródiga: apartarse un lascivo de sus torpezas: retirarse los ambiciosos á las hermitas, y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa, á quien hacia titubear un galan engañoso. Estas conversiones que son freqüentes debian por sí solas excitarme al trabajo; con todo te confiesso mi flaqueza; todavia me mueve otro premio: premio que la delicadeza de mi vir-

tud

tud me reprehende inútilmente: esta es la estimacion del público por las obras acabadas. Yo encuentro mucha satisfaccion en que me tengan por un orador consumado. Hoy pasan mis obras por fuertes y delicadas, pero no querria caer en las faltas de los buenos escritores que escriben por muchos años, y al fin flaquean. Yo quisiera no perder mi reputacion.

En este supuesto, mi amado Gil Blas, continuó el Prelado, espero una cosa de tu zelo: quando percibas que mi pluma se envejece, quando notes se baxa mi estilo, no dexes de advertirmelo. En este punto no me fio de mí mismo. Mi amor propio podria cegarme. Esta observacion necesita de un entendimiento imparcial; por tanto elixo el tuyo que contemplo á propósito, y desde luego estaré á tu dictámen. Señor, le dixe, si V. S. Illma. está todavia bien léjos de este tiempo, á Dios gracias. Ademas que un entendimiento tal como el de V. S. Illma. se conserva mas bien que los de otro temple, y para hablar con propiedad V. S. Illma. será siempre el mismo. Yo juzgo á V. S. Illma. como un otro Cardenal Ximenez, cuyo genio superior parece recibia mas fuerzas con los años en lugar de debilitarse con la vejez. Dexémonos de adulaciones, amigo mio. respondió mi amo; yo sé que puedo baxarme y perder la sublimidad de mi estilo de un instante á otro: en la edad en que me hallo ya se principian á sentir las enfermedades, y las

en-

enfermedades del cuerpo alteran al espíritu. De nuevo te lo encargo, Gil Blas, no te detengas un momento en avisarme quando adviertas se debilita mi cabeza. No temas usar conmigo de franqueza y sinceridad, porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por otra parte va en ello tu interes; porque si por desgracia tuya supiese se hablaba en la Ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion, y que podia ya dar de mano á mis tareas, perderias no solo mi afecto, sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad, esto sacarias de tu necia discrecion.

Aquí acabó la exôrtacion de mi amo para oir mi respuesta, que se reduxo á prometerle quanto deseaba. Desde este momento nada tuvo secreto para mí, y vine á ser su privado. Todos los familiares envidiavan mi suerte, ménos el prudente Melchor de la Ronda. Era de ver como trataban los gentiles hombres y escuderos al confidente de S. Illma.: no se afrentaban de abatirse por tenerme contento, sus baxezas me hacian dudar fuesen españoles. Aunque conocia sus ideas interesadas, y nunca me engañaron sus lisonjas, no por esto dexé de servirlos. Mis oficios hicieron que S. Illma. les procurase empleos. A uno hizo dar una compañia, y le dio con que hacer su papel en el exército; á otro envió á México con un empleo considerable, y no olvidando á mi amigo Mel-

Melchor le saqué una buena gratificacion. Esto me hizo conocer que si el Prelado de su propio motivo no daba, á lo ménos rara vez negaba lo que se le pedia.

Pero me parece debó referir con mas extension lo que hize por un eclesiástico. Un dia nuestro Maestre de Sala me presentó un cierto licenciado llamado Luis Garcia, hombre mozo y de buena presencia, y me dixo: señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mejores amigos: ha sido Capellan de Monjas, pero su virtud no ha podido librarse de malas lenguas. Lo han desacreditado tanto con S. Illma. que lo ha suspendido, y no quiere escuchar á los que piden su habilitacion; nos hemos valido de lo principal de Granada, pero nuestro amo es inflexîble.

Señores, les dixe, este negocio se ha gobernado mal; hubiera sido mejor no haber empeñado á nadie; por hacerle bien al señor Licenciado le han hecho mucho daño. Yo conozco á S. Illma., y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la falta de un eclesiástico. No ha mucho que le oí decir, quanto mas personas empeña en su favor un eclesiástico que está irregular, tanto mas aumenta el escándalo y mi severidad. Malo es eso, dixo el Maestre Sala, y mi amigo tendria mal negocio si no tuviera tan buena mano; pero gracias á Dios él escribe hermosamente, y esta habilidad le sacará del

pa-

paso. Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mia. El Licenciado me manifestó una muestra, que traia prevenida; quedé admirado de su hermosura y limpieza, y me pareció de las muestras que dan los maestros de escuela. Miéntras consideraba tan bella forma de letra me vino al pensamiento una idea, y en su conseqüencia pedí á Garcia me dexase el papel, diciéndole que acaso le seria útil, que no podia decirle mas por entónces; pero que nos viésemos á otro dia y hablariamos. El Licenciado, á quien el mayordomo al parecer habia celebrado mi genio, se retiró tan satisfecho como si ya hubiese conseguido todas sus licencias.

A la verdad yo deseaba hacerle este favor, y desde el mismo dia trabajé en ello del modo que voy á decir. Estando solo con el Arzobispo le manifesté el papel de Garcia, el qual agradó infinito á mi patron. Señor, le dixe aprovechándome de la ocasion: pues que V. S. Illma. no quiere imprimir sus homilias, no seria malo que á lo ménos se escribiesen de esta letra.

El Prelado me respondió: aunque me agrada la tuya, no me disgustaria tener copiadas mis obras de esta mano. No se necesita mas, proseguí, que el consentimiento de V. S. Illma. es un Licenciado conocido mio el que tiene esta habilidad; él se alegrará mucho servir á

V. S. Illma., y mas quando por este medio podrá esperar de su bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla.

¿Cómo se llama ese Licenciado? me preguntó. Luis Garcia, le dixe, y está lleno de amargura por haber incurrido en la indignacion de V. S. Illma. Este Garcia, interrumpió, si no me engaño, ha sido Capellan en un Convento de Monjas, y ha incurrido en las censuras eclesiásticas. Todavía me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él; sus costumbres no son muy buenas. Señor, dixe, no es mi ánimo justificarlo; pero sé que tiene muchos enemigos, y asegura que los que le han acusado han cuidado mas de hacerle daño que de decir la verdad. Bien puede ser, replicó el Arzobispo, porque hay en el mundo espíritus muy perversos; pero doy de barato que su conducta no haya sido siempre irreprehensible, acaso se habrá arrepentido, y sobre todo á gran pecado gran misericordia. Haz venir á ese Licenciado á quien desde luego levanto las censuras.

Ved aquí como quando media el interes propio los hombres mas rigurosos templan su severidad. El Arzobispo concedió sin pena lo que habia rehusado á los mas poderosos empeños sólo por el vano gusto de tenér sus obras bien escritas. Al instánte dí esta noticia al Maestre Sala, quien sin pérdida de tiempo la pasó á su amigo Garcia. Al dia siguiente vino á

darme los agradecimientos correspondientes á la gracia obtenida. Lo presenté á mi amo, quien contentándose con una ligera reprehension le dió algunas homilias que pusiera en limpio. García se portó tan grandemente, que S. Illma. lo restableció en su ministerio, y aun le dió el Curato de Gabia: un Lugar grande inmediato á Granada, lo que prueba muy bien que los beneficios no se dan siempre á la virtud.

CAPITULO IV.

Es acometido de apoplegia el Arzobispo. Del embarazo en que se encuentra Gil Blas, y del modo con que salió de él.

Quando me ocupaba en servir de este modo á unos y á otros, Don Fernando de Leiva se preparaba para dexar á Granada. Visité á este señor ántes de su partida para darle de nuevo gracias por el excelente acomodo que me habia procurado. Viéndome tan gustoso me dixo: mi amado Gil Blas, me alegro mucho que estés tan contento con mi tio el Arzobispo. Estoy contentísimo, le respondí, con este gran Prelado, y verdaderamente debo estarlo: Ademas de que es un señor muy amable, nunca podré yo agradecer bastantemente las bondades que le debo; pero todo esto necesitaba para consolarme de la separacion de Don César y su hijo. No creo yo que ellos la hayan

sentido ménos, dixo D. Fernando. Puede ser que no os hayais despedido para siempre. Da tantas vueltas el mundo que acaso os podreis ver todavia juntos. Estas palabras me enternecieron y no pude ménos de suspirar: entoncés conocí que mi amor á Don Alfonso era tanto, que con gusto hubiera dexado al Arzobispo y quanto podia esperar de su privanza por volverme á la casa de Leiva siempre que se hubiera quitado la ocasion de mi retiro de ella. Don Fernando advirtió mi ternura; y le agradó tanto mi ley que me abrazó diciendo que su familia se interesaria siempre en mi fortuna.

A los dos meses de haber marchado este caballero, y en el tiempo que me encontraba mas favorecido tuvimos un grande susto en Palacio: el Arzobispo fue atacado de apoplexía; pero se le socorrió con tan prontos y eficaces remedios, que desapareció á muy pocos dias, pero le quedó algo débil la cabeza. Al primer sermon que compuso lo eché de ver, pero no podia comprehender del todo la diferencia de este con los antecedentes, para asegurarme que mi orador empezaba á decaer, y por esto aguardé á que predicase otro para decidir. Hízolo, y no fué menéster esperar mas. El buen Prelado se rozaba, repetia, se levantaba á las nubes, y se abatia hasta el suelo: su oracion fué difusa, arenga de Catedrático cansado, un sermon de mision sin concierto.

No fui yo solo quien lo notó; casi todos

los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo exâminasen, se decian al oido: este sermon huele á apoplexía. Vamos, señor censor, y árbritro de las homilias, me dixe, prepárese Vmd. para hacer su oficio. Ya vé Vmd. que S. Illma. declina: Vmd. está obligado á advertírselo, tanto por depositario de sus confianzes, como por el temor de que alguno de sus amigos lo prevenga: si llegára este caso sabe Vmd. muy bien sus conseqüencias; seria Vmd. borrado de su testamento, en el qual sin duda ahora habrá apuntado un legado mas útil que la Biblioteca del Licenciado Sedillo.

A estas reflexîones se sucedían otras enteramente contrarias, porque me parecia muy expuesto dar un aviso tan desagradable que no recibiria con gusto un autor apasionado tercamente por sus obras: por otra parte me parecia era imposible que le disgustase mi libertad despues de habérmelo ordenado con tanta eficacia. Añadamos á esto que yo pensaba entrarle con maña y hacerle tragar suavemente la píldora. En fin persuadiéndome á que aventuraba mas en callar que en hablar me determiné á romper el silencio.

Solo una cosa me inquietaba, y era no saber como sacar la conversacion. Gracias al Cielo el orador mismo me sacó de este embarazo preguntándome qué se decia de él en el mundo, y si habia gustado su último sermon. Respondí que sus homilias siempre admi-

A mi-

miraban; pero que á mi parecer la ultima no habia movido tanto al auditorio como las antecedentes. ¿Cómo es eso, amigo, respondió sobresaltado, se ha encontrado algun Aristarco? Señor Illmo., respondí, no son obras las de V. S. Illma. que haya quien se atreva á censurarlas; ántes todos las celebran; pero como V. S. Illma. me tiene mandado le hable con franqueza y sinceridad, me he atrevido á decir que su último discurso no me parece tiene la solidez de los precedentes. ¿Piensa V. S. Illma. de otro modo? A estas palabras se mudó de color mi amo, y con una sonrisa forzada me dixo: ¿señor Gil Blas, con que esta pieza no es del gusto de Vmd.? No digo yo eso, interrumpí todo turbado, es excelente, aunque un poco inferior á las otras obras de V. S. Illma. Ya te entiendo, replicó, te parece que voy baxando; ¿no es esto? Acorta de razones; tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme. Jamas hubiera yo hablado á V. S. Illma. con tanta claridad si expresamente no me lo hubiera mandado; y pues en esto he obedecido á V. S. Illma. le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento. No lo permita Dios, interrumpió precipitadamente, no permita Dios que tal cosa os reprenda: en eso sería yo muy injusto. No es del todo malo que me digas tu dictámen; pero tu dictámen no me parece justo; yo me engañé habiéndome sometido á ser el juguete de tu limitada inteligencia.

Aun-

Aunque estaba tan turbado procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar un autor irritado, y mas si está acostumbrado á no oir mas que elogios. No hablemos mas de esto, hijo mio, me dixo: tú eres todavía muy niño para distinguir lo verdadero de lo falso: sabe que en mi vida he compuesto mejor homilia que esta que ha tenido la desgracia de no haber merecido tu aprobacion. Gracias al Cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavía de su vigor. En adelante yo elegiré mejores confidentes. Quiero otros mas capaces de decidir que tú: anda, prosiguió, empujándome para que saliera de su gabinete, y dí á mi Tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. Vaya Vmd. con Dios, señor Gil Blas, me alegraré logre Vmd. toda felicidad con un poco de mas gusto.

CAPITULO V.

Del partido que tomó Gil Blas despues que lo despidió el Arzobispo: su casual encuentro con el Licenciado García, y como le manifestó este su agradecimiento.

Salí del gabinete maldiciendo el capricho, ó por mejor decir la flaqueza del Arzobispo, y todavía mas irritado contra S. Illma. que afligido de haber perdido su favor, y aun dudé

por

por algun tiempo si tomaria los cien ducados; pero despues de haberlo reflexîonado bien no quise tener la tonteria de perderlos. Conocí que esta gratificacion no me estorbaria ridiculizar su accion; lo que me proponia hacer siempre y quando se hablase en mi presencia de sus homilias.

Pedí al Tesorero los cien ducados, sin decirle una sola palabra de lo que habia pasado. Despues me despedí para siempre de Melchor de la Ronda, quien me amaba tanto, que no pudo dexar de sentir mucho mi desgracia. Observé que miéntras le daba cuenta de lo sucedido su rostro manifestaba su dolor. Apesar del respeto que debia al Arzobispo no pudo ménos de vituperar su conducta. Pero como con mi enojo jurase que el Prelado me lo habia de pagar, y que á su costa se habia de divertir toda la Ciudad; el sabio Melchor me dixo: creeme, amado Gil Blas, pásate tu dolor, y calla; los inferiores deben respetar siempre á los grandes, aunque tengan motivos para quejarse. Confieso que hay señores muy groseros que no merecen atencion alguna, pero al fin pueden hacer daño, y es preciso temerles.

Dí las gracias al anciano ayuda de cámara por su buen consejo, y le ofrecí aprovecharme de él. Despues de esto me dixo: si vas á Madrid procura ver á Joseph Navarro, mi sobrino; es Oficial primero del señor Don Baltasar de Gunazi, y me atrevo á decirte que es un mozo digno de tu amistad. Es franco, vivo,

ofi-

oficioso é insinuante, yo quisiera que fuérais amigos. Le respondí que no dexaria de verlo luego que llegara á Madrid, á donde pensaba volver. Salí inmediatamente del Palacio Arzobispal con ánimo de no poner mas en él los pies. Puede ser hubiera marchado al instante á Toledo si hubiera conservado mi caballo; pero lo habia vendido en el tiempo de mi fortuna, creyendo que ya no lo necesitaba. Determiné, pues, quedarme en Granada todavía un mes, y despues irme con el Conde de Polan, y para esto tomé un quarto en una posada.

Se acercaba la hora de comer, y pregunté á mi huéspeda si habria por allí cerca alguna hostería, y me dixo que á dos pasos de su casa habia una excelente, en donde daban bien de comer y concurrian muchas gentes de forma. Hice que me digesen en dónde estaba, y fuí inmediatamente á ella. Entré en una gran sala á manera de refectorio: habia diez ó doce sentados á una mesa larga cubierta con unos manteles sucios, que solo pensaban en despachar su pitanza; me traxéron la mia, tan mezquina, que sin duda hubiera echado ménos en otra ocasion la mesa que acababa de perder; pero como estaba tan picado contra el Arzobispo, la frugalidad de mi hostería me parecia preferible á las abundancias Arzobispales. Vituperaba la variedad y multitud de guisos que se dan en semejantes mesas, y discurriendo

como pudiera hacerlo un médico de Valladolid decia: pobres de los que se hallan freqüentemente en mesas tan dañosas, en las que es preciso estar siempre sujetando el apetito para no cargar demasiado el estómago: ¿por poco que se coma no se come siempre bastante? El mal humor me hacia alabar los aforismos que ántes habia despreciado. Quando iba rematando mi racion sin temer pasar los límites de la templanza llegó á la Sala el Licenciado Luis Garcia, aquel Capellan de Monjas que logró el Curato de Gavia del modo que llevo referido. En el instante que me vió me saludó precipitadamente como un hombre arrebatado de alegría: me abrazó, y tuve la precision de sufrir un larguísimo cumplimiento con que me dió gracias por el bien que le habia hecho, moliéndome con demostraciones de reconocimiento. Sentóse á mi lado diciéndo: vive Dios, mi amado patron; que pues he tenido la fortuna de encontraros no nos hemos de despedir sin beber un trago; pero no vale nada el vino de esta posada, si Vmd. gusta en acabando de comer: hémosi de ir á cierta parte en donde he de regalar á Vmd. con una botella del vino mas enjuto de Lucena, y un exquisito moscatel de Fuencarral. Por esta vez es preciso correr un gallo. Deme Vmd. este gusto. ¡Que no tenga yo la fortuna de ver á Vmd., á lo ménos por algunos dias, en mi Curato de Gavia! Allí obsequiaria á Vmd. como á un Mecénas genero-

so, á quien debo las comodidades y la tranquilidad de la vida que gozo.

Miéntras me hablaba le traxéron su racion. Empezó á comer, pero sin cesar de decir de quando en quando alguna cosa que mostrase su agradecimiento. En uno de estos intervalos, con motivo de haberme preguntado por su amigo el Maestre Sala le manifesté mi salida de la casa Arzobispal. Le conté hasta las menores circunstancias de mi desgracia, lo que escuchó con mucha atencion. ¿Quién no hubiera esperado en vista de tanto como me habia dicho que aquel hombre se hubiese manifestado muy sentido, y que hubiese declamado furiosamente contra el Arzobispo? Pues no pensó en ello, ántes baxó la cabeza, estuvo frio y pensativo hasta que acabó de comer, sin hablar mas palabra, y despues levantándose de la mesa aceleradamente me saludó con frialdad, y se fué. Este ingrato, viendo que ya no podia serle útil, ni aun quiso tomar la pena de ocultarme su indiferencia. Me reí de su ingratitud, y mirándolo con todo el desprecio que merecia, le dixe bien alto para que me oyese: ola, señor prudente Capellan de Monjas, vaya Vmd. á refrescar ese exquisito vino de Lucena con que me ha convidado.

CA-

CAPITULO VI.

Gil Blas va á la comedia : de la admiracion que le causó la vista de una cómica, y de lo que le sucedió con ella.

Todavía no habia salido García de la sala quando entráron dos caballeros muy bien vestidos, los quales se sentáron cerca de mí: principiáron á tratar de los cómicos de la compañía de Granada, y de una comedia nueva que se representaba entónces. Por su conversacion entendí que aquella pieza hacia mucho ruido en la Ciudad; dióme deseo de verla en la misma tarde. Como casi siempre estuve en Palacio, y allí estaba anatematizada esta clase de recreo, no habia visto comedia alguna desde que vivia en Granada, y toda mi diversion se habia reducido á las homilias.

A la hora acostumbrada me fuí al teatro, en donde habia ya un grande concurso. Oí diferentes disertaciones sobre la pieza, que hacian los que estaban á mi lado, y observé que todos querian dar su voto, declarándose unos en pro, otros en contra. Decia uno que estaba á mi derecha: ¿se ha visto jamas obra mas bien escrita? Y á mi izquierda decia otro, ¡qué estilo tan miserable! Confesémos que si hay malos autores hay tambien peores críticos. Quando pienso que los poetas dramáticos tienen que

su-

sufrir tantas pesadumbres, me espanto de que haya algunos tan atrevidos que desafien la ignorancia del vulgo y la censura peligrosa de los medios sabios, que corrompen el juicio del público.

En fin se presentó el gracioso para romper el teatro. Por todas partes sonáron las palmadas, lo que me hizo sospechar era uno de aquellos comediantes consentidos á quien los mosqueteros suplen todo lo que hacen. Efectivamente no decia una palabra, ni hacia un gesto que no se atraxera mil aplausos: como conocia el gusto que daba abusaba de la aceptacion. Noté mas de una vez que no sabia el papel, y que sus descuidos ponian en mucho aprieto la prevencion con que le oían: si en lugar de aplaudirlo le hubieran silvado hubieran obrado en justicia.

Palmeáron á otros comediantes, pero particularmente á una que hacia el papel de criada. La miré con cuidado, y no puedo explicar quanto me sorptendí conociendo que era mi Laura, mi querida Laura, á quien hacia todavia en Madrid con Arsenia. No dudé fuese ella, porque su talle, sus facciones, el metal de su voz, todo me aseguraba que no esraba equivocado. No obstante desconfiando de mis ojos, y de mis oidos pregunté á un caballero que estaba á mi lado como se llamaba. ¡O! amigo, me dixo: Vmd. es forastero sin duda, ¿de qué pais viene Vmd.? Vmd. al parecer se ha des-

desembarcado ahora, pues que no conoce á la bella Estela. La semejanza era muy perfecta para equivocarla; y desde luego sospeché que Laura al mudar de estado tambien habia mudado de nombre, y deseoso de saber de sus cosas (porque el público jamas ignora las de los cómicos) me informé del mismo sugeto si esta Estela tenia algun amante de importancia, y me respondió que el Marques de Marialva, señor Portugues, que dos meses habia se hallaba en Granada, era quien gastaba mucho con ella. Mas me hubiera dicho si mas le preguntara; pero temí cansarlo con mis preguntas. Pensé mas en esta noticia que en la comedia; y si al salir alguno me hubiera preguntado de ella no hubiera sabido que decirle. Todo el tiempo se me fué en pensar en Laura y Estela, y aun me resolví á visitarla en su casa al otro dia. No dexaba de inquietarme el no saber como seria recibido. Era de creer que no le diese gusto mi vista en el estado tan brillante en que se hallaba: y era de presumir que una cómica de tanto nombre fingiese no conocerme para vengarse de un hombre de quien sin duda tenia motivos de estar sentida. Nada de esto me detuvo. Despues de una ligera cena, pues en mi hostería no eran de otra clase, me retiré á mi quarto esperando con mucha impaciencia el dia.

Dormí poco, y me levanté al amanecer. Pareciéndome que la dama de un gran señor no

se

Tom. III. fol. 39.



Franco Mollera las gravó

se dexaria ver tàn de mañana, gasté tres ó quatro horas en componerme, afeitarme, empolvarme y perfumarme. Queria que no se avergonzase de mi presencia. Salí á las diez, pregunté en la casa de comedias donde vivia, y pasé á la suya. Vivia en el quarto principal de una casa grande. Me abrió la puerta una criada, á quien dixe diese recado de que un mozo deseaba hablar á la señora Estela. Entró con él, é inmediatamente oí que su ama gritó: ¿ quién es ese jóven ? ¿ Qué me quiere ? que entre.

Presumí habia llegado en mala ocasion, que estária su Portugues con ella en el tocador, y para hacerle creer no era muger que recibia recados sospechosos alzaba tanto el grito. Dicho y hecho: estaba allí el Marques de Marialva, que gastaba con ella todas las mañanas. Con este motivo esperaba un mal cumplimiento, quando esta cómica original viéndome entrar se arrojó á mí con los brazos abiertos, gritando como fuera de si: ¡ Ay hermano mio ! ¿ eres tú ? Diciendo esto me abrazó muchas veces. Despues volviéndose hácia el Portugues le dixo: señor perdone V. S. que en su presencia ceda á los impulsos de la sangre. Ha tres años que no he visto á mi hermano, y no he podido contenerme, ni dexar de manifestarle mi amor. Dime, pues, mi amado Gil Blas, continuó dirigiéndose á mí, dime algo de la familia: ¿ cómo ha quedado ?

Es-

Este discurso me embarazó por el pronto; pero inmediatamente penetré las intenciones de Laura, y apoyando su artificio le respondí con un tono propio de la scena que ámbos íbamos á representar : nuestros padres están buenos gracias a Dios, querida hermana. Tú te maravillarás de verme cómica en Granada, interrumpió, pero no me condenes sin oirme. Bien sabes hace tres años que mi padre creyó establecerme ventajosamente casándome con el Capitan Don Antonio Coello, quien me llevó desde Asturias á Madrid, su patria. A los seis meses de estar en ella le sucedió un lance de honor ocasionado por su genio violento, y mató á un caballero que me habia mostrado alguna atencion. Era el muerto de familia muy ilustre y de mucho crédito. Mi marido, que ninguno tenia, se salvó en Cataluña con todo lo que encontró en la casa de dinero, y piedras preciosas. Se embarcó en Barcelona, pasó á Italia, y entró en el servicio de los Venecianos, y al fin perdió la vida en la Morea en una batalla contra los Turcos. En este tiempo nos confiscáron una poca tierra, el único bien que poseiamos, quedando yo viuda y pobre. ¿Qué partido podía tomar en tan triste constitucion? No habia medio de volverme á las Asturias; ¿y qué papel haria yo en aquel Principado? mi familia, quando mas se hubieran compadecido de mi desgracia. Por otra parte tuve muy buena crianza para escoger una vida desenvuelta. En este

es-

estrecho, para conservar mi reputacion, no hallé otro partido que hacerme comedianta.

Al oir á Laura acabar así su novela fué tal el impulso de mi risa, que apénas pude reprimirme; pero al fin lo conseguí, y le dixe con mucha gravedad: hermana mia, apruebo tu conducta, y me alegro mucho de encontrarte en Granada tan honradamente establecida.

El Marques de Marialva, que no habia perdido un punto de nuestra conversacion, pilló al pié de la letra todos los enredos que le dió la gana de ensartar á la Viuda de Don Antonio. Tambien entró en la conversacion preguntándome si tenia algun empleo en Granada ó en otra parte. Dudé un momento si mentiria, pero me pareció no habia necesidad, y le dixe la verdad: contéle punto por punto como habia entrado en casa del Arzobispo, y como habia salido, lo que divirtió infinito al señor Portugues. Es verdad que á pesar de lo que prometí á Melchor me entretuve un poco á expensas del Arzobispo. Lo mas gracioso fué que Laura imaginándose era otra novela como la suya, daba unas carcajadas, que hubiera excusado si hubiera sabido que hablaba verdad.

Acabado mi cuento, que llegó hasta lo de haber tomado un quarto en la posada, avisáron para comer. Quise retirarme para acudir á mi hosteria, pero Laura me detuvo. ¿En qué piensas, hermano mio, me dixo? Tú has de comer conmigo. Tampoco consentiré estés mas

tiempo en una posada. Estarás y comerás en casa, y así haz traer tu equipage hoy mismo, que aquí tienes cama.

El señor Portugues, á quien tal vez esta hospitalidad no daba gusto, habló entónces y dixo á Laura: No, Estela, no tienes aquí comodidad para recibir á nadie. Tu hermano me parece un buen mozo, y con la circunstancia de ser cosa tuya no puedo ménos de atenderlo: yo quiero que me sirva, y será el mas querido de mis secretarios, y quien tendrá mis confianzas. Desde esta noche dormirá en casa, yo mandaré le pongan un quarto, y le señalo quatrocientos ducados de salario; y si en adelante me diese gusto, como lo espero le pondré en estado de que no sienta haber sido tan sincero con su Arzobispo.

A los agradecimientos que dí al Marques añadió Laura otros mayores. Esto es hecho; no hablémos mas, interrumpió el Marques. Diciendo esto se despidió de su Princesa de teatro, y se fué. Laura me llevó á un quarto retirado, y viéndonos solos dixo: me hubiera reventado si hubiera resistido mas tiempo la risa, y dexándose caer sobre un sillon apretándose los hijares empezó á reir como una loca. Yo no pude ménos de hacer otro tanto, y quando nos hubímos cansado me dixo: confiesa, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia; y á la verdad yo no esperaba tan buena salida: mi ánimo solamente era darte

la

la mesa y quarto en casa, y para hacerlo con un motivo honrado fingí que eras mi hermano, pero ha salido mejor de lo que pensaba; me alegro que mi enredo te haya facilitado tan buen acomodo. El Marques de Marialva es un caballero generoso, que hará mas de lo que te ha prometido. Otra que yo no hubiera recibido con tan buena cara á un hombre que dexa sus amigos á la francesa; pero yo soy de aquellas mozas de buena pasta, que reciben siempre con gusto al bribon que una vez quisiéron.

Confesé de buena fe mi impolitica y le pedí perdon; despues de lo qual me conduxo á un comedor muy curioso. Nos sentámos á la mesa en donde nos tratámos de hermanos, porque teniamos de testigos una criada y un lacayo. Luego que acabámos volvimos al mismo quarto, y allí mi incomparable Laura dando libertad á su genio alegre me pidió cuenta de lo que me habia sucedido desde mi separacion. Satisfice su curiosidad con una fiel narracion de mis aventuras; y ella contentó la mia con la relacion de las suyas, que hizo en estos términos.

CAPITULO VII.

Historia de Laura.

Voy á contarte lo mas sucinto que pueda el motivo de haber abrazado la profesion cómica. Despues que tan honradamente me dexaste su-

cediéron cosas de mucha entidad. Mi ama Arsenia abjuró el teatro mas de cansada que de disgustada del mundo, y me llevó á una bella hacienda que compró cerca de Zamora con moneda extraña. Bien presto tomámos conocimientos en la Ciudad, á donde íbamos con freqüencia, y nos deteniamos uno ó dos días.

En uno de estos viagillos Don Felix Maldonado, hijo único del Corregidor, me vió casualmente, y le caí en gracia. Buscó ocasion de hablarme á solas, y para decirte la verdad; yo hice un poco de mi parte para facilitársela. Este caballero no tenia veinte años, hermoso como el mismo amor, y encantaba mas todavía por sus modales amables y generosos que por su figura. Me ofreció con tanta gracia y con tanta instancia un grueso brillante que llevaba en el dedo, que no pude ménos de aceptarlo. Estaba muy gustosa y vana con un galan tan amable; ¡pero qué mal hacen las criadas y mozuelas ordinarias de enamorarse de los hijos, cuyos padres tienen poder y autoridad! Advertido de nuestro trato el Corregidor, que era de los mas severos, procuró evitar con presteza sus conseqüencias. Me hizo prender por una tropa de alguaciles, que á pesar de mis gritos me lleváron al hospital de la caridad.

Allí, sin otra forma de proceso, la superiora me despojó de mi tumbaga y de mis vestidos, y me hizo poner un saco largo de sem-

pi-

piterna musga, y ceñirme con una correa ancha negra, de donde pendia un rosario grueso que me llegaba á los talones. Después me lleváron á una sala en donde encontré un frayle viejo de no sé que orden, que principió á exhortarme á la penitencia poco mas ó ménos del mismo modo que la señora Leonarda te exhortó á tí á la paciencia en el sótano. Me dixo debia estar muy agradecida á las personas que me habian hecho encerrar allí, pues que me hacian un gran servicio retirándome de los lazos del demonio, en los quales lastimosamente estaba enredada. Te confieso francamente mi ingratitud; léjos de ser agradecida á los que me habian hecho este beneficio les echaba mil maldiciones.

Ocho dias pasé sin consuelo; pero á los nueve (porque yo contaba hasta los minutos) creí mudar de suerte. Al pásar por un patio pequeño me encontró el mayordomo de la casa, á quien todo se sujetaba, hasta la misma superiora. Unicamente dependia del Corregidor, á quien daba las cuentas de su administracion, y quien tenia una entera confianza en él. Llamábase Pedro Zendano, natural de Salsedon en Vizcaya. Figurate un hombre alto, pálido, seco y de una figura propia para modelo de una pintura del buen ladron. Cara mas hipócrita no la habrás visto ni en el Palacio de tu Arzobispo: parecia que ni aun miraba á las hermanas recogidas.

En-

Encontré, como iba diciendo, al señor Zendano, el qual me detuvo y dixo: consuélate, hija mia; me han dado lástima tus desgracias. Nada mas dixo, y continuó su camino, dexando á mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un texto tan lacónico. Como yo lo tenia por un hombre de bien me imaginaba buenamente que habria exâminado la causa de mi encerramiento, y que no habiéndola encontrado suficiente para un castigo tan indigno, querria interesarse en mi favor con el Corregidor. ¡Pero qué mal conocia al Vizcaino, y qué distintas eran sus intenciones! Habia proyectado en su mente un viage, del que me dió parte algunos dias despues. Amada Laura mia, me dixo: es tanto lo que siento tus trabajos que he resuelto acabarlos. Bien sé que me pierdo; pero no soy ya mio ni puedo vivir mas que para tí. El triste estado en que te veo me parte el corazon. Quiero sacarte de esta prision desde mañana, y llevarte yo mismo á Madrid, sacrificándolo todo á la satisfaccion de ser tu libertador. Pensé morir de gusto al oir á Zendano; el qual juzgando por mis extremos que lo que yo mas deseaba era salir de mi encierro, tuvo el dia siguiente la osadia de sacarme á vista de todos del modo que voy á contar. Dixo á la superiora que tenia órden del Corregidor para llevarme á una casa de recreo, en donde estaba á dos leguas de la Ciudad, y me hizo que con todo descoco montara con

él

él en una calesa de posta, tirada de dos buenas mulas, que para el caso habia comprado. No llevábamos en nuestra compañia mas que un criado que hacia de calesero, y que era enteramente de la confianza del mayordomo. Tomámos el camino no como yo creia hácia Madrid, sino hácia las fronteras de Portugal, á donde llegámos en tan poco tiempo que no podia el Corregidor saber nuestra huida ni despachar en nuestro seguimiento sus galgos ántes de entrar en este Reyno. Al acercarnos á Braganza el Vizcaino me hizo tomar un vestido de hombre que tenia prevenido, y contándome ya por suya me dixo en la hostería donde nos alojámos: bella Laura; no me tengas á mal que te haya traido á Portugal. El Corregidor de Zamora sin falta alguna nos hará buscar en nuestra patria como á dos reos indignos de encontrar asilo en ella; pero podémos ponernos á cubierto de su ira en este Reyno extraño, aunque en el dia esté sometido al dominio Español: á lo ménos estarémos aquí mas seguros que en nuestro pais. Sigue, pues, á un hombre que te adora, vámos á vivir á Coimbra, allí pasarémos sin temor nuestros dias con el mayor gusto. Una proposicion tan viva me hizo conocer que mi caballero no era de aquellos andantes que por sola la gloria y cumplimiento de la órden de caballería trasportaban y ponian en seguridad á las Princesas. Sin dificultad comprehendí esperaba mu-

cho de mi agradecimiento; pero mas de mi miseria. No obstante, por mas que uno y otro motivo me impeliesen repugné mucho, y me negué á lo que me proponia. Es verdad que por mi parte tenia dos fuertes razones para mostrarme tan contenida: ni era de mi gusto ni lo creía rico. Pero quando volviendo á estrecharme ofreció ante todas cosas casarse conmigo, y me hizo ver palpablemente que su administracion le habia subministrado fondos para mucho tiempo, ya le escuché con mas agrado. Me aluciné con los brillos del oro y alhajas que me mostró, y entonces conocí que el interés sabe hacer tantas metamórfosis como el amor. Poco á poco apareció mi Vizcaíno otro hombre á mis ojos: su cuerpo alto y seco me parecia una estatura fina y delicada; su palidez una blancura hermosa, y hasta su hipocresía le daba un nombre favorable. Con esta mudanza acepté voluntariamente su mano tomando al Cielo por testigo de nuestra union. Desde entónces no halló contradiccion en mí para cosa alguna; tomámos de nuevo nuestro camino, y muy presto Coimbra nos tuvo por vecinos.

Mi marido me compró muy buenos vestidos, y me presentó muchos diamantes, entre los quales conocí el de Don Felix Maldonado. No necesité mas para adivinar de donde venian todas las piedras preciosas que habia visto, y para persuadirme que mi marido no era escrupuloso en el séptimo mandamiento. Pero consi-

siderándome como la causa primera de sus hurtos se los perdonaba. Una muger excusa siempre los mas enormes delitos que ocasiona su hermosura : sin esta consideracion me hubiera parecido muy perverso aquel hombre.

Dos ó tres meses pasé con él gustosa, porque me hacia mil cariños y me mostraba mucho amor. Sin embargo todo esto no era mas que falsas exterioridades : el bribon me engañaba con ellas, y me preparaba el trato que debe esperar toda muger seducida por un hombre infame. Habiendo venido de Misa una mañana no encontré en la casa mas que las paredes. El bueno de Zendano y su fiel criado se manejáron con tal destreza que en ménos de una hora no dexáron estaca en pared ; todo se lo lleváron, de modo que solo me quedó el vestido que tenia puesto, y la sortija de D. Félix que por fortuna llevaba en el dedo, con lo que me ví como otra Ariadne abandonada de un ingrato. Te aseguro que no me puse á lamentar mi desgracia, ántes bien dí gracias al Cielo porque me habia librado de un infame que tarde ó temprano habia de caer en poder de la justicia. Reputé por perdido el tiempo que habiamos vivido juntos, y creí repararlo prontamente. Si hubiera querido quedarme en Portugal con alguna señora ilustre hubiera tenido de sobra ; pero ya fuese el amor que tenia á mi pais, ó mi estrella que me preparaba mejor fortuna, solo pensé en volver á ver

á España. Un joyero me compró el brillante, tomé su importe en monedas de oro, y salí en una calesa con una señora Española, ya anciana, que iba á Sevilla.

Llamábase Dorotea, y habia ido á Coimbra para ver una parienta que vivia en aquella Ciudad, y se volvia á Sevilla en donde tenia su residencia. Confrontamos ámbas de tal modo que desde la primera jornada nos unímos, y se fortificó tanto nuestra amistad en el camino, que quando llegámos á Sevilla no permitió saliera de su casa. No tuve lugar de arrepentirme de haber contraido semejante conocimiento. No he visto jamas muger de mejor carácter. Todavía se descubria en sus facciones y en la vivacidad de sus ojos que en su mocedad habria hecho puntear en sus rexas bastantes guitarras. Y por esto sin duda habia tenido muchos maridos nobles, y vivia honradamente con lo que le dexáron.

Tenia entre otras prendas excelentes la de ser muy compasiva con las doncellas desgraciadas. Quando le conté mis cuitas tomó con tanto ardor mi causa que llenó de maldiciones á Zendano. ¡Ah perros! dixo con un tono que no parecia sino que en el camino habia encontrado algun mayordomo, miserable. Hay en el mundo bribones que como este se deleitan en engañar las mugeres. Lo que me consuela, hija mia, es que segun tu narracion de ninguna manera estás atada por matrimonio al

per-

perjuro vizcaino; si este pudiera excusarte con Dios y con el mundo, fuera un obstáculo para contraer otro mejor si se ofrecia ocasion.

Todos los dias salia con Dorotea para ir á la Iglesia ó á visitar alguna amiga, medio seguro de encontrar prontamente aventuras, y en efecto me atraxe las miradas de muchos caballeros, de entre los quales algunos quisiéron tentar el vado. Hablaron por segunda mano á mi vieja patrona, pero los unos no tenian con que subvenir á los gastos de un establecimiento, y los restantes todavía eran unos babosos; lo que me quitaba la gana de oirlos, sabiendo por mi experiencia las conseqüencias. Un dia quisimos ir á la comedia. Anunciaba el cartel que se representaba *la famosa comedia*, *el Embaxador de sí mismo*, compuesta por Lope de Vega Carpio.

Entre las cómicas que se presentáron en el teatro descubrí una de mis antiguas amigas, Fenicia, aquella moza gorda, pero muy alegre, que te acordarás era criada de Florimunda, con quien comiste alguna vez en casa de Arsenia. Yo sabia muy bien que Fenicia habia mas de dos años que no estaba en Madrid; pero ignoraba que fuese cómica. Tal era la impaciencia que tenia de abrazarla, que me pareció larguísima la pieza. Quizá seria tambien porque no la representaban ni tan bien ni tan mal que pudiera divertirme; porque te confieso que como soy tan risueña un cómico perfec-

fectamente ridículo no me divierte ménos que uno excelente. En fin llegado el esperado momento, es decir, el fin de la famosa comedia, fuímos mi viuda y yo al vestuario, en donde vímos á Fenicia que hacia de la desdeñosa, escuchando con melindres el dulce gorgeo de un paxarito al parecer cogido con la liga de su declamacion. Luego que me vió se despidió cortesmente, vino á mí con los brazos abiertos, y me hizo todos los favores imaginables. Por mi parte la abracé con todo mi corazon. Mutuamente nos testificámos el gusto de habernos vuelto á ver; pero no permitiéndonos el tiempo ni el sitio que nos engolfáramos en largos discursos, dexámos para el dia siguiente hablar en su casa con mas amplitud.

El gusto de hablar es una de las mas vivas pasiones de las mugeres. No pude pegar mis ojos en toda la noche, tal era el deseo que tenia de pillar á Fenicia y hacerle preguntas y repreguntas. Dios sabe si fuí perezosa para levantarme é ir á donde me habia dicho que vivia. Estaba alojada con toda la compañia en un gran meson. Una criada que encontré al entrar, y á quien supliqué me conduxese al quarto de Fenicia, me llevó á un corredor, á lo largo del qual habia diez ó doce pequeñas salas, separadas solamente por unos tabiques de madera, y ocupados por la quadrilla alegre. Mi conductora tocó á una puerta la qual abrió Fenicia, cuya lengua se recomia tanto como la

mia

mia por hablar. Apénas tuvímos tiempo para sentarnos quando principiamos á charlar, y venos en disposcion de palotear sin cesar. Teniamos tanto que preguntarnos que se atropellaban las preguntas y las respuestas.

Despues de habernos contado nuestras aventuras, y despues de habernos instruido del estado presente de nuestros negocios, me preguntó Fenicia qué partido queria tomar, porque en fin, me dixo, es preciso hacer alguna cosa. No es bien visto en una persona de tu tiempo ser inútil á la sociedad. Le respondí que habia resuelto hasta mejor fortuna, colocarme con alguna señorita de calidad. Quítate allá, exclamó mi amiga, no pienses en eso. ¿Es posible, dije mio, que no te has enfadado de servir? ¿No te has cansado de estar sujeta á la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oir que te regañan, y en una palabra de ser esclava? ¿Por qué no escoges, como yo, meterte á comedianta? Nada mas conveniente á una persona de luces, y á quien faltan bienes y nacimiento. Es un estado medio entre la nobleza y la plebe, una condicion libre y desembarazada de las etiquetas que tanto incomodan. Nuestras rentas, cuyos fondos posee el público, se nos pagan en moneda corriente; en una palabra, siempre vivímos alegres, y gastámos nuestro dinero con la misma facilidad que lo hémos ganado.

El teatro, prosiguió, favorece sobre todo

á

á las mugeres. Todavia me salen los colores quando me acuerdo que quando servia á Florimunda no oia otros requiebros que los de los criados del corral del Príncipe, y que ningun hombre de suposicion hacia caso de mi buena cara. ¿De qué nacia esto? de que yo no hacia allí papel; por buena que sea una pintura no se celebra si no se expone al público. Pero despues que me presenté en las tablas ha habido una gran mudanza. Yo llevo al retortero los mejores mozos de los pueblos por donde pasámos. El oficio de cómica nos da cierto atractivo; y si una es prudente y discreta, es decir; que no hace favor mas que á uno, se celebra como honrada y modesta; y quando muda de galan la miran como una verdadera viuda que se vuelve á casar. Pero si contrae una viuda terceras nupcias se hace despreciable, porque esto choca la delicadeza de los hombres; pero una cómica se hace de mas valor, á medida que hace mayor el número de sus favorecidos. Todavía despues de cien cortejos es un plato que solo se presenta en la mesa de los señores.

¿Para qué te cansas, interrumpí yo al llegar aquí? ¿Piensas tú que me son desconocidas esas ventajas? Muy de ordinario me las represento, y hablandote sin ningun disimulo, te digo que ellas lisonjean demasiado á una muchacha de mi genio. Tengo mucha inclinacion á la comedia, pero esto no basta, se requiere

talento, y no le tengo; algunas veces he representado delante de Arsenia un pedazo de relacion, y no quedó gustosa, esto me ha hecho disgustarme del arte. No es extraño que disgustases á Arsenia, porque las cómicas célebres son por lo comun envidiosas; á pesar de su vanidad temen que se les presenten objetos que les desluzcan. En fin sobre este asunto no me remitiera solamente al voto de Arsenia; su decision no ha sido sincera. Te digo sin adulacion que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad, accion libre y muy graciosa, el metal de la voz dulce, buen pecho, y sobre todo una cara pulida. ¡Ah, gran picarona, á quantos encantáras si fueras comedianta!

A esto añadió todavía otros discursos artificiosos, y me hizo representar algunos versos, con el ánimo solamente de hacerme conocer la buena disposicion que tenia para el teatro; y habiéndome oido fuéron mayores sus elogios hasta aventajarme á todas las cómicas de Madrid. En vista de esto no debia ya dudar de mi mérito, ni dexar de condenar á Arsenia de envidiosa y de mala fe. Me fué preciso convenir en que yo era una moza admirable. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos comediantes que entráron en aquel punto, los que quedáron arrebatados, y quando volviéron de su admiracion fué para colmarme de aplausos. Hablando seriamente aseguro que aun quando los tres hubieran ido des-

desafiados á qual me habia de alabar mas no hubieran empleado mas hipérboles. Mi modestia tuvo poco que sufrir con tantos elogios. Yo principié á creer que valia alguna cosa, y véme aqui decidida por la comedia.

No hablémos mas, querida mia, dixe á Fenicia, esto es hecho. Quiero seguir tu consejo y entrar en la compañia, si no hay inconveniente. A esto mi amiga transportada de gusto me abrazó, y sus dos camaradas no manifestaron ménos alegría que ella al ver mi determinacion. Convenimos en que al dia siguiente por la mañana iria al teatro, y haria presente á toda la compañía el mismo ensayo. Si en casa de Fenicia dí una opinion ventajosa de mí, todavía juzgáron mas favorablemente los comediantes quando dixe en su presencia una veintena de versos; y me recibieron muy gustosos en la compañía. Desde entónces toda mi atencion se dirigió al modo con que debia presentarme por la vez primera. Para hacerlo con mas brillo emplee todo el dinero que me quedaba de la sortija; y aunque no tuve bastante para vestirme soberviamente, suplió el gusto delicado y ayroso la magnificencia que faltaba. En fin salí á las tablas. ¡Qué palmadas! ¡qué elogios! Amigo mio, no faltaré á la modestia si te digo que arrebaté toda la atencion de los espectadores. Era necesario haber visto el ruido que yo hice en Sevilla para creerlo. Yo fuí el asunto de todas las conversaciones de la Ciudad,

dad, que por dos semanas acudió á bandadas á la comedia, de modo que la compañía con esta novedad atraxo al público, que ya principiaba á abandonarla. Me presenté de un modo que encantó á todos, y esto fué publicar que me vendia á el que mas diera. Una infinidad de sugetos de todas edades y condiciones viniéron á ofrecerme sus atenciones y facultades. Por mi gusto hubiera elegido el mas jóven y bonito; pero nosotras solamente debémos consultar el interes y la ambicion quando se trata de contraernos. Esta es regla del teatro. Por esta razon preferí á Don Ambrosio de Nisañá, hombre rico, generoso, y uno de los señores mas poderosos de Andalucia, aunque ya viejo y de muy mala figura. Es verdad que le costó caro. Me alquiló una bella casa, la adornó magnificamente, me puso un buen cocinero, dos lacayos, una doncella de labor, y mil ducados por mes. Añade á esto ricos vestidos y muchas joyas. Arsenia jamas llegó á un estado tan brillante.

¡Qué mudanza en mi fortuna! Ni aun yo podia concebirla, ni me conocia á mí misma; por lo que no me espanto de que haya tantas que se olviden prontamente de la nada y la miseria de donde las sacó el capricho de algun poderoso. Te confieso sinceramente que los aplausos del público, los discursos lisonjeros que oia por todas partes, y la pasion de Don Ambrosio me inspiraron una vanidad que llegó hasta la extravagancia. Miré mi habilidad como un

título de nobleza, y tomé el ayre de una muger ilustre; ya escaseaba tanto las miradas cariñosas, quanto las habia prodigado ántes, hasta tomar la resolucion de no hacer caso sino de Duques, Condes y Marqueses.

El señor de Nisaña con algunos de sus amigos venia todas las noches á cenar á mi casa: yo por mi parte procuraba juntar las comediantas mas entretenidas, y pasábamos la mayor parte de la noche en beber y en reir. Una vida tan agradable me acomodaba mucho; pero no duró mas que seis meses. Si los señores no tuvieran la facilidad de cansarse serian muy amables. Don Ambrosio me dexó por una maja Granadina que acababa de llegar, y que tenia el talento de hacer valer sus gracias. Mi afliccion no pasó de veinte y quatro horas, porque inmediatamente ocupó su lugar un caballero de veinte y dos años, llamado D. Luis de Calazer, de tan buena cara que pocos podian compararsele. Con razon me preguntarás por qué elegí á un señor tan joven, sabiendo que el comercio de esta clase de amantes es peligroso; pues yo te digo que Don Luis ni tenia padre ni madre, y que poseia ya su caudal; ademas que este trato solo deben temerlo las criadas y las miserables aventureras; las de nuestra profesion son personas de título, nunca sómos responsables de los efectos que producen nuestras gracias. Desgraciadas las familias á cuyos herederos hémos descañonado.

Tan

Tan fuertemente nos unimos Calacer y yo, que dudo haya habido amor como el nuestro. Parece nos amábamos á porfia: todos creian éramos dos amantes los mas dichosos; pero en realidad éramos infelices. Don Luis era amable por su figura; pero tan zeloso que me desolaba á cada instante con injustas sospechas. Por mas que procurase no mirar á hombre alguno, para acomodarme á su flaqueza, su ingeniosa desconfianza hallaba delitos con que inutilizaba mi reserva. Si estaba en las tablas le parecia que miéntras representaba miraba al descuido cariñosamente á algun jóven, y con esta sospecha me llenaba de injurias. En una palabra nuestros mas tiernos entretenimientos se mezclaban siempre con quimeras. No pudímos sufrir mas; á ámbos nos faltó la paciencia y rompímos amigablemente. ¿Creerás tú que el último dia de nuestra comunicacion fué el mas gustoso que habiamos tenido hasta entónces? Igualmente fatigados los dos de los males que habiamos sufrido nos despedímos con la mayor alegría, como dos miserables cautivos que recobran su libertad despues de una dura esclavitud.

Desde entónces he procurado precaverme del amor. No quiero mas union que turbe mi reposo. No sienta bien en nosotras suspirar como las demas mugeres: no debemos abrigar en nuestro pecho una pasion cuyas ridiculeces hacémos ver al público.

En-

Entretanto se aumentaba mi fama. Ella publicaba por todas partes que yo era una actriz inimitable. Este buen nombre hizo que los comediantes de Granada me escribiesen convidándome con una plaza en su compañía; y para darme á conocer que la proposicion no era despreciable me enviáron un estado de sus últimos diarios y de sus rentas, por el qual me pareció que era un partido ventajoso; así lo acepté, aunque en el fondo de mi corazon sentia dexar á Fenicia y Dorotea, á quienes amaba tanto quanto una muger es capaz de amar á otra. A la primera dexé en Sevilla ocupada en derretir la vaxilla de un platerillo, que por vanidad queria tener por cortejo á una comedianta. Se me ha olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con este salí para Granada.

Allí principié mi exercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no queria hacer favor sino á quien me diese buenas esperanzas, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo temiendo pagar la pena de una conducta que á nada conducia, y que no me era natural, pensaba declararme por un Oydor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon del empleo, de una buena mesa y equipage hacia el papel de señor, quando ví la primera vez al Marques de Marialva.

Es-

Este señor Portugues, que viajaba en España por curiosidad, al pasar por Granada vino á la comedia, y justamente no salí aquel dia. Miró con mucha atencion las actrices que se presentáron, encontró una que le agradó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaban ya para ajustarse quando me presenté en el teatro. Mi presencia y mis monadas volviéron prontamente la veleta. Ya mi Portugues solo pensó en mí, y á decir verdad, como no ignoraba que mi compañera habia agradado á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido; pero esto poco importa. Debiera saber que es natural entre las mugeres esta ambicion, y que las mas intimas amigas no hacen escrúpulo de ella.

CAPITULO VIII.

Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada; y de la persona á quien reconoció en el vestuario.

En el mismo momento que Laura acababa de contar su historia, llegó una comedianta vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroina de teatro hubiera sido excelente para hacer el papel de la Diosa Cotis. Mi hermana no dexó de presentar el hermano é esta figura añexa, y so-

sobre esto hubo grandes cumplimientos de ámbas partes.

Las dexé solas diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del Marques, cuya habitacion me enseñó ella. Fuí inmediatamente al quarto que habia alquilado, pagué á mi huéspeda, dí á un hombre mi valija, y fuí con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. En la puerta encontré á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondíle que sí, y me dixo, pues sea Vmd. muy bien venido, caballero. El Marques de Marialva, de quien tengo el honor de ser mayordomo, me ha mandado que os reciba con todo agasajo, se le ha preparado á Vmd. un quarto; si Vmd. gusta, yo se lo mostraré. Me subió á lo último de la casa, y me entró en un aposento tan pequeño que solo cabia una cama muy estrecha, un armario y dos sillas; tal era mi habitacion. Vmd. no estará aquí muy á sus anchuras, me dixo mi conductor, pero en recompensa prometo á Vmd. que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Encerré mi valija en el armario, del qual quité la llave, y pregunté por la hora en que se cenaba. Me respondiéron que el señor cenaba comunmente fuera, y que daba á cada criado cierta suma al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas, y cono-

nocí que los criados del Marques eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una corta conversacion dexé al mayordomo, y fuí á buscar á Laura, ocupado agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué á la puerta de la casa de comedias, y dixe ser hermano de Estela, todo se me franqueó. Hubierais visto los guardas precipitarse para darme paso, como si yo fuera uno de los mas grandes señores de Granada. Los cobradores que encontré en el camino me hiciéron mil profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector es el recibimiento que con una seriedad cómica se me hizo en el vestuario, en donde encontré toda la compañía vestida ya, y dispuesta para principiar. Los comediantes y comediantas á quienes Laura me presentó, cargáron sobre mí. Los hombres me agoviáron con abrazos, y las mugeres en seguida aplicando sus rostros pintados sobre el mio lo llenáron de arrebol y blanquete. Todos querian ser los primeros para cumplimentarme, y todos me hablaban á un tiempo. A mí me era imposible rosponderles; pero la hermana vino á mi socorro, y como su lengua estaba exercitada, á nadie le hice falta.

No pararon los cumplimientos en los actores y actrices; fué preciso sufrir los del tramoyista, violinistas, apuntador, despavilador y sotadespavilador; en fin de todos los criados

dos del teatro, que al ruido de mi llegada corrieron á registrarme; no parecia sino que estas gentes eran todas de la inclusa, que no habian visto jamas hermanos.

Entretanto se dió principio á la comedia, y algunos caballeros que estaban en los vestuarios se retiráron para tomar sus asientos, y yo, como de casa, continué en conversacion con los actores que no estaban de exercicio. Entre estos habia uno a quien llamáron, y oí le nombraban Melchor. Este nombre me chocó; y habiendo mirado atentamente la persona á quien se le daba, me pareció que lo habia visto en alguna parte. Al fin me acordé de él, y ví que era Melchor Zapata, aquel pobre comediante de la legua, que como dixe en el primer volumen de esta historia, mojaba las cortezas de pan en una fuente.

Al instante lo saqué á un lado, y le dixe: si no me engaño, Vmd. es el señor Melchor, con quien tuve la honra de almorzar un dia á la orilla de una clara fuente que hay entre Valladolid y Segovia. Vmd. se acordará que entónces iba yo con un mancebo de barbero, y que juntámos algunas provisiones que llevábamos con las de Vmd. y compusímos entre los tres una comida escasa, que se sazonó con mil discursos agradables. Zapata se puso como pensatívo por algunos instantes, y despues me respondió: Vmd. me habla de una cosa de que sin dificultad hago memoría. Entónces venia de

Ma-

Madrid, en donde habia tenido mis pruebas, y volvia á Zamora. Tambien me acuerdo que mis negocios estaban en muy mala positura. Y yo por estas señas le dixe, hago memoria que Vmd. llevaba un jubón aforrado con carteles de comedias. Tampoco he olvidado que Vmd. se quexaba en aquel tiempo de que tenia una muger muy beata. !O¡ por lo que hace á eso ya no me quexo, dixo Zapata con precipitacion: vive Dios que la comadre se ha corregido en esto, y así mi jubon va mejor forrado.

Quando iba á darle la enhorabuena de tan feliz mudanza tuvo la precision de dexarme para salir á las tablas. Con el deseo de conocerla me acerqué á un comediante y le supliqué me la mostrase; lo que hizo diciendo: vea Vmd. ahí á Narcisa, que si se exceptúa á la hermana de Vmd. es la mas hermosa de nuestras damas. Pensé que esta actriz debia ser aquella por quien se habia declarado el Marques de Marialva ántes de haber visto á su Estela, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia llevé á Laura á su casa en donde ví muchos cocineros que preparaban una gran cena. Aquí puedes cenar, me dixo ella. Nada ménos que eso, le respondí; el Marques quizá gustará de estar solo contigo. Te engañas, respondió: ahora vendrá con dos de sus amigos, y uno de nuestros compañeros; y si tú quieres serás el sexto en nuestra mesa. Bien sabes que en casa de las cómicas los secreta-

rios tienen privilegio de comer con sus amos. Es verdad, la dixe; pero todavía no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos: para obtener este empleo honorífico debo ántes ocuparme en alguna comision de confianza. Diciendo esto dexé á Laura y fui á mi hostería, á donde hice cuenta de comer todos los dias, porque mi amo no tenia casa.

CAPITULO IX.

Del hombre extraordinario con quien cenó aquella noche, y de lo que pasó entre ellos.

Advertí cenaba solo en un rincon de la sala un viejo vestido de paño pardo que parecia monje, y por curiosidad me senté en frente de él; le saludé muy cortesmente, y correspondió del mismo modo: traxéron mi pitanza, que principié á despachar con mucho apetito, y miéntras comia sin decir una palabra lo miraba freqüentemente; pero siempre le hallé puestos sus ojos en mí. Fatigado de su afan en mirarme le hablé en estos términos: Padre, segun el cuidado con que Vmd. me mira yo debo no serle desconocido: dígame Vmd. si nos hemos visto en otra parte.

Con mucha gravedad me respondió: os miro con esta atencion para admirar la prodigiosa variedad de aventuras que están grabadas en los rasgos de vuestro rostro. A lo que veo, le

le dixe con un ayre burlon, Vuestra Reverencia sabe la metoposcopia. Bien podria lisonjearme de poseerla, dixo el monje, y de haber pronosticado cosas que no ha desmentido el tiempo; tambien sé la chîromancia, atreviéndome á decir que mis oráculos son infalibles quando he confrontado la inspeccion de la mano con la del rostro

Aunque este viejo tuviese la apariencia de un hombre virtuoso me pareció tan loco que no pude dexar de reirme; pero en lugar de ofenderse de mi impolítica se sonrió; y despues de haber registrado bien la sala y haberse asegurado de que nadie nos oia, continuó hablando de esta manera: No me espanto de veros opueto á estas dos ciencias que en el dia pasan por tan frívolas; el largo y penoso estudio que requieren desanima á todos los sabios, que despechados de no haberlas podído adquirir las renuncian y desacreditan; por lo que hace á mí no me ha acobardado su obscuridad, ni tanpoco las dificultades que se suceden sin cesar en la indagacion de los secretos chîmicos y en el arte maravilloso de transmutar los metales en oro.

Pero no pienso, prosiguió habiendo tomado nuevo aliento, que hablo á un jòven á quien mis discursos deban parecer sueños. Una ligera prueba de mi habilidad os hará juzgar mejor de mí que todo lo que podría deciros. Diciendo esto sacó de su bolsillo una vasixa lle-

llena de un licor roxo. Despues me dixo: vea Vmd. aquí una elixîr que he compuesto esta mañana del jugo de ciertas plantas sacado por alambique, porque á imitacion de Demócrito he empleado casi toda mi vida en saber las propiedades de los simples y de los minerales. Vmd. va á probar su virtud. Bien vé Vmd. que el vino que bebémos es muy malo; pues se ha de hacer excelente. Al mismo tiempo echó dos gotas de su elixîr en mi botella, con las que mi vino se volvió mas delicioso que los mejores que se beben en España.

Todo lo maravilloso sorprehende, y una vez preocupado el entendimiento ya no hay juicio. Pasmado de ver un secreto tan bueno, y persuadido á que era menester ser poco ménos que diablo para haberlo encontrado, exclamé lleno de admiracion: !O, padre mio; perdóneme Vmd. por Dios, si le he tenido por un viejo loco. Ahora le hago á Vmd. justicia; esto me basta para estar asegurado de que si quiere puede hacer en un instante de una barra de yerro una de oro. !Qué dichoso fuera yo si poseyera esta admirable ciencia! El Cielo os libre de ella, interrumpió el viejo con un profundo suspiro! Tú no sabes, hijo mio, lo que deseas. En lugar de envidiarme ténme lástima; pues yo mismo he trabajado tanto para hacerme infeliz. Siempre vivo inquieto, temo ser descubierto, y que una prision perpetua sea el premio de todos mis trabajos. Con este temor

pa-

paso una vida errante, tan presto disfrazado en sacerdote ó monge, como en caballero ó paisano. Mira, pues, si será ventajoso el saber hacer oro á este precio. Y sobre todo ¿las riquezas no son un verdadero suplicio para aquellos que no las poseen tranquilamente?

Este discurso me parece muy sensato, dixe entónces al filosofo. Nada iguala al gusto de vivir en reposo; Vmd. me hace despreciar la piedra filosofal: me contentaré con que Vmd. me anuncie lo que ha de sucederme. Hijo mio, con mucho gusto, respondió. Ya he observado tus facciones; veamos ahora tu mano. Se la presenté con una confianza que no me honrará en la opinion de algunos lectores, quienes quizá en mi lugar hubieran hecho otro tanto. La exâminó con mucha atencion, y dixo despues con entusiasmo: Ha! ¡quantos transitos del dolor á la alegría y de la alegría al dolor! ¡Qué succesion tan extraordinaria de desgracias y de prosperidades! Pero tú has probado ya gran parte de estas alternativas. Ya casi no os quedan desgracias que sufrir, y cierto señor os procurará un agradable destino que no será alterado. Despues de haberme asegurado que podia esperar con certeza esta prediccion se despidió de mí y salió de la hostería, en donde me quedé muy preocupado con las cosas que acababa de oir. Creí sin duda que el señor de quien me hablaba era el Marques; y por consiguiente nada me parecia mas posible

que



que el cumplimiento de la prediccion. Pero aun quando no hubiera tenido la menor apariencia era tal el crédito que habia adquirido en mi opinion con su elixîr, que no hubiera dexado de darle entera creencia. Por mi parte para llegar pronto á la felicidad que me habia predicho resolví unirme al Marques mas que á ninguno de los otros amos. Con esta resolucion me retiré á nuestra posada lleno de una alegría que no se puede explicar. Ninguna muger ha podido salir jamas tan contenta de casa de una gitana.

CAPITULO X.

De la comision que el Marques de Marialva dió à Gil Blas; y cómo la evacuó este fiel Secretario.

Todavía no habia venido el Marques de casa de su comedianta; pero en su aposento encontré los ayudas de cámara que jugaban á la primera esperando su venida. Me introduxe con ellos, y nos entretuvímos riyendo hasta las dos de la madrugada que llegó nuestro amo. Sorprendióse un poco al verme, y me dixo con una afabilidad que daba á entender volvia contento de su visita: ? Gil Blas, por qué no te has acostado? Yo le respondí que queria saber ántes si tenia alguna cosa que mandarme. Puede ser, dixo, te encargue por

la

la mañana un negocio, y entónces recibirás mis órdenes. Vé á reposar, y sabe que te dispensó de esperarme; me bastan los ayudas de cámara. Despues de esta advertencia, que no dexó de agradarme, pues me excusaba la sujecion que algunas veces hubiera sufrido con disgusto, dexé al Marques en su aposento, y me retiré á mi guárdilla. Me acosté, pero no habiendo podido dormir seguí el consejo de Pitágoras de traer á la memoria por la noche lo que hémos hecho en el dia para aplaudir nuestras buenas acciones, ó vituperar las malas.

Mi conciencia no estaba tan limpia que dexáse de remorderme haber apoyado la impostura de Laura. Por mas que yo dixera para excusarme que no habia podido decentemente desmentir á una moza que no habia tenido otra mira que la de hacerme bien; y que en algun modo me habia visto en la necesidad de ser cómplice de la superchería, poco satisfecho de esta excusa yo mismo me respondia que no debia llevar tan adelante el engaño, y que debia ser muy atrevido para querer vivir con un señor cuya confianza pagaba tan mal. En fin despues de un exâmen severo convine en que si no era un bribon me faltaba poco.

Habiendo pasado de aquí á las conseqüencias, reflexîoné que no era juego de niños el engañar á un hombre de condicion, quien por mis pecados acaso tardaria muy poco en descubrir la trampa. Una reflexîon tan juiciosa

arer-

aterrorizó algun tanto mi espíritu, pero bien presto se disipó mi temor con las ideas del gusto y del interes; ademas de que para asegurarme bastaba la profecía del hombre del elixir. A esto se siguió hacer cuentas muy alegres calculándo la suma á que ascenderian mis salarios en diez años de servicio; á esto añadí las gratificaciones que deberia recibir de mi amo, y midiéndolas por su humor liberal, ó mas bien segun mis deseos, la intemperancia de mi imaginacion no ponia límites á mi fortuna. Tanta felicidad me traxo poco á poco el sueño, y me dormí edificando castillos en el ayre.

Por la mañana me levanté á las nueve, y fuí á recibir las órdenes de mi patron; pero al abrir la puerta para salir me admiré de verlo venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dixo: Gil Blas, al despedirme de tu hermana anoche le ofrecí pasar allá esta mañana, pero me es imposible cumplirlo, porque un negocio de entidad no me lo permite. Vé y díla de mi parte quanto me ha mortificado este contratiempo, y asegurala que sin embargo cenaré con ella. Pero no para en esto tu comision, añadió, alargándome una bolsa con una caxita de zapa, guarnecida de piedras; llévale mi retrato, y toma para tí esta bolsa en donde van cinqüenta doblones, que te doy para prueba de la estimacion que te tengo ya. Con una mano tomé el retrato, y con la otra la bolsa tan poco merecida; fuí corriendo en casa de Laura;

y

y transportado de alegría iba diciendo: bueno, bueno, la prediccion se cumple visiblemente. ¡Qué fortuna es ser hermano de una moza bella y galante! ¡Qué lástima que honra y provecho no quepan en un saco!

Laura madrugaba contra la costumbre de las personas de su profesion. La hallé en el tocador, en donde esperando su Portugues procuraba añadir á su hermosura natural todos los auxîlios que el arte de las majas podia prestarle. Amable Estela, le dixe al entrar, imán de los estrangeros, ya puedo comer con mi amo, pues me ha honrado con una comision que me dá esta prerogativa, la qual voy â evacuar. Dice que no puede tener el gusto de visitarte esta mañana, como lo habia pensado; pero para consolarte cenará esta noche contigo; te envia su retrato, con lo que me parece quedarás algo mas consolada.

Le dí la caxa, cuyos brillantes alegráron infinitamente su vista. La abrió, observó la pintura de puro cumplimiento, cerróla, y se puso con sosiego á considerar los diamantes. Celebró su hermosura, y me dixo con sonrisa: vé aquí unas copias que las cómicas aman mucho mas que los originales. Dixéle: el generoso Portugues al darme el retrato me regaló cinqüenta doblones. Me alegro infinito, me dixo ella. Este señor principia por donde rara vez acaban otros. A tí es, mi querida, á quien debo este regalo, le respondí; la fraternidad

es la que únicamente ha excitado al Marques. Yo quisiera hiciera otro tanto todos los dias: no puedo ponderarte quanto te amo. Desde el primer instante que te ví te amé tan estrechamente que el tiempo no ha podido romper esta union. Quando te perdí en Madrid no perdí las esperanzas de recobrarte, y ayer al verte te recibí como un hombre que volvia á su centro. En una palabra, amigo mio, el Cielo nos ha destinado para vivir juntos: tú has de ser mi marido; pero ántes es menester enriquecernos. La prudencia exîge que comencémos sobre este pié. Todavía quiero tener tres ó quatro cortejos para que te establezcas comodamente.

Le dí las gracias por su cuidado, é insensiblemente nos fuímos metiendo en una conversacion que duró hasta el mediodia. A esta hora me retiré para dar cuenta á mi amo del modo con que se habia recibido su regalo. Aunque Laura no me habia dado sus instrucciones sobre este punto compuse en el camino una buena arenga para cumplimentarlo de su parte; pero fué tiempo perdido, porque quando llegué á la posada se me dixo que el Marques acababa de salir, y estaba decidido que no volveria á verlo mas, como se leerá en el capitulo siguiente.

CA-

CAPITULO XI.

De la noticia que tuvo Gil Blas, y del golpe terrible que recibió con ella.

Me fuí á mi hostería, en donde encontré dos hombres, con quienes comí, y con cuya agradable conversacion me entretuve en la mesa hasta la hora de la comedia, que nos separamos, ellos para ir á sus negocios, y yo para tomar el camino del teatro. Hémos de advertir de paso que yo tenia motivo para estar de buen humor: la alegría habia reynado en nuestra conversacion: la fortuna se me mostraba propicia, y sin embargo sentia cierta tristeza que no estaba en mi mano evitar. ¡Digan ahora queno hay algun género de presentimiento de las desgracias que nos amenazan! Habiendo entrado en el vestuario se acercó á mí Melchor Zapata y me dixo en secreto que lo siguiera. Me llevó á un sitio excusado y me tuvo este discurso: señor mio, me parece que estoy obligado â dar à Vmd. un aviso muy importante. Ya sabe Vmd. que el Marques de Marialva se enamoró primeramente de Narcisa mi esposa. Ya habia elegido dia para venir á picar en mi cebo, quando la artificiosa Estela encontró medio de romper la partida y llevarse á su casa al señor Portugues. Bien conoce Vmd. que una comedianta no pierde tan buena presa sin despecho. Mi

mu-

muger lleva siempre en su corazon este resentimiento, y todo lo emprenderà para vengarse; siendo lo peor que se le ha venido á làs manos una bella ocàsion. Ayer, si Vmd. hace memoria, todos nuestros criados acudiéron á verle. El sotadespavilador dixo á algunas personas de la compañía que conocia á Vmd., y que de ningun modo era hermano de Estela.

Este rumor, añadió Melchor, ha llegado á oidos de Narcisa, que no ha dexado de preguntarlo al autor, y este lo ha confirmado. Dice que conoció á Vmd. criado de Arsenia quando Estela con el nombre de Laura la servia en Madrid. Mi esposa, que está contentísima con este descubrimiento hará sabedor de él al Marques, que debe venir esta tarde á la comedia. Camine Vmd. con esta inteligencia, y si no es en realidad hermano de Estela le aconsejo como amigo y por nuestro antiguo conocimiento se ponga en seguridad. Narcisa, que no pide mas que una víctima, me ha permitido que se lo advierta para que evite con una pronta fuga qualquiera accidente funesto.

No necesité saber mas; dí gracias por su advertencia al histrion, quien conoció muy bien por mi susto que yo no pensaba en desmentir al sotadespavilador. Como en efecto no me hallaba con humor de pasar adelante en la desvergüenza; aun no pensé en despedirme de Laura temiendo no quisiese obligarme á que siguiera con descaro; ella siendo tan buena comedianta

po-

podria salir con facilidad de este mal paso; pero á mi me amenazaba un castigo infalible, y no estaba tan enamorado que quisiese despreciarlo. En nada pensè sino en salvarme con mis dioses penates, es decir con mi ropa: en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí de la casa de comedias, en un momento hice sacar y transportar mi maleta en casa de un ordinario que el dia siguiente á las tres de la mañana habia de salir para Toledo. Hubiera querido estar en la hora con el Conde de Polan, cuya casa me parecia mi único asilo; pero no hallándome en ella me tenia muy inquieto la idea del tiempo que debia permanecer en una Ciudad en donde temia me buscasen desde la misma noche.

A pesar de mi turbacion, semejante á la de un deudor que sabe le persiguen los alguaciles, no dexé de ir á cenar á mi hostería; pero lo que tomé en aquella noche no creo hiciese en mi estómago un excelente chîlo. El miedo me hacia exâminar todas las personas que entraban en la sala; y temblaba siempre que por mi desdicha llegaban algunas gentes de mala cara, cosa que no es rara en estos sitios. Despues de haber cenado con estas inquietudes me levanté de la mesa y volví á casa del ordinario, en donde me acosté sobre un gergon hasta la hora de partir.

Puedo asegurar que durante la noche exercité bien mi paciencia. Viniéron á asaltarla mil pen-

pensamientos desagradables; si algun instante dormitaba se me representaba al Marques furioso lastimando con golpes el hermoso rostro de Laura y destrozando todo lo que habia en su casa; ó ya le oia mandar á sus criados que me mataran á palos. Despertaba sobresaltado, y quando es tan dulce el despertar despues de un sueño terrible, para mí fué mas cruel que el mismo sueño.

El ordinario me sacó de este cuidado avisándome estaban prontas las mulas. Inmediatamente me puse en pié, y gracias al Cielo salí curado radicalmente de Laura y de la quiromancia. Conforme nos íbamos alejando de Granada iba mi espíritu recobrando su tranquilidad. Empezámos á hablar el ordinario y yo; contóme algunas graciosas historias que me hiciéron reir, con lo que perdí insensiblemente mi temor: en Ubeda, á donde fuímos á hacer noche la primera jornada, dormí pacíficamente, y la quarta llegámos à Toledo. Mi primer cuidado fué informarme de la habitacion del Conde de Polan, y persuadido á que no consentiria que me alojase en otra parte que en su casa, fuí allá; pero yo habia hecho la cuenta sin la huéspeda; no encontré en ella mas que el portero, quien me dixo que su amo habia salido la noche antecedente para la casa de Leiva, de donde se le habia enviado á decir que Serafina estaba peligrosamente enferma.

Como yo no habia contado con la ausencia

cia

cia del Conde se disminuyó el gusto que tenia de estar en Toledo, por cuya causa tomé otra determinacion. Viéndome tan cerca de Madrid resolví ir allá. Reflexîoné que en la Corte podria hacer fortuna, pues segun he oido decir no es necesario en ella un genio superior para adelantarse. Por la mañana tomé un caballo de retorno que me llevó á esta Capital, en donde la fortuna me conducia para que hiciese papeles mas brillantes que los que hasta entónces habia representado.

CAPITULO XII.

Gil Blas se aloja en una posada, en donde hace conocimiento con el Capitan Chinchilla. Que clase de hombre era este Oficial, y que negocio lo habia llevado á Madrid.

Luego que llegué á Madrid establecí mi habitacion en una posada, en donde entre otras personas vivia un Capitan viejo que desde las extremidades de Castilla la Nueva habia venido á la Corte para solicitar una pension que creia tener bien merecida: se llamaba Don Annibal de Chinchilla; no sin espanto lo ví la primera vez: era un hombre de sesenta años, de una estatura gigantesca y extraordinariamente flaco. Tenia unos bigotes espesos que subian retorciéndose por los dos lados hasta las sienes; ademas de que le faltaba un brazo y una pierna

na tenia tapado un ojo con un grande parche de tafetan verde, y casi todo su rostro lleno de cicatrices. En el resto era como los otros. Por lo demas no le faltaba entendimiento y le sobraba gravedad. En quanto á costumbres era muy escrupuloso, y se picaba sobre todo de ser delicado en puntos de honor.

A las dos ó tres conversaciones me honró con su confianza, y supe todos sus negocios. Me contó en què ocasiones se habia dexado un ojo en Napoles, un brazo en Lombardía y una pierna en los Paises Baxos. Admiré en las relaciones que me hizo de las batallas y los sitios, que no se le escapó ninguna fanfarronada, ni una palabra en alabanza suya, siendo así que sin dificultad le hubiera perdonado las alabanzas de la mitad del cuerpo que le quedaba en recompensa de la otra que habia perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de la guerra no son siempre tan modestos.

Me dixo que sobre todo sentia haber disipado su hacienda en las campañas, de suerte que no le habia quedado mas que cien ducados de renta, con lo que apénas tenia para sostener su bigote, pagar su alojamiento, y dar á copiar sus memoriales. Porque en fin, señor caballero, añadió, encogiéndose de hombros, todos los dias, á Díos las gracias, los presento sin que se haga el mas mínimo caso. Si Vmd. lo presenciára no diria sino que apostábamos el Ministro y yo sobre qual habia de cansarse

se ántes ; si yo de darlos, ó él de recibirlos. Tambien tengo la honra de darlos freqüentemente al mismo Rey ; pero tan lindo es Pedro como su amo : entre estas y esotras la casa de Chinchilla se arruina por falta de reparacion.

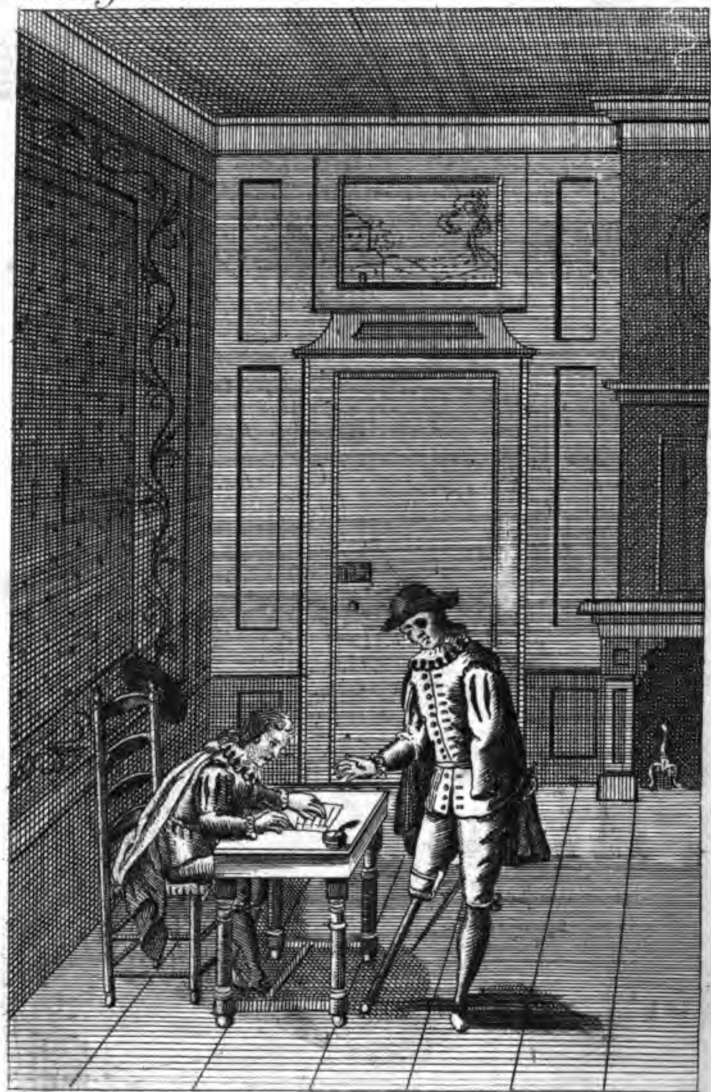
No pierda Vmd. la esperanza, dixe al Capitan ; Vmd. sabe que las cosas de palacio van de espacio. Acaso estará Vmd. hoy en la víspera de ver recompensados con usuras todos sus trabajos. No debo lisonjearme con esta esperanza, respondió Don Anibal : no há tres dias que hablé á uno de los Secretarios del Ministro ; y si he de creer sus discursos debo prestar paciencia. ¿ Y qué dixo á Vmd., señor oficial, le respondí? ¿Dice que el estado en que Vmd. se halla no le parece digno de recompensa? Vmd. lo verá, respondió Chinchilla; este Secretario me ha dicho claramente : señor hidalgo, no celebre Vmd. tanto su zelo y fidelidad, por haberse expuesto á los peligros por su patria ; no ha hecho Vmd. mas que lo que debia. La sola gloria que resulta de las buenas acciones es suficiente paga, y debe bastar principalmente á un Español. Desengáñese Vmd. si mira como deuda la gratificacion que solicita ; en caso de concedérsele esta gracia la deberá únicamente á la bondad del Rey, que se contempla deudor á los vasallos que han servido bien al Estado. Infiera Vmd. de aquí, prosiguió el Capitan, que debo esperar, y si tengo cara de volverme como he venido. Na-

turalmente nos interesámos por un hombre valiente quando se le ve ajado: lo exhorté á que se mantuviera firme; me ofrecí á ponerle de valde en limpio sus memoriales y llegué hasta abrirle mi bolsillo, y le supliqué que tomára lo que quisiera. Pero no era de aquellos que en semejantes ocasiones esperan pocas súplicas; al contrario se manifestó muy delicado, y me dió las gracias. Despues de esto me dixo que por no molestar á nadie se habia acostumbrado poco á poco á vivir con tanta sobriedad que el menor alimento bastaba para su subsistencia; lo que era muy cierto. No se alimentaba de otra cosa que de cebollas y ajos, y así solo tenia el pellejo y los huesos. Para no tener testigos de sus malas comidas se encerraba en su quarto á la hora de ellas. No obstante á fuerza de súplicas conseguí que cenáramos y comiéramos juntos. Habiendo engañado su vanidad con una compasion ingeniosa, hice que me llevaran mucha mas comida y bebida de la que necesitaba; lo convidé á comer y á beber, lo que rehusó al principio con mil ceremonias; pero al fin cedió á mis instancias, y haciéndose insensiblemente mas atrevido me ayudó de su propio motivo á limpiar mi plato y vaciar mi botella.

Quando hubo bebido quatro ó cinco tragos, y reconciliado su estómago con buenos alimentos, me dixo con tono alegre: en verdad que el señor Gil Blas es muy mañoso, y

ha-

Tom. III. fol. 83.



hace de mi lo que quiere. Sabe Vmd, obligar con su modo hasta quitar el temor de abusar de su generosidad. Me pareció que mi Capitan estaba ya tan libre de su cortedad, que si en aquel instante le hubiera ofrecido mi bolsa no la hubiera rehusado. No quise hacer la prueba: me contenté con hacerlo mi comensal y tomar el trabajo no solamente de escribir sus memoriales, sino de ayudarle á componerlos. Con el exercicio de copiar Homilías habia aprendido á variar las frases, y aun me habia hecho como una especie de autor. El viejo Oficial por su parte se picaba de poner bien un escrito; de modo que trabajando los dos á porfia poníamos trozos de eloqüencia dignos de los mas célebres profesores de Salamanca. Pero por mas que agotásemos nuestro entendimiento en sembrar flores de retórica en estos memoriales, todo era como se suele decir sembrar en la arena. Aunque mas ponderásemos los servicios de Don Anibal, la Corte ningun caso hacia de ellos, lo que no excitaba á este inválido para elogiar à los Oficiales que se arruinan en la guerra; ánses bien maldecià con su mal humor á su estrella, y daba al diablo Nápoles, Lombardía y los Paises Baxos.

Para su mayor mortificacion habiendo recitado cierto dia en presencia del Rey un soneto sobre el nacimiento de una Infanta un poeta presentado por el Duque de Alba, se le concedió delante de sus barbas una pension de qui-

quinientos ducados. Yo creo que el mutilado Capitan se hubiera vuelto loco si no hubiera yo cuidado de ponerlo en razon. Viéndole fuera de sí le dixe: ¿qué es lo que Vmd. tiene? Nada de esto debia extrañar; ¿no están de tiempo inmemorial los poetas en posesion de hacer á los Príncipes tributarios de las Musas? No hay cabeza coronada que no tenga pensionado á alguno de estos señores; y hablando para nosotros, las pensiones dadas á los poetas pasan á la posteridad la noticia de la liberalidad de los Reyes, quando las otras en nada contribuyen á su fama póstuma. ¿Quántas recompensas no dió Augusto? ¿Quántas pensiones ha dado de que no tenémos noticia? Pero la posteridad mas remota sabrá, como nosotros, que Virgilio recibió de este Emperador mas de doscientos mil escudos de gratificacion.

Por mas que dixe á Don Anibal, no habiendo podido digerir el fruto del soneto que se le habia aplomado en el estómago, resolviò abandonarlo todo, no obstante que quiso ántes envidar el resto presentando un memorial al Duque de Melar. Para este efecto fuímos los dos á casa del primer Ministro; allí encontràmos un jóven, quien despues de haber saludado al Capitan le dixo con cariño: ¿mi amado y antiguo amo, es posible que vea á Vmd.? ¿Qué negocio le trae en casa de S. E.? Si necesita alguna persona de crédito, no de-

xe

xe Vmd. de mandarme, yo le ofrezco mis facultades. Perillo, dixo el Oficial, ¿ pues qué tienes algun empleo bueno en la casa? A lo ménos, respondió el jóven, bastante para servir á un hidalgo como Vmd. Siendo así, repitió el Capitan con un sonriso, recurro á tu proteccion. Desde luego soy de Vmd., repitió Perillo. Dígame Vmd. de qué se trata, y prometo sacar raja del primer Ministro.

Apénas lo instruímos quando preguntando en donde vivia Don Anibal nos aseguró sabriamos de él al dia siguiente, y se despidió de nosotros sin decirnos lo que pretendia hacer; ni aun si era ó no criado del Duque de Melar. La agudeza de este Perillo excitó mi curiosidad, y quise saber quien era. Es, me dixo el Capitan, un muchacho que me servia algunos años hace, y que habiéndome visto en la indigencia me dexó por buscar mejor acomodo. No se lo tuve á mal, porque por mejoría mi casa dexaria. Es un chulo á quien no le falta entendimiento, y es entremetido como mil diablos. Pero á pesar de toda su habilidad no me fio mucho del zelo que acaba de manifestarme. Puede ser, le dixe, que no os sea inútil. Si, por exemplo, es criado de alguno de los principales oficiales del Duque podrá servir á Vmd. de mucho. Vmd. no ignora que en casa de los Grandes todo se hace por partido y cabala, que estos tienen familiares favoritos que los gobiernan, y estos igual-

igualmente son gobernados por sus criados.

Al dia siguiente vino Perillo à nuestra posada. Señores, nos dixo, si ayer no declaré los medios que tenia para servir al Capitan Chinchilla fué porque no estábamos en parte donde debiera tener semejante confianza. Ademas que tenia gusto de tentar el vado ántes de explicarme. Han de saber Vmds. que soy lacayo de confianza del señor Baron de Roncal, primer Secretario del Duque de Melar. Mi amo, que es muy galan, va casi todas las tardes á cenar con un ruiseñor de Aragon, que tiene enjaulado en el barrio de Palacio; es una muchacha muy bonita de Albarracin, tiene entendimiento, y canta al primor, y por esto le llaman la señora Sirena. Como le llevo todas las mañanas un billete vengo ahora de verla; le he propuesto que haga pasar por su tio al señor Don Anibal, y que con esta suposicion obligue á su cortejo á protegerlo. Ha convenido gustosa en esto, porque ademas del tal qual provecho que juzga le puede resultar le es muy agradable la tengan por sobrina de un hidalgo valiente.

El señor de Chinchilla puso mal gesto á este discurso. Manifestó repugnancia en hacerse cómplice de una impostura, y todavía mas en sufrir que una aventurera le deshonrase diciendo que era de su familia; no solamente lo sentia por sí, sino que hallaba en esto, digamoslo así, una especie de ignominia que retro-

trocedia á sus abuelos. Tanta delicadeza chocó á Perillo, á quien pareció fuera de razon. ¿Se burla Vmd. exclamó? Vea Vmd. aqui las cosas de los hidalgos de aldea: todo se reduce á una vanidad ridícula. ¿No se admira Vmd. prosiguió dirigiéndose á mí, de esta escrupulosidad? Voto á brios, en la Corte no se debe parar en esas delicadezas; venga la fortuna del modo que venga no se ha de dexar perder.

Apoyé lo que decia Perillo, y ámbos arengámos tanto al Capitan que á pesar suyo le hicímos fingirse tio de Sirena. Dado este paso, que no costó poco trabajo, hicímos los tres un nuevo memorial para el Ministro, que fué revisto, aumentado y corregido. Despues lo puse en limpio, y Perillo lo llevó á la Aragonesa, que en la misma tarde lo recomendó al señor Baron, á quien habló de modo que este Secretario creyèndola verdaderamente sobrina del Capitan prometió apoyarlo. El efecto de esta maniobra lo vímos pocos dias despues. Perillo volvió á nuestra posada triunfante: buenas nuevas dixo á Chinchilla: el Rey hará una distribucion de encomiendas, beneficios, y pensiones en las que no será Vmd. olvidado; se me ha encargado que os lo asegure. Pero al mismo tiempo se me ha ordenado preguntar á Vmd. què pretende regalar á Sirena. Por lo que á mí toca, declaro que nada quiero: yo prefiero á todo el oro del mundo el gusto de haber contribuido á mejorar la fortuna de mi an-

antiguo amo; pero no corre parejas conmigo la ninfa de Albarracin: es un poco judia, y tiene quando se trata de servir al próximo un defectillo: ella tomaria el dinero de su mismo padre; vea Vmd. si rehusará el de un tio postizo.

Que diga lo que quiera, dixo Don Anibal: si quiere todos los años la tercera parte de la pension que me han de dar se la prometo, y me parece que es bastante, aun quando se tratara de todas las rentas de S. M. Católica. Si yo fuera, replicó el mercurio del Baron de Roncal, me fiaria de su palabra de Vmd., yo sé que no faltarà á ella; pero Vmd. trata con una personilla naturalmente muy desconfiada. Por otra parte ella querrá mas que Vmd. le dè de antemano en dinero contante las dos terceras partes de su renta ¿ De dónde diablos quiere ella que yo lo saque, interrumpió àsperamente el oficial? Cree por ventura que soy Contador mayor? Tú debes no haberla instruido de mi situacion. Perdone Vmd., repitió Perillo: sabe muy bien que Vmd. está mas pobre que Job: no puede ignorarlo con lo que le tengo dicho; pero no tenga Vmd. cuidado; soy un hombre fértil en expedientes. Conozco un pícaro usurero ya viejo que acostumbra prestar su dinero al diez por ciento, Vmd. le hará ante un notario cesion de la pension del primer año en pago de una igual suma que recibirá Vmd. desfalcada la usura. En órden

á

á la fianza el prestador se contentará con vuestra casa de Chinchilla tal como esté, por lo que en este punto no tendrán Vmds. disputa.

El Capitan protextó que siempre que tuviera la fortuna de participar de las gracias que se habian de distribuir el dia siguiente aceptaria estas condiciones. En efecto se verificó: le diéron una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Luego que supo esta nueva dió todas las seguridades que se le exîgiéron, evacuó sus cosillas, y se volvió á Castilla la Nueva con algunos doblones que le habian quedado.

CAPITULO XIII.

Gil Blas encuentra en Madrid á su querido amigo Fabricio. El gran gusto que tuviéron ámbos. A dónde fuéron los dos, y de la curiosa conversacion que tuviéron.

Me habia acostumbrado á ir todas las mañanas á Palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir los Grandes, quiénes allí me parecian sin aquel brillo que en otras partes los rodea.

Un dia que me paseába cantoneándome en los aposentos, haciendo como otros muchos una necísima figura, percibí á Fabricio, á quien me habia dexado en Valladolid sirviendo al Administrador del hospital. Lo que me espantó en extremo fué verlo hablar familiarmente con el Duque

de Medianadionis, y el Marques de Cranta Suz. A mi parecer estos dos señores gustaban de oirlo; ademas de esto él iba vestido como un caballero. Si me engañaré, me decia, ¿será aquel el hijo del barbero Nuñez? Puede ser que sea algun Cortesano que se le parezca. No estuve mucho tiempo en duda; idos los señores me acerqué á Fabricio: inmediatamente me conoció, me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar el concurso para salir de las piezas, me dixo abrazándome: mi amado Gil Blas, me alegro mucho de verte. ¿Qué haces en Madrid? ¿Estás todavía sirviendo? ¿Tienes algun empleo en la Corte? ¿En qué estado están tus negocios? Díme todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid. Me preguntas muchas cosas de un golpe, le respondí, y el lugar en donde estámos no es á propósito para contar aventuras. Tienes razon, me dixo; mejor estaremos en mi casa; ven, voy á llevarte; no está léjos de aquí. Estoy libre, alojado agradablemente en una buena casa, vivo contento, y soy feliz pues que creo serlo.

Acepté el partido, y me dexé llevar de Fabricio, que me detuvo en una casa de buena fachada, en donde me dixo que vivia. Atravesámos un patio que tenia á un lado una grande escalera por donde se subia á unos aposentos sobervios, y por el otro una subida tan obscura como estrecha, por donde fuímos al

alo-

alojamiento que me habia ponderado. Este se reducia á una sala única, en la qual mi ingenioso amigo habia hecho quatro separaciones con tablas de pino: la primera servia de antesala á la segunda, en donde dormia; de la tercera habia hecho su gabinete, y de la última una cocina. La sala y la antesala estaban adornadas de mapas, papeles de conclusiones, y los trastos eran correspondientes á la colgadura. Estos se reducian á una gran cama de brocado estropeada, unas sillas viejas de tela pajiza, guarnecida de una franja de seda de Granada del mismo color, una mesa con pies dorados, cubierta con un cordoban, que parecia haber sido encarnado, y ribeteado con una franja de oro falso tomado con el tiempo, un armario de ébano adornado de figuras esculpidas groseramente. Tenia por papelera en su gabinete una mesita, y su biblioteca se componia de algunos libros y de algunos legajos de papel que tenia en unas tablas ordenadas á lo largo de la pared. La cocina, que no deslucia lo demas, contenia vidriado y otros utensilios necesarios.

Fabricio, despues de haberme dexado mirar bien su aposento, me dixo: ¿Qué juicio haces tú de mi equipage y mi habitacion? ¿No te has encantado de verla? A fe mia que sí, le respondí sonriéndome; precisamente tú haces tu negocio en Madrid, pues que estás tan bien provisto. Sin duda tienes alguna comision.

No

No lo permita el Cielo; me replicó. Mi ocupacion es mas provechosa que esos empleos. Un hombre de distincion de quien es esta posada me ha dado una sala de la que he hecho quatro piezas que he adornado como ves; á mí nada me falta, y solo me ocupo en lo que me agrada. Háblame con claridad, le dixe, mi deseo de saber tus cosas se ha aumentado. Está bien, me dixo, voy á darte gusto; soy escritor: me he dado á las bellas letras, escribo en verso y en prosa, en suma hago á pelo y á lana.

¡Tú favorecido de Apolo, exclamé riéndome! Cosa es esta que jamas hubiera adivinado; ninguna otra cosa me hubiera sorprendido tanto. Dime, ¿qué atractivo has podido tú encontrar en la condicion poética? Me parece que estas gentes son despreciadas en la vida civil, y que no son los mas ricos. Oh! Quítate allá, gritó: eso es bueno para aquellos miserables autores, cuyas obras son el desprecio de los libreros y de los cómicos. ¿Qué hay que extrañar si no se estiman semejantes escritores? Pero los buenos, amigo mio, están en el mundo sobre mejor pié; y yo sin vanidad puedo decir que soy de este número: no lo dudo, le dixe, tú eres un mozo de grande entendimiento, y así tus composiciones no pueden ser malas; pero lo que deseo saber, y que me parece digno de mi curiosidad, es el como te ha acometido el furor de escribir.

Jus-

Justa es tu admiracion, dixo Nuñez. Estaba tan contento con mi estado en casa del señor Manuel Ordoñez, que de ninguna manera deseaba otro. Pero mi genio habiendo superado poco á poco, como el de Plauto, á la servidumbre, compuse una comedia que representaron los cómicos de Valladolid. Aunque ésta no valió un pito tuvo un gran suceso; de aquí inferí que el público era una buena vaca de leche, que facilmente se dexaba ordeñar. Esta reflexîon, y el furor de componer nuevas piezas me sacaron del hospital. El gusto por la poesía me quitó el de las riquezas; y para formar mi gusto resolví venir á Madrid, como á el centro de los ingenios: me despedí del Administrador, quien como me amaba mucho, sintió bastante mi resolucion. Me dixo: que porqué queria dexarlo, que si me habia dado sin pensar algun motivo de disgusto. No señor, le respondí, Vmd. es el mejor de todos los amos que se pueden encontrar, estoy agradecidísimo á las bondades de Vmd.; pero Vmd. sabe que cada uno debe seguir su estrella; la mia me parece que es la de eternizar mi nombre con obras de genio. ¡Qué locura, me replicó este buen paisano! Ya estas arraigado en el hospital, eres de la cantera de los mayordomos, y aun de los administradores. Tú vas á dexar lo sólido para ocuparte en fruslerías. El mal es para tí, hijo mio.

El Administrador viendo que era predicar en

en desierto me pagó mis salarios, y en reconocimiento á mis servicios me dió de guantes cinqüenta ducados. De modo que con esto, y con lo que habia podido recoger en las pequeñas comisiones que se habian encargado á mi integridad, me puse en estado de presentarme decentemente en Madrid; lo que no dexé de hacer aunque los escritores de nuestra nacion no se paguen de la decencia: inmediatamente me familiaricé con Lope de Vega Carpio, Miguel de Cervantes Saavedra, y los demas autores famosos; pero, con preferencia á estos dos grandes hombres, elegí para mi preceptor un jóven Bachiller Cordobés, el incomparable Don Luis de Góngora, el genio mas excelente que jamas ha producido España: no quiere que sus obras se impriman en su vida, únicamente se contenta con leerlas á sus amigos. Lo que tiene de mas particular es que la naturaleza lo ha dotado con el talento raro de acertar en todas suertes de poesias; principalmente en las piezas satíricas: vé aquí su fuerte. No es como Lucilio, un torrente turbio que lleva consigo mucho cieno; sino el Tajo, cuyas aguas puras corren sobre arenas de oro.

Tan buena pintura me haces de este Bachiller, le dixe, que no dudo tendrá muchos embidiosos una persona de tanto mérito. Así es, dixo; todos los autores, tanto buenos como malos se desenfrenan contra él; el uno dice

que

que tiene un estilo hinchado, que gusta de agudezas, metáforas y transposiciones: sus versos, dice otro, tienen la obscuridad de los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes Salios que nadie entendia; tambien hay quien le echa en cara que tan presto hace sonetos ó romances, tan presto comedias, décimas y villancicos, como si locamente hubiera intentado deslucir á los mejores escritores en todo género de poesía; pero todas estas saetas de la envidia se despuntan al dirigirse contra una Musa amada de los Grandes y del Pueblo. Tal es el maestro que escogí, y me atrevo á decir sin vanidad, que le imito: habiendo poseído de tal modo su espíritu que ya compongo pedazos abstractos que no los juzgaria indignos de sí. Tambien sigo su exemplo vendiendo en las casas de los Grandes mis géneros, siendo recibido maravillosamente en ellas, y en donde hallo gentes que no son mal contentadizas. Es verdad que mi entrada es artificiosa, lo que no daña á mis composiciones. En fin me aman muchos señores, y sobre todo vivo con el Duque de Medianadionis, como Horacio con Mecenas. Vé aquí, prosiguió, de que modo me he transformado en autor; nada mas tengo que contarte: á tí, Gil Blas, toca ahora el referir tus hazañas.

Hícelo muy por menor, suprimiendo todo lo que me pareció no ser del caso. Despues se trató de comer, y sacó de su armario de ébano ser-

servilletas, pan, un pedazo de lomo de carnero asado, una botella de vino excelente, y nos pusímos á la mesa con aquella alegria que experimentan dos amigos qüe se encuentran despues de una larga separacion. Tú ves, me dixo mi vida libre é independiente. Pudiera seguir el exemplo de mis camaradas comiendo todos los dias en casa de algunas personas distinguidas; pero ádemas de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa, soy un nuevo Aristipo; tan contento estoy con el gran mundo como con el retiro, con la abundancia como con la frugalidad.

Tanto nos agradó el vino que fué menester sacar otra botella del armario. De sobre mesa le dí á entender tendria gusto en ver algunas de sus producciones. Al instante sacó de entre sus papeles un soneto que me leyó con énfasis; pero á pesar del fuego con que lo leyó me pareció tan obscuro que nada pude comprehender. Percibiólo, y me díxo: el soneto no te ha parecido muy claro; ¿no es así? Le confesé que hubiera querido un poco mas de limpieza; rióse de mí; y prosiguió: este soneto, amigo, lo mejor que tiene es el no ser inteligible. Los sonetos, las odas y las obras que piden sublimidad no quieren estilo simple y natural; la obscuridad es su carácter, y en ella consiste su mérito. Con que el poeta crea que se entiende es bastante. ¿Te burlas, le dixe? Todas las poesías, sean de la naturaleza

za que sean, piden buen sentido y claridad; y si tu incomparable Góngora no escribe con mas que tú, le rebaxaré mucho en mi opinion: quando mas agradará y engañará á su siglo; pero de otro modo juzgará la posteridad. Mas veamos ya tu prosa.

Me manifestó un prólogo que me dixo pensaba poner á la cabeza de una coleccion de comedias que estaba imprimiendo. Me preguntó que me habia parecido. No me gusta mas tu prosa, le dixe, que tus versos. El soneto es una algaravía, en el prólogo hay expresiones muy estudiadas, palabras que el público no conoce, frases enredosas, y en una palabra, tu estilo es singular, muy ageno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores. ¡Pobre ignorante, exclamó Fabricio! ¿No sabes tú que todo prosador que aspira hoy á la reputacion de pluma delicada, afecta esta singularidad de estilo, estas expresiones extraviadas que tanto te chocan? Nos hémos aunado cinco ó seis innovadores atrevidos que hémos emprendido mudar el idioma de blanco en negro, y con la ayuda de Dios lo hémos de conseguir á pesar de Lope de Vega, Solís, Cervantes y todos los demas ingenios que nos andan contrapunteando sobre nuestros nuevos modos de hablar. Tenémos de nuestra parte personas distinguidas, y hasta teólogos entran en nuestra quadrilla.

Sobre todo, continuó, nuestro designio es

loable; y fuera de preocupaciones, nosotros somos de mas mérito que aquellos escritores naturales que hablan con el lenguage del comun. No sé por que diablos merecen la estimacion de tantas gentes honradas. Eso seria bueno en Aténas y Roma, en donde todos se confundian; por lo que Sócrates dixo á Alcibíades, que el comun era un maestro excelente de la lengua; pero en Madrid es otra cosa, aquí tenémos estilo bueno y malo, y los Cortesanos se explican de un modo diferente que los de las provincias. En fin desengáñate, que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros antagonistas. Quiero probarte la diferencia que hay de la gentileza de nuestra diccion á la baxeza de la suya. Dirian ellos, por exemplo, llanamente: *los intermedios hermosean una comedia.* Y nosotros con mas gracia decímos: *los intermedios hacen hermosura en una comedia.* Observa bien este *hacer hermosura*: ¿percibes tú todo el brillo, la delicadeza y gracia que esto contiene?

Habiendo interrumpido á mi innovador con una carcaxada, le dixe: anda al diablo con tu lenguage culto: tú eres original y tú con tu estilo natural, repuso él, eres una gran bestia; vé, prosiguió, aplicandome aquellas palabras del Arzobispo de Granada, *vé á mi tesorero que te dé cien ducados, y el Cielo te guie con esta suma. A Dios, señor Gil Blas: deseo á Vmd. un poco de mas gusto.* Renové mis carcaxadas al

al oir esta pulla, y Fabricio sin haber perdido nada de su buen humor me perdonó la irreverencia con que habia hablado de sus escritos. Despues de habernos bebido la segunda botella nos levantámos de la mesa tan amigos como ántes. Salímos con ánimo de ir á pasearnos al Prado, pero al pasar por la puerta de una botillería nos dió gana de entrar.

En esta casa se hallaba regularmente buena compañía. Ví entretenerse de varios modos á algunos caballeros en dos salas separadas. En la una se jugaba á la prima y al axedrez, y en la otra habia diez ó doce que estaban muy atentos escuchando la disputa de dos argumentantes. No tuvímos necesidad de acercarnos para entender que el asunto de su contienda era un punto de metafísica; porque era tal el calor é ímpetu con que hablaban que no parecían sino dos endiablados. Yo pienso que si se les hubiera aplicado el anillo de Eleázaro se hubieran visto salir demonios por sus narices. ¡Oh, buen Dios! dixe á mi compañero. ¡Qué vivacidad, qué pulmones! No parece sino que estos disputadores naciéron para pregoneros. La mayor parte de las gentes yerran su vocacion. Sí verdaderamente, respondió, estas gentes son al parecer de la raza de Novio, aquel banquero Romano cuya voz sobresalia por entre el ruido de los carreteros; pero lo que mas me disgusta de sus discursos, añadió, es que se han atolondrado infructuo-

sa-

samente. Nos apartámos de estos metafísicos gritones, y con esto deseché una jaqueca que ya empezaba á sentir. Nos fuímos á un rincon de la otra sala, y habiendo bebido algunos vasos de helado principiàmos á exâminar los que entraban y salian. Como Nuñez los conocia casi á todos, dixo con exclamacion: vive Dios que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en un rato, pero á bien que llega tropa de refresco: los tres primeros no tardáron en tomar partido. Pero ¿ves esos dos originales que salen? Pues esa personilla morena, seca, y cuyos cabellos floxos y largos le caen en partes iguales por detras y por delante, se llama Don Julian de Villanuño. Es un togado nuevo que pica de petimetre. El otro dia fuímos un amigo y yo á comer con él, y lo sorprendímos en una ocupacion muy singular; se divertia en su estudio tirando y haciéndose traer por un lebrel los rollos de autos de que debia dar cuenta, los que su perro desgarraba á grandes dentelladas. El licenciado que lo acompaña, aquella cara de tomate, se llama Don Querubin Tupido; es Canónigo de la Iglesia de Toledo, y el mas fatuo de los mortales. No obstante al ver su ayre risueño, sus ojos brillantes, su risa fingida y maliciosa, se le creerá sabio y de gran penetracion. Quando se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda pone la mayor atencion, como si pe-

ne-

netrara todo su fondo; pero maldita la cosa que entiende. Este asistió á la comida en casa del togado, en donde se dixéron cosas muy agudas sin que Don Querubin profiriese una palabra; pero en recompensa los gestos y demostraciones con que aplaudia nuestros chistes daban una aprobacion superior al mérito de nuestras gracias.

¿Conoces, dixe á Nuñez, aquellos dos capirrotos que están de codos sobre una mesa en el rincon hablando tan baxo, y que parece que se besan? Nó, me respondió, no he visto estas caras, pero segun lo que aparentan serán políticos de café que murmuran del Gobierno. ¿Ves á este caballerote que silvando se pasea en esta sala, sosteniendose en tanto sobre un pie, y en tanto sobre el otro? Pues es Don Agustin Moreto, un poeta mozo que no dexa de tener talento, pero que le tienen loco los aduladores é ignorantes. Aquel á quien se acerca es uno de sus camaradas, que compone versos prosaicos ó prosa en rimas, y á quien tambien sopla la Musa.

Todavía hay mas autores, exclamó señalándome dos hombres de espada que entraban: no parece sino que se han carteado para venir á pasar revista delante de tí. Vé allí á Don Bernardo Deslenguado, y á Don Sebastian de Villaviciosa. El primero es un espiritu lleno de hiel, que parece ha nacido baxo el dominio de Saturno, un hombre dañino, que se com-

pla-

place en aborrecer á todo el mundo, y á quien nadie ama. Por lo que hace á Don Sebastian es un mozo de buena fe, un autor muy concienzudo. Poco hace ha dado al teatro una pieza que ha lucido extraordinariamente, y por no abusar mucho tiempo de la estimacion del público la ha hecho imprimir.

El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar explicándome las diferentes figuras del quadro variable que teníamos presente, quando lo interrumpió un gentil-hombre del Duque de Medianadionis diciéndole: Señor Don Fabricio, buscaba á Vmd. para decirle que S. E. el Duque mi señor desea hablarle, y que espera á Vmd. en su casa. Sabiendo Nuñez que para satisfacer el deseo de un gran señor no hay priesa que baste, se apartó de mí para ir á ver su Mecénas, dexándome muy admirado del trato que le daban de Don, viéndole transformado en noble á pesar de quanto pudiera decir el barbero Chrisóstomo, su padre.

CAPITULO XIV.

Fabricio coloca á Gil Blas en casa del Conde Galiano, título de Sicilia.

El gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien demañana á su casa. Buenos dias, dixe al entrar, señor Don Fabricio, la flor y la

nata de la nobleza Asturiana. Al oirme se echó á reir; ¿tú has notado, me dixo, que me han tratado de Don? Sí, caballero mio, le respondí, y permíteme te diga que ayer quando me contaste tu metamórfosis olvidaste lo mejor. Ciertamente, respondió; pero en verdad que si he tomado este título de honor, ménos ha sido por vanidad que por acomodarme á la de los otros. Bien conoces á los Españoles; maldito el caso que hacen de un hombre de bien como tenga la desgracia de faltarle riquezas ó nacimiento. Ademas puedo decirte que conozco tantas gentes, y Dios sabe que clase de gentes, que se hacen llamar Don Francisco, Don Gabriel, Don Pedro ó Don como tú quieras llamarle, que es preciso convenir en que la nobleza es una cosa comunísima, y que un plebeyo que tiene mérito la honra quando quiere agregarse á ella.

Vámos mudando de asunto, añadió; cenando anoche en casa del Duque de Medianadionis, en donde entre otros convidados estaba el Conde Galiano, rodó la conversacion sobre los ridículos efectos del amor propio. Yo me alegré hallar ocasion de divertir á la compañía sobre el mismo punto, y les conté la historia de las Homilias. Tú puedes imaginar quanto se reiria, y que apodos no se darian á tu Arzobispo; lo que no ha tenido malas resultas para tí, porque te han compadecido, y el

Con-

Conde Galiano despues de haberme hecho muchas preguntas de tí, á las quales puedes considerar que he respondido como debia, me ha hecho el encargo de que te lleve á su casa, y en este instante te iba á buscar para llevarte allá. Al parecer te quiere hacer uno de sus Secretarios. Yo te aconsejo que no desprecies este partido. En casa de este señor estarás acomodado perfectamente; es rico, y en Madrid hace un gasto de Embaxador. Dícese que ha venido á la Corte para tratar con el Duque de Melar sobre ciertas haciendas pertenecientes en Sicilia al Rey, y que el Ministro intenta enagenar. En fin el Conde, aunque Siciliano, parece generoso, justo y franco. Ninguna cosa puedes hacer mejor que entrar con este señor; pues siguiendo lo que te se predixo en Granada, es él probablemente quien debe enriquecerte.

Habia resuelto, dixe á Nuñez, darme buena vida paseándome y divirtiéndome ántes de ponerme á servir; pero me hablas tan ventajosamente del Conde Siciliano que me haces mudar de resolucion. Ya quisiera estar con él. O yo estoy muy engañado, ó tú lo estarás, y no se tardará mucho, repitió. Salímos ámbos para ir á casa del Conde, cuya casa era la de Don Sancho de Avila, que estaba entónces en el campo.

Encontrámos en el patío muchos pages y lacayos con libreas ricas y galanas, y en la an-

antesala muchos escuderos y gentiles-hombres y otros criados. Si los vestidos eran magníficos, las caras eran tan extravagantes que me pareciéron una tropa de monos vestidos á la española. Confesémos que hay caras de hombres y mugeres á las quales nada puede hermosear el arte.

Habiendo dado Don Fabricio recado, fué introducido un momento despues en la sala á donde le seguí. El Conde estaba en bata tomando chocolate sentado sobre un sofá. Lo saludámos con las demostraciones del mas profundo respeto: por su parte nos correspondió inclinando la cabeza con miradas tan graciosas que me inspiráron grande inclinacion hácia él: efecto admirable y ordinario que hace sobre nosotros el favorable acogimiento de los Grandes. Es menester para que nos disgusten que nos hayan recibido con mucho desprecio.

Este señor, despues de haber tomado chocolate, se entretuvo algun tiempo en juguetear con un gran mono á quien llamaba Cupido. Ignoro por qué le diéron el nombre de este Dios á aquel animal, sino que á causa de su malicia, porque en otra cosa absolutamente no lo parecia; pero tal qual era no dexaba de hacer las delicias de su amo, quien estaba tan prendado de sus gracias que no lo soltaba de los brazos. Aunque nos divertian poco los brincos del mono, aparentamos que nos encantaban. Esto dió mucho gusto al Si-

ciliano, quien suspendió este pasatiempo para decirme: en mano de Vmd. está, amigo mio, ser uno de mis secretarios. Si le conviene á Vmd. el partido le daré docientos doblones al año, á mi me basta que Don Fabricio sea quien presente á Vmd. y responda de su conducta. Sí señor, exclamó Nuñez, yo tengo mas valor que Platon; este no se atrevió á salir por fiador de uno de sus amigos que enviaba á Dionisio el Tirano, pero no temo ser reprehendido por el que ofrezco.

Con una reverencia dí al poeta de Asturias las gracias de su atrevimiento generoso, y despues dirigiéndome al patron le aseguré de mi zelo y fidelidad. Apénas vió este señor que su proposicion me habia agradado quando hizo llamar su mayordomo, á quien habló en secreto. Despues me dixo: Gil Blas, luego te dirè en qué pienso emplearte, entretanto sigue á mi mayordomo; ya le he dado órden de lo que ha de hacer contigo. Obedecí dexando á Fabricio con el Conde y Cupido.

El mayordomo, que era un Mesinés de los mas refinados, me llevó á su aposento abrumándome con cumplimientos. Hizo venir al sastre de la casa y le mandó hacerme prontamente un vestido de la misma magnificencia que los de los principales Oficiales. El sastre tomó las medidas y se retiró. Por lo que hace á vuestra habitacion, dixo el Mesinés, os he destinado un quarto cómodo: ea, pues, pro-

si-

siguió, ¿se ha desayunado Vmd.? Respondíle que nó. Pobre hombre, me dixo, ¿por què no habla Vmd.? Aquí está todo á pedir de boca; venga Vmd. que yo le llevare á una oficina, en donde, á Dios gracias, nada falta.

Hízome baxar á la despensa en donde encontrámos al *metrotel*, que era un Napolitano tal como el Mesinés, de modo que pudiera decirse de ámbos que eran á qual peor. Este honrado hombre estaba con cinco ó seis de sus amigos, que se atracaban de jamon, lenguas de buey y otras viandas saladas que les hacian menudear los tragos. Entrámos en el corro y les ayudámos á apurar los mejores vinos del señor Conde. Miéntras esto pasaba en la despensa, se representaba la misma comedia en la cocina, en donde el cocinero tambien regalaba á tres ó quatro conocidos suyos, quienes no bebian menos vino que nosotros, y se hartaban de conejos y perdices en empanada. Hasta los galopines de cocina se daban sus alegrones rapiñando quanto podian. Yo creí estar en el puerto de arrebata-capas, y en una casa abandonada al pillage; pero era nada quanto yo veia; todo esto eran vagatelas en comparacion de lo que me quedaba que ver.

CA-

CAPITULO XV.

De los empleos que el Conde Galiano dió en su casa á Gil Blas.

Habiendo salido para hacer traer el equipage á mi nueva habitacion encontré á la vuelta al Conde en la mesa con muchos Señores; entre los quales el Poeta Nuñez con ayre desembarazado se hacia servir y se mezclaba en la conversacion. Al mismo tiempo observé que no decia una palabra que no complaciera á la compañía. ¡ Viva el entendimiento ! El que lo goza puede hacer quantos personages quiera.

Por lo que á mí toca comí con los criados mayores, que fuéron tratados casi como el amo. Acabada la comida me retiré á mi quarto, en donde reflexîonando sobre mi condicion me dixe á mí mismo : muy bien, Gil Blas, ya estás sirviendo á un Conde Siciliano, cuyo carácter no conoces : si hémos de juzgar por las apariencias estarás en su casa como el pez en el agua ; pero no se debe apostar por nada, y la malignidad de tu estrella te ha hecho probar muy de ordinario que no debes fiarte de ella. Ademas de esto ignoras el destino que quiere darte. Ya tiene secretario y mayordomo; ¿ en qué querrá que tú le sirvas ? Al parecer intenta hacerte llevar el caduceo : sea enhorabuena. No podrias entrar con mejor pié en casa

de

de un señor para apresurar tu fortuna. Sirviendo en empleos mas honrosos se camina lentamente y no siempre se consigue el fin.

Entre estas bellas reflexîones llegó un lacayo y me dixo que todos los caballeros que habian comido en casa se habian ido, y que su Señoria me llamaba. Fui volando á su aposento, en donde le encontré acostado sobre un sofá para dormir la siesta con su mono al lado. Acércate, Gil Blas, me dixo, toma una silla y óyeme. Le obedecí, y me habló en estos términos: me ha dicho Don Fabricio que entre otras qualidades tienes la de amar á tus amos, y que eres un mozo de mucha integridad. Estas dos cosas me han determinado á proponerte que estés conmigo: yo necesito un criado que me tenga afecto, que cuide mis intereses y ponga toda su atencion en conservar mis bienes, á la verdad soy rico; pero mis gastos superan todos los años á mis rentas. ¿Y por qué? porque me roban, porque me saquean. En fin vivo en mi casa como en un monte lleno de ladrones: sospecho, que mi mayordomo y mi *metrótel* están de acuerdo; y si no me engaño, vé aquí mas de lo que se necesita para arruinarme enteramente. Me direis que si los contemplo tan bribones por qué no los despido; ¿pero en donde he de encontrar otros que sean de mejor pasta? Es preciso contentarme con hacer que los observe una persona, que tenga derecho de inspeccionar su conduc-

ducta. A tí, Gil Blas, he elegido para esta comision. Si la evacuas bien, está asegurado de que no habrás servido á un ingrato. Cuidaré de establecerte en Sicilia muy ventajosamente.

Despues de haberme tenido este discurso me despidió, y desde aquella misma noche delante de todos los domésticos fuí proclamado superintendente de la casa. No fué por el pronto muy sensible esta determinacion al Mesinés y Napolitano, porque yo les parecia un picarillo de buena traza, y contaban con que partiendo conmigo la torta tendrian la libertad de continuar su rumbo; pero el dia siguiente se encontraron muy chasqueados quando les declaré que yo era enemigo de toda malversacion. Pedí al Mayordomo un estado de las provisiones; visité la bodega, registré lo que habia en la despensa, quiero decir, la vaxilla y ropa de mesa; despues los exôrté á conservar el caudal del patron, á usar de economía en el gasto, y acabé mi exôrtacion protestándoles que daria cuenta á su Señoría de todo lo malo que viera hacer en su casa.

No paré aquí: quise tener una espía para descubrir si habia alguna inteligencia entre ellos; me dirigí á un marmiton que, engolosinado con mis promesas, me dixo que no podia haber elegido otro mas á propósito para saber lo que pasaba en la casa: que el mayordomo y el *metrotel* estaban aunados, y cada uno hurta-

ba

ba por su parte; que todos los dias extraviaban la mitad de las provisiones que se compraban para la casa; que el Napolitano cuidaba de una dama que vivia enfrente del Colegio de Santo Tomas, y que el Mesinés cortejaba á otra en la Puerta del Sol; que estos dos señores hacian llevar todas las mañanas á casa de sus ninfas todas suertes de provisiones; que el cocinero por su parte enviaba muy buenos platos á una viuda que conocia en la vecindad, y que sirviendo de capa á los otros dos señores disponia tambien del vino de la bodega. Finalmente que estos tres domésticos eran la causa del gasto tan horrible que se hacia en casa del señor Conde. Si Vmd. duda de mi narracion, añadió el marmiton, tómese Vmd. el trabajo mañana por la mañana de estar á las siete cerca del Colegio de Santo Tomas. Vmd. me verá cargado con un ceston que lo sacará de la duda. Eres tú, le dixe, el mandadero de estos galanes generosos? Yo soy, respondió, el que sirvo al *metrotel*, y uno de mis camaradas hace las diligencias del mayordomo.

Este informe me pareció que merecia ser averiguado. El dia siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del Colegio de Santo Tomas á la hora señalada. No tuve que esperar mucho á mi espía; inmediatamente lo ví llegar con una grande cesta llena de carne, de aves y de caza. Hice el inventario de las pie-

zas

zas, y puse en mi libro de memoria un pequeño proceso verbal, y despues de haber dicho al marmiton que cumpliese como de ordinario su comision, fui á manifestarlo á mi amo.

El señor Siciliano, que era naturalmente vivo, quiso en el primer impulso despedir al Napolitano y al Mesinés; pero despues de haber reflexîonado se contentó con desconfiar enteramente del último, cuya plaza recayó en mí; por lo que mi empleo de superintendente se suprimió poco despues de su creacion, y confieso con franqueza que no me dió pena. Hablando con propiedad esto era ser una espía honrada y un empleo que nada tenia de sólido, quando siendo señor mayordomo tenia á mi disposicion el dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el criado mas respetable en una casa grande, y puede hacer tanto en su administracion que puede enriquecerse sin faltar á la hombría de bien.

El bellaco del Napolitano no dexó por esto sus malas mañas: observando que yo tenia un genio brutal, que no dexaba de registrar todas las mañanas las provisiones que compraban, no las extraviaba; pero el berdugo continuó haciendo traer cada dia la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de los sobrantes que de derecho le pertenecian, proporcîonaba enviar la carne cocida á su pécora, ya que no cruda.

El

El diablo nada perdia; y el Conde nada habia adelantado con tener por mayordomo al fénix de este empleo. La abundancia excesiva que ví reynar en las comidas me hizo adivinar esta nueva trampa, é inmediatamente puse en ello órden despojándolas de todo lo superfluo; lo que sin embargo hice con tanta prudencia que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que siempre continuaba la misma profusion, y sin embargo no dexé por esta economía de disminuir considerablemente el gasto. Vé aquí lo que pedia el patron; queria ahorrar sin parecer ménos magnífico: su avaricia se subordinaba á su ostentacion.

No pararon aquí mis disposiciones, tambien reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta sospeché que habia tambien trampa. Efectivamente si, por exemplo, habia doce á la mesa de su Señoría se bebian cinqüenta, y algunas veces hasta sesenta botellas, lo que no podia menos de admirarme. Consulté sobre esto á mi oráculo, es decir, á mi marmiton, con quien yo tenia algunas conversaciones secretas, en las que me contaba con toda fidelidad lo que se decia y hacia en la cocina, en donde nadie sospechaba de él. Me dixo que el desperdicio de que yo me quejaba procedia de una nueva liga que se habia formado entre el *metrotel*, el cocinero y los lacayos que daban de beber; que estos se lle-

vaban las botellas casi llenas, y las partian despues entre los confederados. Hablé á los lacayos; les amenacé con que los despediria si volvian á cometer tal delito, y esto bastó para hacerles entrar en su deber. Tenia gran cuidado de informar á mi amo de las menores cosas que hacia en su utilidad; con lo que me llenaba de alabanzas, y cada dia me cobraba mas afecto. Yo por mi parte recompensé al marmiton que me hacia tan buenos oficios, haciéndole ayuda de cocina. De este modo va ascendiendo un criado fiel en las buenas casas.

El Napolitano se llenaba de rabia al ver que siempre me tenia encima, y lo que lo mortificaba mas cruelmente era el tener que sufrir mis contradiciones siempre que me daba sus cuentas; porque para quitarle el motivo de sisar tomé el trabajo de ir á los mercados, é informarme del precio de los géneros, de suerte que lo esperaba con esta prevencion; y como él no dexaba de querer remachar el clavo yo lo repelia vigorosamente; estaba muy persuadido que me maldeciria cien veces al dia, pero el motivo de sus maldiciones me quitaba todo temor de que se cumpliesen: no sé como podia resistir mis pesquisas, ni como podia seguir sirviendo al señor Siciliano. No hay duda que á pesar de todo esto él hacia su agosto.

Contaba á Fabricio, á quien veia algunas veces, mis inauditas proezas económicas, pero le

le hallaba mas propenso á vituperar mi conducta que á aprobarla. Quiera Dios, me dixo un dia, que despues de todo esto sea bien recompensado tu desinteres, pero hablando para los dos solos, creo que te tendria mas cuenta no estar tan obstinado con el mayordomo. ¿Pues qué, le respondí, este ladron ha de tener el atrevimiento de poner en la lista del gasto diez doblones por un pescado que no costó mas que quatro? y quieres tú que pase este artículo? ¿Y por qué nó, replicó friamente? Que te dé la mitad del aumento, y hará las cosas arregladas. A fe mia, amigo, continuó meneando la cabeza, que para ser hombre de entendimiento te portas muy mal. Tú á la verdad hechas á perder las casas, y tienes cara de servir mucho tiempo, pues que no te chupas el dedo teniéndolo en la miel. Sabe que la fortuna es semejante á quellas majas vivas y ligeras á quienes no pueden fijar los galanes tímidos. Me reí de los discursos de Nuñez, quien á su turno hizo otro tanto, y quiso persuadirme á que habia sido solo una broma; se avergonzaba sin duda de haberme dado un mal consejo inútilmente. Continué siempre en la firme resolucion de ser fiel y zeloso, atreviéndome á asegurar que en quatro meses con mi economía ahorré á mi amo por lo ménos tres mil ducados.

CA-

CAPITULO XVI.

Del accidente que acometió al mono del Conde Galiano, de la pena que tuvo este señor. Como Gil Blas cayó enfermo, y las resultas de su accidente.

El reposo que reynaba en la casa fué turbado extrañamente por un suceso que al lector parecerá una bagatela, pero que no obstante vino á ser muy sério para los criados, y sobre todo para mi. Cupido, aquel mono de que tengo hablado, aquel animal tan amado del patron, habiendo querido un dia saltar de una ventana á otra tomó tan mal sus medidas que cayó al patio, y se dislocó una pierna. Apénas supo el Conde esta desgracia quando principió á dar gritos como una muger; y con el exceso de su dolor, echando la culpa á sus criados sin excepcion de persóna, en poco estuvo que no los echára á todos á la calle. No obstante limitó su furor, y se contentó con maldecir nuestro descuido y darnos mil epitetos con palabras desmedidas. Inmediatamente hizo llamar los cirujanos mas hàbiles de Madrid para las roturas y dislocaciones de los huesos. Visitáron la pierna del herido, la pusiéron en su lugar, y la vendáron; pero por mas que asegurasen que no era cosa de cuidado no pudiéron conseguir que mi amo

amo dexase de retener uno de ellos para que asistiese al animal hasta la perfecta curacion.

Yo haria mal si dexara en silencio las penas y las inquietudes que tuvo el señor Siciliano durante este tiempo. ¿Es creible que no se apartaba en todo el dia de su cupido? Estaba presente quando se le curaba, y de noche se levantaba dos ó tres veces á verlo. Lo mas penoso era que con precision habian de estar todos los criados, y principalmente yo, siempre en un pié, para estar prontos á lo que se necesitara en servicio del mono. En una palabra, no tuvímos en la casa un instante de reposo hasta que la maldita bestia curada de su caída volvió á sus rebotes y voltetas ordinarias. A vista de esto bien podémos dar crédito á la narracion de Suetonio, quando dice que Calígula amaba tanto su caballo que le dió una casa ricamente aderezada con oficiales para servirle, y que tambien queria hacerlo Consul. Mi patron no estaba ménos enamorado de su mono, y con gusto lo hubiera hecho Corregidor.

Por desgracia mia yo habia superado á todos los criados para hacer mejor la corte al amo, y me habia agitado tanto con su Cupido que caí enfermo. Me dió una violenta calentura, y mi mal se agravó de modo que perdí el conocimiento. Ignoro lo que hiciéron conmigo en los quince dias que estuve agonizando. Solamente sé, que mi juventud luchó tan-

to contra la calentura, y aun puede ser contra los remedios que me diéron, que al fin recobré mis sentidos. El primer uso que hice de ellos fué observar que estaba en una sala diferente de la mia, quise saber por que, y lo pregunté á una muger vieja que me asistia; pero me respondió que no hablára, porque el Médico lo habia prohibido expresamente. Quando uno está bueno ordinariamente se burla de estos Doctores; pero en estando malo se somete docilmente á sus órdenes.

Aunque mas desease hablar con mi asistenta tomé el partido de callar: reflexîonaba sobre esto quando entraron dos como especie de petimetres muy sueltos: llevaban vestidos de terciopelo con buenas vueltas guarnecidas de encaxes: me imaginé que eran algunos señores amigos de mi amo, los quales por su respeto me venian á ver. En esta inteligencia me esforcé para sentarme, y por política me quité mi gorro; pero mi guarda me volvió á tender á la larga, diciéndome que aquellos señores eran el Médico y boticario de mi asistencia.

El Doctor se acercó, me pulsó, miró atentamente mi rostro, y habiendo observado todas las señales de una próxîma curacion tomó un ayre triunfante, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dixo que solo faltaba una medicina para acabar su obra: que despues de esto bien podia alabarse de haber hecho una buena curacion. Despues de haber

ha-

hablado de esta suerte mandó escribir al boticario una receta que dictó mirándose á un espejo, alisándose los cabellos, y haciendo unas gestiones de que no pude dexar de reir á pesar del estado en que me hallaba. Despues me saludó con una reverencia, y salió mas ocupado de su figura que de las drogas que habia ordenado.

Luego que salió, el boticario, que sin duda no fué á mi casa en vano, se preparó para executar lo que se puede discurrir. Fuese porque temiese que la vieja no lo haria bien, ó sea para hacer mas preciosa su composicion, quiso obrar por sí mismo; pero á pesar de su destreza apénas habia depositado en mí la carga quando, sin saber como, la disparé sobre el manipulante poniendo su vestido de terciopelo como de perlas. Tuvo este accidente por percance del oficio. Tomó una servilleta, se limpió sin decir palabra, y se fué bien resuelto á hacerme pagar lo que gastaria en hacer quitar las manchas de su vestido.

A la mañana siguiente volvió vestido con mas modestia, aunque nada tenia que aventurar ya, y me traxo la medicina que el Doctor habia ordenado la noche antes. Me sentia por momentos mejor; pero fuera de esto habia cobrado tanta aversion desde el dia precedente á los médicos y boticarios que maldecia hasta las Universidades en donde estos señores reciben la facultad de matar hombres

sin

sin riesgo. Con esta disposicion declaré con juramento que no queria mas remedios, y que fueran á los diablos Hipócrates y sus sequaces. El boticario á quien maldita de Dios la cosa se le daba que yo diera el destino que quisiera á su composicion, con tal que se la pagase, la dexó sobre la mesa, y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por las ventanas aquel maldito brebaje, contra el qual estaba tan fuertemente prevenido que hubiera creido bebia veneno si le hubiera tomado. A esta desobediencia añadí otras: rompí el silencio, y dixe con un tono firme á la que me cuidaba, que lo que absolutamente pretendia era me diese noticias de mi amo. La vieja que creia excitar en mí una emocion peligrosa si me satisfacia, ó que por el contrario si dexaba de hacerlo irritaria mi mal, se detuvo un poco, pero la estreché con tanta viveza que al fin me respondió: caballero, Vmd. no tiene mas amo que Vmd. mismo. El Conde Galiano se ha vuelto á Sicilia.

Me parecia increible lo que oia; pero nada era mas cierto. Este señor desde el segundo dia de mi enfermedad, temiendo que muriese en su casa, habia tenido la bondad de hacerme transportar con lo poco que tenia á una posada, en donde me habia abandonado sin mas ni mas á la providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo recibió órdenes

nes de la Corte, que le obligáron á volverse á Sicilia, y salió con tanta precipitacion que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos, ó ya porque las personas de calidad están sujetas á estas faltas de memoria.

Mi asistenta me lo contó todo, y me dixo que ella era la que habia buscado Médico y boticario para que no pereciese sin su asistencia. Estas bellas noticias me hiciéron caer en un profundo desvarío. ¡A Dios mi establecimiento ventajoso en Sicilia! ¡A Dios mis mas dulces esperanzas! Quando os suceda alguna gran desgracia, dice un Papa, exâminaos bien, y encontrareis que siempre habeis tenido alguna parte de culpa. Sin que sirva de disgusto á este Santo Padre no puedo descubrir en que hubiese yo contribuido á mi desgracia en esta ocasion.

Quando ví desvanecidas las lisongeras fantasmas de que me habia llenado la cabeza, la primera cosa que se me previno fué mi balija, que hice traer sobre mi cama para registrarla. Al verla abierta suspiré: !ay de mí! ¡ Mi amada balija, exclamé, único consuelo mio! A lo que se vé has estado á la merced de manos extrangeras. No, no, señor Gil Blas, me dixo entónces la vieja, asegurese Vmd. que nada se le ha quitado. He guardado su maleta lo mismo que mi honor.

Encontré el vestido que llevaba quando

me recibió en su servicio el Conde; pero busqué en vano el que me habia mandado hacer el Mesinés. Mi amo no habia tenido por conveniente dexármelo, ó alguno se lo habia apropiado. Todo lo demas estaba allí, y tambien una gran bolsa de cuero donde tenia mi dinero. Lo conté dos veces, porque no hallando mas que cinqüenta doblones, no creí la primera quedasen tan pocos de doscientos y sesenta que ténia en ella ántes de mi enfermedad. ¿Qué significa esto, mi buena madre, dixe á mi asistenta? Mi caudal se ha disminuido mucho. Nadie ha tocado á él, respondió la vieja, y los he escaseado quanto me ha sido posible; pero las enfermedades cuestan mucho: es necesario estar siempre con el dinero en la mano. Vea Vmd., añadió la buena económica, sacando de su bolsillo un paquete de papeles, vea Vmd. un estado del gasto tan cabal como el oro, y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.

Recorrí la lista que contenia muy bien quince ó veinte hojas. ¡Misericordia de Dios! ¡Quántas gallinas se habian comprado miéntras yo estaba sin conocimiento! Es preciso que solamente en caldos ascendiera la suma por lo ménos á doce doblones. Los otros artículos eran correspondientes á este. No es decible lo que habia gastado en leña, en luz, en agua, en escobas, &c. Sin embargo por muy llena que estubiese su lista toda la suma llegaba apenas

á

á treinta doblones; y por consiguiente debian quedar todavía ciento y ochenta. Díxeselo; pero la vieja con mucha ingenuidad principió á poner por testigos á todos los Santos de como no tenia la bolsa mas que ochenta doblones quando el mayordomo del Conde le habia dado mi maleta. ¿Qué dice Vmd., abuela mia? le interrumpí con precipitacion. ¿Fué el mayordomo quien dió á Vmd. mi ropa? El fué realmente, respondió ella. Por mas señas que al darmela me dixo: tome Vmd., buena madre, quando el señor Gil Blas esté frito en aceyte no dexe Vmd. de obsequiarlo con un büen entierro. En esta maleta hay con que hacer los funerales.

¡Ah, maldito Napolitano, exclamé entónces! Ya no necesito saber en donde está el dinero que me falta. Tú lo has quitado para recompensarte de lo que te he impedido que hurtases. Despues de este apóstrofe dí gracias al Cielo de que el bribon no se lo hubiese llevado todo. No obstante, aunque yo tenia motivo para atribuirle el hurto, no dexaba de sospechar que mi ama podia haberlo hecho. Mis sospechas tan presto recaian en el uno como en el otro; pero para mí siempre era lo mismo. Nada dixe á la vieja, ni tampoco quise altercar sobre los artículos de su grande cuenta, porque nada hubiera adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resentimiento se reduxo á pagarla y despedirla tres dias despues.

Me

Me imagino que al salir de mi casa fué á dar aviso al boticario de como me dexaba, y que estaba demasiado firme para tomar las de villadiego sin pagarle, porque lo ví venir un momento despues sin aliento. Dióme su cuenta, en la que venian los supuestos remedios que me habia propinado quando estaba sin sentido con unos nombres que yo no entendí aunque habia sido Médico. Esta relacion se podia llamar verdaderas cuentas de boticario; por tanto quando llegámos á la paga altercámos bastante, yo pretendiendo que rebaxase la mitad, y él jurando que no baxaria la mitad de una blanca; pero considerando al fin el boticario que las tenia con un mozo que en el dia podia marcharse de Madrid, tomó á buen partido contentarse con lo que le ofrecia; es decir, con tres partes mas de lo que valian sus composiciones, por no exponerse á perderlo todo. Con bastante rabia le afloxé los dineros, y se retiró bien vengado de la desazoncilla que le dí el dia de la lavativa.

El Médico llegó casi en el instante; porque estos animales van siempre los unos tras de los otros. Rebaxé sus visitas que habian sido freqüentes, y lo dexé gustoso. Para probarme que habia ganado bien su dinero, ántes de retirarse me refirió por menudo las mortales conseqüencias que habia prevenido en mi enfermedad; lo qual hizo con muy bellos términos y un ayre agradable: pero nada com-

pren-

prehendí de quanto dixo. Luego que me deshice de él me creí libre de todos los ministros de las Parcas. Me engañaba: todavía entró un cirujano que en mi vida lo habia visto. Me saludó muy cortesmente, y manifestó mucho gusto de verme fuera del peligro en que habia estado, atribuyendo este beneficio, decia él, á dos sangrias abundantes que me habia hecho y á las ventosas que habia tenido el honor de aplicarme. Esta pluma quedaba que arrancarme todavía: era preciso que tambien escupiese en la vacía del cirujano. Despues de tantas evaquaciones se encontró mi bolsa tan débil que podriamos decir era un cuerpo arruinado: tan poco era el húmedo radical que le quedaba.

Al verme otra vez en tan miserable situacion principié á desanimarme. En casa de mis últimos amos me habia aficionado tanto á las comodidades de la vida, que no podia como en otras ocasiones mirar la indigencia como un filósofo cínico. A la verdad no debia entristecerme tanto teniendo la experiencia de que la fortuna apénas me derribaba quando me volvia á levantar; ántes debí mirar mi desgraciado estado como una ocasion próxîma de prosperidad.

FIN DEL LIBRO SEPTIMO.

AVEN-

AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

Gil Blas adquiere un buen conocimiento, y logra un empleo que le consuela de la ingratitud del Conde Galiano. Historia de Don Valerio de Luna.

Como no habia oido hablar de Nuñez en todo este tiempo creí estaria en alguna casa de campo. Luego que pude caminar salí para visitarlo, y supe en efecto que habia tres semanas que estaba en Andalucía con el Duque de Medianadionis.

Al despertarme una mañana se me vino á la memoria Melchor de la Ronda, y me acordé que le habia ofrecido en Granada ver á su sobrino si volvia á Madrid, y queriendo cumplir mi promesa, en el mismo dia me informé de la casa de Don Baltasar de Zuñiga, y pasé á ella. Pregunté por el señor Joseph Navarro, quien salió de allí á poco: habiéndolo saludado y díchole quien era me recibió con un ayre político, pero frio: no podia conciliar

liar aquel recibimiento con el trato que se me habia hecho de este oficial primero. Me retiraba ya resuelto á no volver á hacer otra visita, quando habiendo tomado de un golpe un ayre desembarazado y risueño me dixo con mucha vivacidad: ¡ah! Señor Gil Blas de Santillana, hágame Vmd. el favor de perdonar por el recibimiento que le he tenido. Mi memoria tiene la culpa de que yo no me haya mostrado segun la prevencion que tengo á favor de Vmd.; se me habia olvidado su nombre, y como hace ya quatro meses que recibí la carta de Granada en que me recomendaban á Vmd., ya no pensaba en tal hombre.

Se arrojó á mi cuello y me abrazó trasportado: mi tio Melchor, me dixo, á quien amo y venero como á mi propio padre, me manda que si por acaso tengo el honor de ver á Vmd. le trate del mismo modo que si fuera Vmd. su hijo, y en caso necesario que emplee mi crédito y el de mis amigos en obsequio de Vmd. Me hace el elogio del corazon y entendimiento de Vmd. en tales términos, que aun quando su recomendacion no mediara me interesaria en servirle. Míreme Vmd., pues, le suplico, como un hombre á quien mi tio por su carta ha comunicado todo el afecto que tenia á Vmd.; seamos, pues, amigos.

A la política de Joseph respondí con el reconocimiento debido, y en la hora misma formámos una estrecha union siendo ámbos vi-

vos

vos y sinceros. No tuve reparo en contarle mi triste condicion, y apénas la oyó quando me dixo : quedo con el cuidado de acomodar á Vmd., y entre tanto no dexe Vmd. de venir á comer aqui todos los dias, en donde tendrá mejor ordinario que en su posada.

La oferta lisongeaba mucho á un convaleciente sin dineros y acostumbrado al buen plato para hacerse de rogar : la acepté, y me rehice tanto en esta casa que á los quince dias mi cara era de Monge Geronimo. Me parece que el sobrino del Melchor hacia su agosto á la ley; pero cómo no hacerlo? él tenia tres cuerdas en su arco; á un mismo tiempo era repostero, oficial primero y *metrotel*. Ademas, dexando á un lado nuestra amistad, yo creo que él y el mayordomo de la casa iban á una para hacer su negocio.

Ya estaba perfectamente restablecido quando habiéndome visto mi amigo Joseph llegar á casa de Zuñiga para comer allí, segun mi costumbre, me dixo con alegría : Señor Gil Blas, tengo que proponeros un acomodo muy bueno : sepa Vmd. que el Duque de Melar, primer Ministro de España, necesitando entregarse enteramente al despacho de los negocios de Estado, se vé precisado á confiar los suyos á otros; para recaudar sus rentas ha escogido á Don Diego Monteser, y ha encargado el cuidado del gasto de su casa al Baron de Roncal : estos dos confidentes exer-

cen

cen sus empleos con una autoridad absoluta, y sin depender el uno del otro. Don Diego tiene de ordinario dos intendentes que hacen la recoleccion; y como supe esta mañana que habia despedido uno fui á pedir su plaza para Vmd. El señor de Monteser que me conoce, y de quien puedo lisongearme soy amado, me ha dado el sí sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de Vmd., y en esta misma siesta hémos de ir á su casa.

No dexâmos de hacerlo así; fuí recibido con agrado, y puesto en el empleo del intendente que habia sido despedido. Este consistia en visitar nuestras heredades, en repararlas, cobrar sus arrendamientos, y en una palabra, era de mi incumbencia cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas á Don Diego, quien á pesar de los buenos oficios de mi amigo las exâminaba con mucha atencion; pero esto era lo que yo queria; porque aunque mi arreglo habia sido tan mal pagado en casa de mi último amo estaba resuelto á conservarlo siempre.

Supímos un dia que se habia pegado fuego á la casa de Melar, y que se habia hecho cenizas mas de la mitad: inmediatamente pasé á ella para reconocer el daño. Habiéndome informado con exâctitud de las circunstancias del incendio compuse una amplia relacion que Monteser manifestó al Duque de Melar.

El Ministro en medio de su desazon con tan mala nueva admiró la relacion, y preguntó quien era el autor. Don Diego no se contentó con decírselo, sino que le habló tan ventajosamente de mí que tres meses despues se acordó S. E. con la ocasion de una historia que voy á contar, y sin la qual puede ser que jamas hubiera yo tenido empleo en la Corte, y es como se sigue.

En la calle de las Infantas vivia entónces una dama anciana, llamada Inesilla de Cantarilla: no se sabia á la verdad su extraccion: unos decian era hija de un guitarrero, otros de un caballero del Orden de Santiago. Fuése lo que fuése, ella era una persona prodigiosa, la naturaleza le habia dado el singular privilegio de encantar á los hombres por toda su vida, que era ya de quince lustros. Habia sido el ídolo de los señores de la Corte antigua, y estaba adorada de los de la nueva: el tiempo que no reserva la hermosura, se exercitaba en vano en disminuir la suya: la marchitaba, pero no le podia impedir que agradase. Un ayre de nobleza, un entendimiento embelesador con mil gracias naturales le hacian excitar pasiones hasta en su vejez.

Don Valerio de Luna, mozo de veinte y cinco años, y uno de los secretarios del Duque de Melar vió á Inesilla, y se enamoró de ella: se declaró, hizo el apasionado, y persi-

guió

guió su caza con toda la furia que el amor y la juventud pueden inspirar. La señora que tenia sus razones para no querer condescender con sus deseos, no sabia que hacer para moderarlos : no obstante creyó un dia haber encontrado el medio : hizo que pasase el jóven á su gabinete, y allí le hizo ver un relox que estaba sobre una mesa; ¿ves, le dixo, la hora que es? Pues hoy hace setenta y cinco años que nací á la misma : á fe que me sentarian bien las galanterias en esta edad. Entrad, hijo mio, en vos mismo : ahogad esos sentimientos, que ni á mí ni á vos convienen. A este sensato discurso el caballero que no conocia la autoridad de la razon respondió á la señora con toda la impetuosidad de un hombre poseído de los movimientos que lo agitaban : cruel Ines, ?por qué recurrís á estas frívolas mañas? ¿Pensais que puedan ellas hacer que parezcais otra á mis ojos? No os lisonjeis de una tan falsa esperanza ; ya seais tal qual os veo, ó ya mi vista padezca alguna ilusion, yo no he de cesar de amaros. Está bien, repitió ella, pues que tan tercamente quereis continuar en vuestras pretensiones, de aquí adelante tendreis cerrada mi puerta ; os prohibo y os mando que jamas parezcais delante de mí.

Creereis acaso que desconcertado Don Valerio con lo que acababa de oir se hubiese retirado cortesmente; pues todo lo contrario; ántes se hizo mas importuno. El amor hace

en

en los amantes el mismo efecto que el vino en los borrachos : suplicó, suspiró, y pasando prontamente de los ruegos á las violencias quiso lograr por fuerza lo que no podia obtener de grado; pero la señora despidiéndolo animosamente le dixo irritada : detente temerario, yo refrenaré tu loco amor : sabe que eres mi hijo.

Don Valerio aturdido con estas palabras suspendió su violencia; pero habiendo imaginado que Inesilla decia aquello para librarse de sus solicitudes la respondió : inventais esta fábula para escaparos de mis deseos. Nó, nó, interrumpió ella : os descubro un secreto que siempre hubiera tenido oculto si no me hubieras reducido á la necesidad de revelártelo. Veinte y seis años hace que amaba á Don Pedro de Luna, tu padre, que era entónces Gobernador de Segovia; tú has sido el fruto de nuestros amores : te reconoció, te hizo criar con cuidado; y ademas de que no tenia otro hijo, tus buenas propiedades le hiciéron pensar en dexarte caudal, yo por mi parte no te he abandonado; luego que te ví con conocimiento he procurado atraerte á mi casa para inspirarte aquellos modos delicados que son tan necesarios en un galan, y que las mugeres solas pueden hacer adquirir á los jóvenes; mas he hecho : todo mi crédito lo he empleado para ponerte en casa del primer Ministro : en fin me he interesado por tí como

mo por un hijo : sabido esto mira lo que determinas : si puedes purificar tus cariños, y mirarme solo como á madre, no te apartaré de mi presencia : y te amaré tan tiernamente como hasta aquí ; pero si no has de poder hacer sobre tí este esfuerzo que pide la razon y la naturaleza, desde este momento líbrame del horror de verte.

Quando hablaba Inesilla de esta suerte Don Valerio guardaba un triste silencio, nadie hubiera dicho sino que escogia la virtud para vencerse á sí mismo ; pero esto era en lo que ménos pensaba. Meditaba un otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo muy diferente : siendo insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad se rindió cobardemente á la desesperacion ; sacó su espada, y se pasó con ella. Se castigó como un otro Oedipo, con la diferencia de que el Tebano se cegó con la rabia de haber consumado el delito; pero al contrario el Castellano se traspasó de dolor por no haberlo podido cometer.

El desgraciado Don Valerio no murió al instante, tuvo tiempo de reconocerse y pedir perdon al Cielo de su delito. Como por su muerte quedó vacante el empleo de Secretario en casa del Duque de Melar, este Ministro que no habia olvidado la relacion que hice del incendio, ni el elogio que de mí se le habia hecho, me eligió para ocupar el lugar de este jóven.

CA-

CAPITULO II.

Gil Blas es presentado al Duque de Melar, que lo recibe en el número de sus Secretarios. Este Ministro lo ocupa, y queda agradado de su trabajo.

Monteser me anunció esta agradable nueva diciéndome : Amigo Gil Blas, siento os aparteis de mí, pero os estimo, y no puedo ménos de alegrarme seais succesor de Don Valerio. Hareis buena fortuna si seguis los dos consejos que os daré : el primero que os mostreis tan amante de S. E. que juzgue le sois apasionado ; y el segundo que cortejeis mucho al Baron de Roncal, porque este hombre maneja el espíritu de su amo como una cera blanda. Si teneis la fortuna de agradar á este Secretario favorito, alcanzaréis mucho en poco tiempo.

Dí las gracias á Don Diego por sus buenos consejos, y le dixe : hágame Vmd. el favor de instruirme del carácter del Baron. He oido decir que es un sugeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que se hallan en candelero. Por tanto yo ruego á Vmd. me diga lo que piensa del señor de Roncal. Asunto es delicado, me respondió el superintendente con una risa maligna : á qualquiera otro diria sin

sin detenerme que es un hidalgo honrado de quien nada malo se podia decir; pero contigo quiero ser franco; porque ademas que conozco tu prudencia estoy obligado á hablarte claramente, pues te he avisado que debes tratarlo con maña. Si me portára de otro modo te favoreciera á medias.

Ya sabes que el Baron de Roncal era un simple criado de S. E. quando todavía no era éste mas que Don Francisco de Onvaldas, y que de grado en grado ha llegado á ser su Secretario. No se ha visto jamas hombre mas vano; se cree un cólega del Duque de Melar, y en efecto bien puede decirse que parte con el primer Ministro su autoridad, pues que dá gobiernos y empleos á quien le parece; el pueblo murmura, pero él no hace caso; con tal que saque lo que llamamos para guantes, cuida muy poco de la censura pública. Por lo que acabo de decir conocerás como debes portarte con un hombre tan orgulloso. Oh! bien está; déxeme Vmd. á mí: muy mal han de andar las cosas para que no me áme; quando se conoce el flaco de un hombre á quien se intenta agradar, es preciso ser poco diestros para no conseguirlo. Siendo así, dixo Monteser, vámos, que voy á presentarte en la hora al Duque de Melar.

Al instante pasámos á casa del Ministro, á quien encontrámos dando audiencia en una grande sala, en donde habia mas gente que en

en Palacio. Allí ví Comendadores, Caballeros de Santiago y de Calatrava que solicitaban Gobiernos y Vireynatos, Obispos que siendo sus Diócesis contrarias á su salud querian los hiciesen Arzobispos, nada mas que por mudar de ayres; y tambien muy buenos Religiosos que pedian con toda humildad Mitras: ví tambien Oficiales reformados haciendo el mismo papel que el Capitan Chinchilla, esto es, que se consumian esperando una pension. Si el Duque no llenaba los deseos de todos recibia á lo ménos agradablemente sus memoriales, y advertí que respondia cortesmente à los que le hablaban.

Esperámos con paciencia que despachára todos los pretendientes. Entónces Don Diego le dixo: Señor, aquí está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para ocupar el empleo de Don Valerio. Miróme el Duque y me dixo con mucho agrado, que lo tenia merecido por los servicios que le habia hecho. Me hizo despues entrar en su gabinete para hablarme á solas, ó mas bien para formar juicio de mis talentos por la conversacion. Quiso saber quien era, y la historia de mi vida, exîgiendo de mí una narracion sincera de ella. ¡Qué relacion tan particular la que se me pedia! Mentir á un Ministro de España no era regular; y por otra parte habia tantas cosas que podian mortificar mi vanidad que no podia resolverme á hacer una confesion general.

¿Y

¿Y como salir de este embarazo? Tomé el partido de disimular la verdad en los puntos en que me hubiera avergonzado de haberla dicho desnuda; pero á pesar de todo mi artificio no dexó de percibirla. Señor de Santillana, me dixo sonriéndose al fin de mi narracion, á lo que veo Vmd. ha sido un poco pícaro. Señor, le respondí sonrojado, V. E. me ha mandado que sea sincero, y le he obedecido. Yo te lo apruebo, replicó: vé, hijo mio, que te has portado; extraño que el mal exemplo no te haya perdido enteramente. ¡Quántos hombres de bien se hubieran pervertido si la fortuna los hubiera puesto en tales pruebas!

Amigo Santillana, continuó el Ministro, no te acuerdes mas de lo pasado, piensa solamente que perteneces al Rey, y que te has de ocupar ya en su servicio. Sígueme que voy á decirte quales han de ser tus ocupaciones. A estas palabras el Duque me llevó á un gabinetillo inmediato al suyo, en donde tenia sobre estantes una veintena de registros en fólio muy gruesos. Vé aquí en donde has de trabajar. Todos estos registros que ves componen un diccionario de todas las familias nobles que hay en los Reynos y Principados de la Monarquía Española. Cada libro contiene por órden alfabético en compendio la historia de todos los hidalgos del Reyno, en la qual se especifican los servicios que ellos y sus antepasados han hecho al Estado, como tambien

los negocios de honor que les han ocurrido. Tambien se hace mencion de sus bienes, costumbres, y en una palabra, de todas sus buenas ó malas qualidades: de modo que quando piden algunas gracias veo de una ojeada si las merecen. A este fin tengo pensionistas en todas partes, que procuran informarse é instruirme enviándome sus memorias; pero como vienen tan difusas y llenas de expresiones provinciales es necesario compilarlas y pulir la diccion, porque el Rey hace algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo qual desde este instante quiero emplearte en él.

Diciendo esto sacó de una gran cartera llena de papeles una memoria que me alargó. Salió de mi gabinete para que con libertad hiciese yo el primer ensayo. Leí el sumario, que no solamente me pareció lleno de términos bárbaros sino tambien muy apasionado. Su autor era no obstante un frayle de la Ciudad de Solsona. Afectando su Reverencia el estilo de un hombre de bien, desgarraba sin misericordia á una buena familia catalana, y sabe Dios si diria la verdad. Me pareció leia un libelo infamatorio, y por tanto escrupulicé trabajar en él. Temia hacerme cómplice de una calumnia; no obstante, aunque recien ido á la Corte pasé por alto el mal ó bien obrar del Religioso; y dexando á su cargo toda la iniquidad, si la habia, principié á deshonrar con be-

bellas frases castellanas dos ó tres generaciones que acaso serian muy honradas. Ya habia compuesto quatro ó cinco páginas quando el Duque deseoso de saber que tal lo hacia, volviò y me dixo : Santillana ; á ver lo que has hecho, que quiero verlo. Al mismo tiempo puso la vista sobre mi escrito , y leyó el principio con mucha atencion. Yo me sorprehendí al ver lo que le gustó. Aunque estaba tan prevenido en tu favor , me dixo, te confieso que has superado mi expectacion. No solamente escribes con toda la limpieza y precision que yo quiero , sino que todavía encuentro tu estilo ligero y festivo. Bien me justificas de la eleccion que he hecho de tu pluma, y me consuelas de la pérdida de tu predecesor. El Ministro no hubiera limitado á èsto mi elogio si no hubiera venido su sobrino el Conde de Sumel á interrumpirlo quando hablaba estas palabras. S. E. lo abrazó muchas veces y lo recibió de un modo que me dió á entender lo amaba tiernamente. Los dos se encerráron para hablar en secreto de un negocio de familia de que hablaré despues , y de cuyo asunto estaba el Duque entónces mas ocupado que de los del Rey.

Miéntras estaban encerrados oí las doce. Como sabia que los secretarios y covachuelistas dexaban en esta hora el bufete para ir á comer à donde querian , dexé en aquel estado mi ensayo y salí para ir , no en casa de

Mon-

Monteser, porque ya me habia pagado mis salarios y me habia despedido de él, sino á la mas famosa hostería del barrio de Palacio. Una de las ordinarias no convenia á mi persona. Piensa que sirves al Rey. Estas palabras que el Duque me habia dicho se me venian sin cesar á la memoria, y eran otras tantas simientes de ambicion que fermentaban de instante á instante mi espíritu.

CAPITULO III.

Sabe que su empleo no dexa de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva, y la conducta que se vió obligado á observar.

Al entrar tuve gran cuidado de instruir al hostalero de que era un secretario del primer Ministro, y en calidad de tal no sabia que pedir para mi comida. Temia pedir cosa que oliese á estrechéz, y así le dixe me diese lo que quisiese. Me regaló muy bien y me hizo servir como á persona de consideracion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar arrojé sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debian volverme, que seria á lo ménos la quarta parte, saliendo de la hostería con gravedad, sacando el pecho en ademan de un jóven muy pagado de su persona.

A los veinte pasos habia una gran posada en

en donde de ordinario se hospedaban señores extrangeros. Alquilé un aposento de cinco ó seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese dos ó tres mil ducados de renta. Tambien dí adelantado el primer mes. Despues de esto volví al trabajo y ocupé toda la siesta en continuar lo que habia comenzado por la mañana. En un gabinete próxîmo al mio estaban otros dos secretarios, pero estos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo Duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de ellos, y para ganar mejor su amistad los llevé á casa de mi hostalero, en donde les dispuse los mejores platos que ofrecia la estacion y los vinos mas delicados y estimados en España.

Nos pusimos á la mesa, y principiamos á conversar con mas alegria que entendimiento, porque sin hacer agravio á mis convidados percibí facilmente que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban. Eran hábiles á la verdad en hacer bellas letras redondas y bastardillas; pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las Universidades.

En recompensa sabian maravillosamente lo que les tenia cuenta, y me diéron á entender que no estaban tan llenos de su acomodo en casa del primer Ministro que no pudiesen quexarse de su estado. Cinco meses ha que servímos, decia uno, á nuestra costa. No nos dan nuestros salarios, y lo peor es que ni aun están

ar-

arreglados. No sabémos sobre qué pié servímos. Por lo que á mí toca, decia el otro, me contentaria con recibir veinte zurriagazos en lugar de salario, con tal que me dexáran la libertad de tomar otro partido; porque despues de las cosas secretas que he escrito no me atreveré á retirarme de mi propio motivo ni á pedir licencia para ello. No seria mucho fuera á ver la torre de Segovia ó el castillo de Alicante.

¿Pues de qué viven Vmds., les dixe yo? ¿Vmds. al parecer tienen hacienda? Muy poca, me respondiéron, pero que por fortuna vivian en casa de una viuda honrada que les prestaba y mantenia á cada uno por cien doblones al año. Todos estos discursos, de los quales no perdí una palabra, abatieron en la hora mis humos orgullosos. Me figuré que sin duda alguna no se me tendria mas atencion que á los otros, y que por consiguiente no debia estar tan contento con mi empleo; que era ménos sólido de lo que creia, y que en fin debia guardar mucho mi bolsa. Estas reflexîones me curáron la furia de gastar. Principié á arrepentirme de haber convidado á estos secretarios y á desear que se acabase la comida; y quando se llegó á la cuenta tuve una disputa con el figonero sobre el escote.

Nos separámos á la media noche, porque no quise precisarlos á que bebieran mas. Ellos se fuéron á casa de su viuda, y yo me retiré

á

á mi soberbio aposento lleno de rabia porque lo habia alquilado, y prometiéndo de veras dexarlo al fin del mes. Por mas que me acosté en una buena cama, la inquietud me quitó el sueño. Pasé el resto de la noche en meditar los medios de no trabajar de valde, y me apliqué á seguir el consejo de Monteser. Me levanté con la resolucion de ir á cumplimentar al Baron de Roncal; estaba en la mejor disposicion para presentarme á un hombre tan orgulloso, conociendo que lo necesitaba. Fuí pues á casa de este secretario.

Su habitacion se comunicaba con la del Duque de Melar, y le igualaba en magnificencia. No era fácil distinguir por los muebles y adornos al amo del criado; hice diesen recado que estaba allí el sucesor de Don Valerio, lo que no impidió me hiciesen esperar mas de una hora en la antesala. Señor nuevo secretario, me decia yo en este tiempo, tenga Vmd. paciencia si gusta. A Vmd. le harán morder del ajo ántes que Vmd. lo haga morder á otros.

Al fin se abrió la puerta de la sala, entré y me acerqué al señor Baron que acababa de escribir á su hermosa Sirena, y daba el papel á Perillo. Ni quando me presenté al Arzobispo de Granada, ni al Conde Galiano, ni al primer Ministro entré con tanto respeto como en la presencia del señor de Roncal; le saludé baxando la cabeza hasta el suelo, y

pi-

pidiéndole su proteccion en términos que me lleno de vergüenza quando me acuerdo. Otro ménos vano se hubiera enfadado de mi baxeza; pero á él le agradáron mis sumisiones, y me respondió con mucha cortesía que no dexaria pasar ocasion alguna en que me pudiera hacer bien.

Díle gracias con grandes demostraciones de zelo por la inclinacion favorable que me mostraba, asegurándole de mi eterna ley y union. Despues, temiendo incomodarlo salí suplicándole me perdonase si le habia interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que dí este paso tan indigno me retiré á mi bufete, en donde acabé la obra que se me habia encargado. El Duque no dexó de entrar por la mañana, y quedando no ménos contento del fin de mi trabajo que del principio, me dixo: esto está muy bueno; escribe lo mejor que puedas este compendio histórico sacado del registro de Cataluña: despues de lo qual tomarás de la bolsa otra memoria que pondrás en órden del mismo modo. Tuve una conversacion demasiado larga con S. E., cuyo modo dulce y familiar me encantaba. ¡Qué diferencia de él al de Roncal! eran dos genios enteramente contrarios.

Este dia comí en una hostería, en donde se comia por un precio justo, y resolví ir de incógnito todos los dias hasta ver el efecto que producian mis complacencias y sumisiones. A

lo

lo mas tenia dinero para tres meses : este tiempo me di de término para trabajar á expensas de quien perteneciera, proponiéndome (siendo las foliaturas mas cortas las mejores) abandonar pasado este término, la Corte y su oropel si no me daban salario. Dispuesto mi plan nada me quedó por hacer en dos meses para agradar al Baron de Roncal; pero hizo tan poco caso que perdí la esperanza. Mudé de conducta, cesé de hacerle la corte, y solo pensé en aprovecharme de los momentos de conversacion que tenia con el Duque.

CAPITULO IV.

Gil Blas adquiere el favor del Duque de Melar, que le confia un secreto de importancia.

Las visitas que S. E. hacia á mi mesa todos los dias eran entrada por salida; sin embargo pude ganarle insensiblemente la voluntad, y tanto que me dixo una siesta: escucha, Gil Blas : sabe que me ha agradado tu genio, y que te tengo amor. Tú eres un mozo zeloso, fiel, muy inteligente y prudente; me parece que no erraré si te doy mi confianza: á estas palabras me arrojé á sus pies, y despues de haberle besado respetuosamente una mano que me alargó para levantarme, le dixe: ¡es posible que se digne V. E. de honrarme con tan

grande favor! ¡Quántos enemigos secretos me han de ocasionar vuestras bondades! Pero solo temo el aborrecimiento de uno, que es el Baron. Nada tienes que temer de él, respondió el Duque; conózcole desde su niñez, me ha amado, y puedo decir que sus pensamientos son tan conformes á los mios que quiere lo que quiero, y aborrece lo que me desagrada. En lugar de temer que te tenga aversion debes al contrario contar con su amistad. Con esto conocí quan astuto era el señor de Roncal, y como se habia apoderado del espíritu de S. E., y quanto debia precaverme de él.

Para principiar prosiguió el Duque, á darte mi confianza, quiero descubrirte un designio que medito; porque conviene que estés instruido de él para que procures llenar las comisiones que te encargaré en adelante. Hace mucho tiempo que mi autoridad se respeta generalmente: mis decisiones se siguen con ceguedad, y que dispóngo á mi fantasía de los encargos, Empleos, Gobiernos, Vireynatos y beneficios; en una palabra, reyno en España. Mi fortuna no puede pasar adelante; pero quisiera ponerla al abrigo de las tempestades que principian á amenazarla; y para este efecto me alegrára de que fuera sucesor en el Ministerio el Conde de Sumel, mi sobrino.

Habiendo notado el Ministro que este punto de su discurso me habia sorprendido en extre-

tremo, me dixo: conozco bien, Santillana, conozco bien lo que te admira. Te parece muy extraño que prefiera mi sobrino al Duque de Duzae, mi propio hijo; pero sabe que este es de un entendimiento muy limitado para ocupar mi empleo, y ademas es mi enemigo. No puedo sufrir que haya encontrado el secreto de agradar al Rey, y que este quiera hacerle su Privado. El favor de un Soberano es semejante á la posesion de una muger á quien se adora: de esta clase de felicidad es uno tan zeloso que no puede resolverse á partirla con un ribal por muy unido que esté con los lazos de la sangre y de la amistad.

En esto te manifiesto, continuó, el fondo de mi corazon; he procurado ya desconceptuar en la mente del Rey al Duque de Duzae, y no habiendo podido conseguirlo he puesto otra batería: quiero que el Conde de Sumel se insinue por su parte con el Príncipe, y adquiera su estimacion. Siendo Gentil-hombre de cámara con destino á su quarto tiene ocasion de hablarle cada instante, y ademas de que tiene entendimiento sé yo un medio de hacerle salir con su empresa: con esta estratagema opondré mi sobrino á mi hijo; haré nacer entre los primos una division que les obligará á buscar mi apoyo, cuya necesidad hará que el uno y el otro me sean sumisos: vé aquí mi proyecto, añadió, tu mediacion no me será inútil. Irás al Conde de Sumel de mi parte secre-

cretamente, y me dirás de la suya lo que quiera participarme.

Despues de esta confianza, que miraba como dinero contante, ya no tuve inquietud. En fin, decia yo, véme aquí baxo una gotera, de donde vá á caer sobre mí una lluvia de oro; es imposible que el confidente de un hombre que gobierna la Monarquía de España no esté bien presto colmado de riquezas. Lleno de una tan dulce esperanza veia con indiferencia agotarse mi pobre bolsa.

CAPITULO V.

En donde se verá á Gil Blas colmado de gusto, honor y miseria.

Bien presto se conoció la inclinacion que el Ministro me tenia: él mismo lo daba á entender de propósito haciéndome llevar la bolsa que tenia costumbre de llevar S. E. mismo quando iba al Consejo. Esta novedad dió ocasion para que me mirasen como un particular Privado, excitó la embidia de muchos, y me ocasionó muchos besamanos en la Corte. Los dos Oficiales mis vecinos no fuéron los últimos que me cumplimentáron sobre mi próxîma grandeza, y me convidáron á cenar en casa de su viuda, no tanto por via de represalía, como con el objeto de obligarme á que los sirviese en lo succesivo. Por todas partes me festejaban;

tam-

tambien el fiero de Roncal mudó de estilo. Ya me daba el nombre de Señor de Santillana, quando hasta entónces me habia tratado siempre de Vos, sin haberse servido jamas de la voz de Vmd.; me hacia mil cortesías, sobre todo quando pensaba que nuestro patron podia notarlo: pero os aseguro que no trataba con ningun tonto; correspondí á sus cumplimientos con tanta mas política quanto mas era el aborrecimiento que le tenia: no se hubiera portado mejor un cortesano rancio.

Tambien acompañaba al Duque mi señor, quando iba á Palacio, que por lo regular era tres veces al dia; por la mañana entraba en el quarto de S. M. quando se despertaba, se ponia de rodillas junto á la cabecera, trataba de las cosas que habia de hacer en el dia, y le dictaba las que habia de decir: despues se retiraba; luego que habia comido volvia, no para hablarle de negocios, sino de cosas alegres: le contaba todas las aventuras gustosas que sucedian en Madrid, de las quales era siempre el primero que estaba instruido, porque tenia personas asalariadas para este efecto; y en fin volvia á la noche por la tercera vez á ver al Rey, le daba cuenta como le parecia de lo que habia hecho en el dia, y le pedía de ceremonia sus órdenes para el dia siguiente. Miéntras que estaba con S. M. yo me quedaba en la antesala, en donde habia personas de calidad que buscaban el favor de

la

la Corte, las que procuraban mi conversacion y se gloriaban de que yo quisiera mantenérsela. En vista de esto ¿cómo podria yo no creerme hombre de consequencia? Muchos hay en la Corte que con ménos motivo se juzgan tales.

Un dia tuve motivo de mayor vanidad. El Rey, á quien el Duque habia hablado muy ventajosamente de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver un rasgo de él. S. E. me hizo tomar el registro de Cataluña, me llevó á presencia del Monarca, y me mandó leyese la primera memoria que habia compilado. Si la presencia del Príncipe me turbó al principio, la del Ministro me sosegó inmediatamente, y leí mi obra, que S. M. oyó con gusto: éste tuvo la bondad de manifestar que le habia agradado, y aun de encargar á su Ministro cuidase de mi fortuna. Esto nada disminuyó el orgullo que ya tenia, y la conversacion que tuve pocos dias despues con el Conde de Sumel acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Busqué un dia á este Señor de parte de su tio en el quarto del Príncipe, y le presenté una carta credencial, por la qual el Duque le aseguraba podia hablarme con satisfaccion, como que estaba instruido de todo su negocio, y era destinado para mensagero de ámbos. El Conde, despues de haber leido la esquela, me conduxo á una sala en donde nos en-

encerrámos solos ; y en ella me tuvo este discurso : pues que Vmd. ha logrado la confianza del Duque de Melar, no dudo que la merecerá, ni tengo dificultad en hacer á Vmd. depositario de la mia. Vmd. sabrá pues, que las cosas van grandemente : el Príncipe de España me distingue entre todos los Señores que le sirven, y que no piensan mas que en agradarle. Esta mañana he tenido una conversacion particular con S. A., en la qual he observado que está disgustado de verse por la avaricia del Rey sin facultades para seguir los movimientos de su generoso corazon, como ni de hacer aun el gasto conveniente á un Príncipe. Yo he manifestado quanto lo sentia, y habiéndome aprovechado de la ocasion he ofrecido llevarle por la mañana quando se levante mil doblones, esperando mayores sumas, las que he asegurado le subministraré incesantemente; mi promesa le ha dado mucho gusto, y estoy seguro de captar su benevolencia si se la cumplo. Id, añadió, y decid todas estas circunstancias á mi tio, y volved esta tarde á decirme su dictámen.

Luego que concluyó me despedí del Conde, y pasé al Duque de Melar, que oido mi recado, hizo al otro Secretario me diese mil doblones, que llevé aquella noche al Conde; diciendo entre mí : bueno, bueno ; ahora considero qual es el medio infalible que tiene el Ministro para salir con su empresa : pardiez

que

qué tiene razon; y segun todas las apariencias estas prodigalidades no lo arruinarán; fácilmente adivino de que cofre sacó estos bellos doblones; pero sobre todo ¿no es justo que el padre sea quien mantenga al hijo? Al separarme del Conde de Sumel me dixo en voz baxa: á Dios, nuestro amado confidente. El Príncipe de España tiene alguna inclinacion á las damas: es necesario que tú y yo tratemos de esto en la primera ocasion. Yo preveo que muy presto necesitaré tu asistencia. Me retiré reflexîonando en estas palabras, que á la verdad no eran ambiguas, y que me llenaban de satisfaccion. ¿Qué diablos es esto, decia yo, véme aquí próxîmo á ser el Mercurio del heredero de la Monarquía? Yo no exâminaba si era bueno ó malo; la calidad del galan aturdia mi conciencia. ¡Qué gloria para mí ser Ministro de los gustos de un gran Príncipe! Oh! poco á poco, señor Gil Blas, se me dirá, Vmd. no era mas que un Ministro subalterno: convengo en ello; pero en el fondo estos dos empleos son de un mismo honor; solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien en estas nobles comisiones, adelantándome mas de dia en dia en las buenas gracias del primer Ministro, con unas esperanzas tan bellas, ¡qué feliz no hubiera yo sido si la ambicion me hubiera preservado de la hambre! Ya habia mas de dos meses que habia dexado mi aposento magnífico, y

que

que ocupaba un quarto pequeño en una posada de las mas pobres. Aunque esto me diese pena lo llevaba con paciencia, porque salia bien de mañana, y no volvia hasta la hora de acostarme. Todo el dia estaba sobre mi teatro, es decir, en casa del Duque, en donde hacia el papel de Señor; pero quando me retiraba á mi camaranchon desaparecia lo señor, y solo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero, y lo peor de todo sin tener de que hacerlo. Yo era demasiado vano para descubrir á persona alguna mis necesidades; y ademas á nadie conocia que pudiese socorrerme sino á Navarro, á quien no me atrevia á llegar, porque habia hecho poco caso de él desde que me metí en la Corte. Habia tenido la precision de vender mis vestidos pieza á pieza, no habiendo dexado mas que aquellos que precisamente necesitaba. Ya no iba á la hostería por falta de dinero para pagar mi ordinario. ¿Qué hacia yo pues, para subsistir? Voy á decirlo: todas las mañanas se nos traia á nuestras mesas para desayunarnos un panetillo y un dedo de vino; esto era todo lo que nos hacia dar el Ministro. Yo no comia mas que esto en todo el dia, y por lo ordinario me acostaba sin cenar.

Tal era la situacion de un hombre que brillaba en la Corte, y que debia causar mas lástima que envidia. Sin embargo no pude resistir mi miseria; y al fin me determiné á des-

cubrirla diestramente al Duque de Melar si encontraba ocasion. Felizmente se presentó en el Escorial, adonde el Rey y el Príncipe de España fuéron algunos dias despues.

CAPITULO VI.

Como Gil Blas hace conocer su miseria al Duque de Melar, y de que modo le trató el Ministro.

Quando el Rey estaba en el Escorial mantenia á todo el mundo de modo que allí no sentia yo el peso de la pobreza. Dormia en una recámara cerca de la sala del Duque. Una mañana habiendose levantado el Ministro, segun su costumbre, al romper el dia me hizo tomar algunos papeles con una escribania, y me dixo le siguiese á los jardines de Palacio. Nos sentámos baxo unos árboles, en donde por órden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenia en la mano. Desde léjos parecia que estábamos ocupados en negocios muy sérios, y á la verdad solo hablábamos de vagatelas.

Ya habia mas de una hora que lo divertia con todas las agudezas que me sugeria mi humor jocoso, quando se plantáron dos grajas sobre los árboles que hacian sombra. Comen-

menzáron á charlar con tanta algazara, que nos llamáron la atencion. Estos páxaros, dixo el Duque, parece que están de riña: me alegraria saber el asunto de su quimera. Señor, le dixe, vuestra curiosidad me trae á la memoria una fábula Indiana que leí en Pilpai ú en otro autor fabulista. El Ministro me preguntó que fábula era ésta, y se la conté en estos términos.

En cierto tiempo reynaba en la Persia un buen Monarca, que no teniendo bastante capacidad para gobernar por sí mismo sus estados encargó este cuidado á su gran Visir. Este Ministro, llamado Atalmuc, tenia un genio superior. Sostenia sin atosigarse el peso de esta vasta Monarquía, y la mantenia en una paz profunda. Tambien tenia el arte de hacer amable la autoridad Real, haciéndola respetar, y los vasallos hallaban en este fiel Visir un padre que los amaba tiernamente. Atalmuc tenia entre sus secretarios un jóven natural de Cachemira, llamado Zangir, á quien amaba mas que á los otros, gustaba de hablar con él, lo llevaba á la caza, y le descubria hasta sus mas secretos pensamientos. Un dia que cazaban ámbos en un bosque, habiendo visto el Visir dos cuervos que gaznaban sobre un árbol, dixo á su secretario: yo me alegrara saber lo que estos animales se dicen en su lengua. Señor, le respondió el de Cachemira, vuestros deseos se pueden satisfacer; ¿y cómo

mo, dixo Atalmuc? Has de saber, Señor, que un Dervich cabalista, respondió Zangir, me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseais, yo escucharé á estos cuervos, y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oido.

El Visir consintió en ello, y el de Cachemira se acercó á los cuervos é hizo como que los escuchaba atentamente. Despues de esto volvió á su amo y le dixo: Señor, ¿creereis que somos nosotros el asunto de su conversacion? El Ministro Persiano exclamó que no era posible. ¿Pues qué dicen de nosotros? Uno de ellos, repitió el secretario, ha dicho, vé aquí al mismo gran Visir, este águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como su nido, y que vela sin cesar en su conservacion. Para desahogarse de sus penosos trabajos viene á cazar á estos bosques con su fiel Zangir. ¡Qué feliz es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores! Vámos con tiento: interrumpió el otro cuervo, vámos con tiento: no celebres tanto la felicidad de este Cachemirano. Atalmuc, es cierto, que se entretiene con él familiarmente, que le hace la honra de confiarle sus secretos, y tampoco pongo duda en que tendrá intencion de darle algun dia empleo considerable, pero entretanto Zangir morirá de necesidad. Este pobre diablo vive en el camaranchon de una posada, en donde le falta lo mas necesario: en una palabra, vive miserablemente sin que en la Corte lo perci-

ciba nadie. El gran Visir no cuida de saber si se halla bien ó mal, y contentándose con tenerle afecto lo dexa abandonado á la miseria.

Aquí cesé de hablar para mirar al Duque de Melar, que me preguntó sonriéndose, que impresion habia hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si este gran Visir se habia ofendido del atrevimiento de este secretario. No señor, le respondí un poco turbado de su pregunta: la fábula dice todo lo contrario, y que lo colmó de beneficios. Fué fortuna, repitió el Duque con seriedad, porque hay Ministros que no llevarian bien se les diese semejantes lecciones. Pero añadió, rompiendo la conversacion y levantándose, creo que el Rey nada tardará en despertar. Mi obligacion me llama, y debo acompañarle. Diciendo esto caminó muy de priesa hácia Palacio sin hablarme mas; y á lo que percibí, poco contento de mi fábula Indiana.

Lo seguí hasta la puerta de la sala de S. M., despues de lo qual fuí á poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los habia tomado. Entré en un gabinete en donde trabajaban nuestros dos secretarios copistas, que tambien eran del viage. ¿Qué tiene Vmd., señor de Santillana, dixéron al verme? Vmd. está muy callado. A Vmd. le ha sucedido algun accidente desagradable.

Como estaba tan creido en lo mal recibido

do que habia sido mi apólogo no oculté mi dolor. Les dí cuenta de las cosas que habia dicho al Duque, y manifestáron que sentian la afliccion que me oprimia. Tiene Vmd. razon para estar desazonado, me dixo uno de ellos. S. E. algunas veces toma las cosas á mal. Es muy cierto, dixo el otro. Quiera Dios que sea Vmd. mejor tratado que lo fué un secretario del Cardenal Espinosa. Este, cansado de no haber recibido nada en quince meses, que estaba ocupado por su Eminencia, tomó un dia la libertad de manifestarle sus necesidades, y de pedir algun dinero para su subsistencia. Es justo, le dixo el Ministro, que se le pague á Vmd. Tomad, prosiguió, alargándole una libranza de mil ducados, id al tesoro Real á recibir esta suma; pero acordaos al mismo tiempo que estoy reconocido á vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado si despues de recibidos estos mil ducados le hubiesen dexado buscar empleo en otra parte; pero al salir de casa del Cardenal lo prendió un alguacil, y lo llevó á la torre de Segovia, en donde ha estado mucho tiempo.

Esta historia redobló mi temor, me contemplé perdido; y no pudiendo consolarme, principié á reprehenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido demasiada. ¡Ay de mí! decia, para que me habré yo aventurado á relatar esta desgraciada fábula, que ha desagradado al Ministro: acaso iria ya

á

á sacarme de mi estado miserable: puede ser que fuera yo encaminado á hacer una de aquellas fortunas súbitas que espantan à todo el mundo. ¡Qué de riquezas, qué de honores pierdo por mi desatino! Debia haber reflexîonado que hay Grandes que no quieren que se les advierta nada, y que hasta las mas mínimas cosas que tienen precision de dar quieren que sean recibidas como gracias. Mejor me hubiera estado continuar mi dieta, sin haber manifestado nada al Duque, y aun debia haberme dexado morir de hambre, para haberlo culpado del todo.

Quando me hubiera quedado alguna esperanza, mi amo, á quien ví en la siesta, me la hubiera desvanecido enteramente. S.E. contra su costumbre estuvo muy sério conmigo, y no me habló absolutamente, lo que en el resto del dia me causó una mortal inquietud. La noche no la pasé mas tranquila. La desazon de ver desvanecerse mis agradables ilusiones, y el temor de aumentar el numero de los prisioneros de Estado solo me permitiéron suspirar y lamentarme.

El dia siguiente fué el que decidió. El Duque me hizo llamar por la mañana: entré en su sala temblando mas que un criminal á quien se va á juzgar: Santillana, me dixo manifestàndome un papel que tenia en la mano, toma esta libranza . . . Esta palabra libranza me hizo temblar, y dixe entre mí: ¡O Cielo! vé

aquí

aquí el Cardenal Espinosa: el bagage está prevenido para Segovia. El temor de que me poseí en este momento fué tal que interrumpí al Ministro, y arrojándome á sus pies le dixe llorando: Señor, suplíco á V. E. muy humildemente me perdone mi atrevimiento. La necesidad me ha forzado á decir á V. E. mi miseria.

El Duque no pudo dexar de reir al ver mi turbacion. Consuélate, Gil Blas, y escúchame, me respondió: aunque descubriéndome tus necesidades me echas en cara el no haberlas prevenido, no te lo tengo á mal, mi amigo; ántes bien me reprehendo á mí mismo porque no he preguntado con que te mantenias. Pero para empezar á reparar este descuido te doy una libranza de mil y quinientos ducados, los quales, vista, te se darán en la Real tesoreria. No paró en esto: lo mismo te prometo todos los años; y ademas te doy facultad para que hables en favor de las personas ricas y generosas que busquen tu proteccion.

Con el arrebatamiento de gozo que me causáron estas palabras besé los pies del Ministro, quien habiéndome mandado que me levantara continuó hablando conmigo familiarmente. Por mi parte quise recobrar mi bello humor; pero no me fué posible pasar tan de pronto del dolor á la alegría. Quedé tan turbado como un infeliz que en el momento que espera-

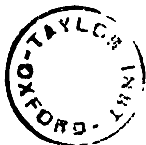
ba

ba la muerte oye el perdon. Mi amo atribuyó mi agitacion al solo temor de haberle desagradado, aunque el temor de una prision perpetua no tuviese la menor parte. S. E. me confesó que habia aparentado tibieza por ver si yo sentia su mudanza; que por mi sentimiento habia conocido quanto le amaba, por lo que él tambien me amaba mas.

CAPITULO VII.

Del buen uso que hizo de sus mil y quinientos ducados; del primer negocio en que se mezcló, y del provecho que sacó de él.

El Rey, como si hubiera querido sacarme de mi impaciencia se volvió desde el dia siguiente á Madrid; fuí volando al tesoro real, en donde tomé inmediatamente la suma contenida en mi libranza. Es de admirar que no se vuelque el juicio á un mendigo, que pasa prontamente de la miseria á la opulencia. Yo me troqué luego que se mudó mi fortuna: no escuché mas que mi ambicion y vanidad, dí mi miserable quarto á los secretarios que todavía no sabian el idióma de los páxaros, y por la segunda vez alquilé mi hermoso aposento que felizmente se encontró desocupado; envié á buscar un sastre famoso que vestia á casi todos los petimetres: este me tomó la medida, y me llevó en casa de un mercader de donde



sacó cinco varas de paño que decia se necesitaban para hacerme un vestido. ¡Cinco varas de paño para un vestido á la española! ¡Justo Cielo! . . . . . Pero no murmurémos sobre esto. Los sastres de reputacion siempre piden mas que los otros. Despues compré lienzo de que tenia gran necesidad, medias de seda y sombrero de castor bordado.

Despues de esto, no siéndome decente pasar sin un lacayo supliqué á Vicente Foreto, mi huésped, me buscase uno. La mayor parte de los extrangeros que se alojaban en su casa tenian costumbre, luego que llegaban á Madrid, de tomar criados Españoles; lo que atraia á aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una cara tan dulce y tan devota que no lo quise; me parecia ver á Ambrosio de Lamela: yo no quiero, dixe á Foreto, criados que tengan una fachada tan virtuosa, porque he llevado ya buenos chascos y estoy escarmentado. Apénas despaché á este quando llegó otro que parecia muy agudo, mas arriscado que un page de Corte, y algo picarillo. Este me agradó. Le hice algunas preguntas y me respondió con despejo: conocí que era travieso y como de molde para mis negocios. Lo recibí y no me arrepentí de mi eleccion; ántes conocí bien presto que habia comprado bien. Como el Duque me habia permitido que le hablase en favor de las per-

so-

sonas á quien quisiese servir, y yo tenia designio de no despreciar tan útil permiso, necesitaba de un perdiguero que descubriese la caza, es decir, un hombre astuto que tuviese industria y pudiese escudriñar y traerme gentes que tuvieran que pedir al primer Ministro. Justamente este era el talento de Scipion, que así se llamaba mi lacayo: él habia salido de casa de Doña Ana de Guevara, ama de leche del Príncipe de España, en donde lo habia exercitado, siendo esta señora de aquellas que viéndose con algun crédito en la Corte quieren aprovecharse de él.

Así que manifesté á Scipion podia obtener gracias del Rey se puso en campaña, y en el mismo dia me dixo: señor, he hecho un gran descubrimiento; acaba de llegar á Madrid un mozo caballero Granadino, llamado Don Rogerio de Rada. Desea la proteccion de Vmd. para con el Duque de Melar en un negocio de honor, y pagará bien el favor que se le haga: le he hablado, y queria dirigirse al Baron, cuyo poder le han ponderado, pero se lo he quitado de la cabeza haciéndole saber que este secretario vendia sus buenos oficios á peso de oro, en lugar que Vmd. se contentaba con una decente demostracion de reconocimiento, y que aun haria estas cosas de valde si la situacion de Vmd. le permitiera seguir su inclinacion generosa y desinteresada. En fin, le hablé de modo que mañana

por

por la mañana lo tendrá Vmd. aquí quando se levante, ¡Cómo, pues, le dixe, señor Scipion, Vmd. está ya ducho en este asunto! Conozco que no es principiante en materia de agencias; y me espanto de que Vmd. no esté mas rico. Esto es lo que no debe sorprehender á Vmd., me respondió; yo no atesoro, quiero que circule el dinero.

Efectivamente vino Don Rogerio de Rada á mi casa, le recibí con una cortesía mezclada de altivez. Señor mio, le dixe, ántes de tomar cartas por Vmd., quiero saber el negocio de honor que le trae á la Corte, porque podria ser tal que no me atreviera á hablar al primer Ministro. Hágame Vmd., pues, si gusta una fiel narracion, y esté persuadido que tomaré con calor sus intereses si son tales que pueda tomarlos á su cargo un hombre honrado. Con mucho gusto, respondió el Granadino, voy á contar á Vmd. mi historia sinceramente; y fué de esta suerte.

CAPITULO VIII.

Historia de Don Rogerio de Rada.

Don Anastasio de Rada, hidalgo Granadino, vivia felizmente en la Ciudad de Antequera con Doña Estefanía su esposa, la que añadia á un espíritu dulce y extremada hermosura una sólida virtud. Si amaba tierna-

men-

mente á su marido, ella era amada con pasion. El era naturalmente muy zeloso; y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger no dexaba de estar inquieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego intentase dañar su honor, y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos, sino es de Don Huberto de Hordales que entraba libremente en su casa como primo de Estefania; siendo á la verdad este el único hombre de quien debia desconfiar.

Efectivamente Don Huberto sin atender á la sangre que los unia, ni á la amistad particular que Don Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima, y tuvo el atrevimiento de declararle su amor. La señora, que era prudente, en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales conseqüencias reprehendió á su pariente con dulzura, representándole hasta que punto era culpable queriendo seducirla y deshonrar á su marido, y le dixo con mucha seriedad que no debia esperar que lograria sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero, el qual imaginando que era necesario echar el resto con una muger de este carácter, principió usando con ella de unos modos poco respetuosos; y un dia tuvo el atrevimiento de estrecharla á que diese satisfaccion á sus deseos; ella lo rechazó con un ayre severo, y le amenazó hacer que Don Anas-

Anastasio castigase su temeridad. El galan, espantado de la amenaza, ofreció no hablar mas de amor, y en fe de esta promesa Estefanía le perdonó lo pasado.

Don Huberto, que naturalmente era muy malo, no pudo ver su pasion tan mal pagada sin concebir un cobarde deseo de venganza. Conocia que Don Anastasio era zeloso y susceptible de todas las impresiones que quisiera darle; este conocimiento le bastó para formar el mas horrible designio de que era capaz el hombre mas perverso. Una tarde que se paseaba solo con este débil esposo, le dixo con el ayre mas melancólico: mi amado amigo, yo no puedo estar mas tiempo sin rebelaros un secreto que no pensara descubriros si no conociera que os interesa mas vuestro honor que vuestro reposo: la delicadeza de Vmd. y la mia en materia de ofensas no me permiten ocultarle lo que pasa en su casa. Prepárese Vmd. á oir una noticia que le causará tanto dolor como sorpresa, porque voy á herirle por el lado mas sensible.

Os entiendo, interrumpió Don Anastasio todo turbado, vuestra prima me es infiel. Yo no la reconozco por prima, repitió Hordales con un ayre irritado: la desconozco, es indigna de que seais su marido. Esto es demasiado consumirme, exclamó Don Anastasio, hablad. ¿Qué ha hecho Estefanía? Os ha vendido, prosiguió Don Huberto. Vmd. tiene un ri-

rival á quien ve en secreto, cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero á favor de una noche obscura se ha ocultado de quien lo observaba. Lo que yo sé es que os engaña: este es un hecho de que estoy cierto. El interes que debo tomar en este asunto os asegura la verdad de mi narracion. Quando me declaro contra Estefanía es preciso que esté bien convencido de su infidelidad.

Es inútil, continuó, habiendo observado que sus discursos hacian el efecto que esperaba, es inútil deciros mas. Percibo estais indignado de la ingratitud con que se atreve á pagar vuestro amor, y que meditais una justa venganza: yo no me opondré á ello. No exâmineis qual es la víctima que vais á inmolar: mostrad á toda la Ciudad que nada hay que no podais sacrificar á vuestro honor.

El traidor animaba de este modo á un esposo muy crédulo contra una muger inocente; y le pintó con tan vivos colores la infamia de que se cubria si dexaba la afrenta sin castigo, que lo enfureció. Ve aquí á Don Anastasio que pierde el juicio: parece que las furias lo agitan; vuelve á su casa resuelto á dar de puñaladas á su desgraciada esposa: la encuentra preparada para meterse en la cama: al pronto se contiene y espera que los criados se retiren. Entónces sin contenerle el temor de la cólera del Cielo, ni por el deshonor que podia recaer sobre una honrada familia, ni aun

por-

por la piedad natural que debia tener al hijo de seis meses que su muger llevaba en su vientre, se acercó á su víctima, y con furia le dixo: es preciso perecer, miserable, y solo te queda un momento de vida que mi bondad te dexa para que pidas perdon al Cielo del ultrage que me has hecho. No quiero que pierdas tu alma como has perdido tu honor.

Diciendo esto sacó un puñal: su accion y su discurso espantáron á Estefanía, que habiéndose arrojado á sus pies le dixo con las manos cruzadas, y toda fuera de sí: ¿qué teneis, señor? ¿qué motivo de disgusto os he dado por desgracia mia para que lleguëis á tal extremo? ¿por qué quereis quitar la vida á vuestra esposa? Si sospechais que no os ha sido fiel mirad que os engañais.

No, no, repitió ásperamente el zeloso, estoy muy asegurado de vuestra traicion. Las personas que me lo han advertido son personas de crédito. Don Huberto. . . . ¡Ah! Señor, interrumpió ella con precipitacion: Vmd. no debe fiarse de Don Huberto. El no es tan amigo vuestro como pensais. Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud no lo creais. Callad infame, replicó Don Anastasio: vos misma justificais mis sospechas queriéndo prevenirme contra Hordales; no penseis que las disipareis: si me lo quereis hacer sospechoso es porque está instruido de vuestra mala conducta. Quisierais hacer su testimonio insufi-

cien-

ciente; pero este artificio es inútil, y redobla el deseo que tengo de castigaros. Amado esposo mio, repitió la inocente Estefanía llorando amargamente, temed vuestra ciega cólera, si seguis sus movimientos cometereis una accion de que no podreis consolaros quando reconozcais la injusticia. Por amor de Dios calmad vuestros transportes. A lo ménos esperad que se aclaren vuestras sospechas; entónces haréis mas justicia á una muger que en nada es reprehensible.

A otro que Don Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras, y todavía mas se hubiera conmovido con la afliccion de la que las pronunciaba; pero el cruel marido léjos de enternecerse le dixo segunda vez que se encomendara á Dios, y levantó el brazo para herirla. Detente, bárbaro, gritó, si el amor que me has tenido se ha extinguido enteramente; si la ternura con que te he amado se ha borrado de tu memoria; si mis lágrimas no pueden apartarte de tu exêcrable designio, respeta á lo ménos tu propia sangre, no armes tu mano furiosa contra un inocente que todavía no ha visto la luz. Tú no puedes ser su verdugo sin ofender al Cielo y á la tierra. Por lo que á mí toca te perdono mi muerte: pero no lo dudes, la suya pedirá justicia de un crimen tan horrible.

Por muy determinado que estuviese Don Anastasio á no hacer caso de las excusas de

Estefanía, las imágenes espantosas que presentáron á su espíritu estas últimas palabras no dexáron de enmudecerlo. Por tanto, como si hubiese temido que esta emocion suspendiese su resentimiento, se aprovechó á toda priesa del furor que le quedaba, y descargó el golpe entrando el puñal por el costado derecho de su muger, que cayó en el mismo momento, y la creyó muerta. Salió prontamente de su casa, y desapareció de Antequera.

Entretanto esta desgraciada esposa aturdida del golpe que habia recibido quedó algunos instantes en tierra como muerta. Despues habiendo recobrado sus espíritus empezó á quejarse y gemir, lo que hizo acudiese una dueña que la servia. Luego que esta buena muger vió á su ama en un estado tan lastimoso dió tales gritos que despertó á los otros criados y á los mas próximos vecinos, de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamáron cirujanos, registráron la herida, no les pareció peligrosa, y no erráron en su conjetura. Curáron en muy poco tiempo á Estefanía, que parió felizmente un hijo tres meses despues de esta cruel aventura, y yo, señor Gil Blas, soy el fruto de aquel infeliz parto.

Aunque la murmuracion en ninguna manera reserva la virtud de las mugeres, respetó no obstante la de mi madre, y esta san-

grienta scena se contaba en la Ciudad como exceso de un marido zeloso. Es verdad que mi padre era tenido por un hombre violento y fácil en sospechar. Hordales juzgó con razon que su prima presumiria que él con sus chismes habia turbado el espíritu de Don Anastasio; y satisfecho de haberse á lo ménos medio vengado cesó de verla. Por no cansar á V. S. no me detendré en contar la educacion que se me ha dado. Solamente diré que mi madre se dedicó principalmente á cuidar me enseñasen el arte de la esgrima; y que me he exercitado mucho tiempo en las mas célebres escuelas de Granada y Sevilla. Esperaba con impaciencia que tuviese edad para medir mi espada con la de Don Huberto, é instruirme entónces del motivo que tenia para quejarse de él; y viéndome en fin de diez y ocho años, me lo descubrió derramando abundantes lágrimas y penetrada de un vivo dolor. ¡Qué impresion no hace á un hijo que tiene valor y sentimiento la vista de una madre en este estado! Busqué prontamente á Hordales, lo saqué á un sitio oculto, en donde despues de un largo combate le dí tres estocadas, con que cayó en tierra.

Don Huberto sintiéndose mortalmente herido puso en mí sus últimas miradas, y me dixo que recibia la muerte de mi mano como un justo castigo del delito que habia cometido contra el honor de mi madre. Me confesó

que

que por vengarse del rigor con que lo habia despreciado tomó la resolucion de perderla, y despues espiró pidiendo perdon de su falta al Cielo, á Don Anastasio, á Estefanía y á mí. No contemplé conveniente volver á casa à informar á mi madre de este acontecimiento, cuyo cuidado remití á la fama. Pasé la sierra, y llegué á la Ciudad de Málaga, en donde me embarqué con un corsario que salia del puerto. Le pareció que no me faltaba corazon, y consintió gustoso me uniese á los voluntarios que tenia á bordo.

No tardámos mucho en hallar ocasion de distinguirnos. En las cercanias de las Islas de Albaran encontrámos un corsario de Melilla que volvia hácia las costas de Africa con una embarcacion Española, que habia apresado á la altura de Cartagena, muy interesada. Atacámos vivamente al Africano, y nos apoderámos de sus dos baxeles, en los quales traia ochenta christianos que llevaba esclavos à Berbería, y aprovechándonos de un viento que se levantó, y que era favorable para acercarnos á la costa de Granada, llegámos á poco tiempo á punta de Helena.

Preguntámos á los cautivos que habiamos librado por su país, y yo hice esta pregunta á un hombre de muy buena cara, y que podia tener cinqüenta años bien hechos. Me respondió suspirando que era de Antequera. Su respuesta me conmovió sin saber por qué,

y

y yo tambien advertí que se turbaba. Díxele, yo soy vuestro paisano, ¿podrémos saber vuestra familia? Ah! me dixo, no me estrecheis para que satisfaga vuestra curiosidad, si no quereis renovar mi dolor. Ya hay diez y ocho años que dexé á Antequera, en donde no se deben acordar de mí sin horror. Vmd. acaso habrá oido muchas veces mi historia. Me llamo Don Anastasio de Rada. ¡Justo Cielo, exclamé! ¿debo creer lo que oigo? ¿Con que Vmd. es Don Anastasio? ¿Es pues mi padre al que veo? ¡Qué decis, joven, exclamó mirándome con sorpresa! ¿Será posible que seais aquel niño desgraciado que todavía estaba en el vientre de su madre quando la sacrifiqué á mi furor? Sí, padre mio, le dixe, yo soy el que parió la virtuosa Estefanía tres meses despues de la funesta noche que la dexasteis anegada en su sangre.

Don Anastasio no esperó á que hubiese acabado estas palabras para arrojarse á mi cuello. Me abrazó estrechamente, y en un quarto de hora no hicimos mas que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Despues de habernos abandonado á los movimientos tiernos que semejante encuentro debia excitar, mi padre levantó los ojos al Cielo para darle gracias de haber salvado la vida á Estefanía; pero un momento despues, como si temiese dárselas fuera de tiempo, se dirigió á mí, y me preguntó de que manera se habia reconocido

la

la inocencia de su muger. Señor, le respondí, nadie ha dudado jamas de ella sino Vmd. La conducta de su esposa ha sido siempre irreprehensible. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que Don Huberto ha sido quien os ha engañado. Entónces le conté toda la perfidia de este pariente, como me habia vengado de él, y lo que me habia confesado al morir.

Mi padre fué ménos sensible al gusto de haber recobrado la libertad que al de oir las nuevas que le anunciaba. Comenzó á abrazarme con el exceso de su alegría: no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo. Vámos, hijo mio, me dixo, tomémos presto el camino de Antequera. Estoy impaciente hasta arrojarme á los pies de una esposa que tan indignamente he tratado. Conocida mi injusticia, se despedaza mi corazon con crueles remordimientos. Deseando yo unir estas dos personas que me eran tan amables, no quise se retardase tan dulce momento. Dexé al corsario, y como mi padre no queria exponerse á los peligros del mar compré en Adra con el dinero que me tocó de la presa dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras, que yo escuché con aquella atencion ansiosa que prestó el Príncipe de Itaca á la narracion de las del Rey su padre. En fin, despues de muchas jornadas llegámos al pié del monte mas inmediato á Antequera,

en

en donde hicímos alto, y esperámos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine Vmd. la sorpresa de mi madre al ver un marido que creia perdido para siempre; y todavía le admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse se le habia restituido. Pidióle mi padre perdon de su barbarie con demostraciones tan vivas de arrepentimiento, que mi madre enternecida, en lugar de mirarlo como un asasino, vió en él un hombre á quien el Cielo la habia sometido: tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió mucho mi huida, y tuvo mucho gusto al verme; pero su alegría no fué sin desazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó desde la misma noche á partir para la Corte, á donde vengo, Señor, á solicitar mi gracia, la que espero obtener, pues que Vmd. quiere hablar en mi favor al primer Ministro, y apoyarme con todo su crédito.

El valiente hijo de Don Anastasio acabó aquí su narracion, y yo le dixe con mucha gravedad: basta, señor Don Rogerio, el caso me parece graciable, quedo con el encargo de referir con todas sus circunstancias á

S.

S. E. este negocio, y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el Granadino dió muchos agradecimientos, que por un oido se me hubieran entrado, y por otro hubieran salido, si no me hubiera asegurado que se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que hubo tocado esta cuerda me puse en movimiento. Desde el mismo dia conté esta historia al Duque, quien habiéndome permitido le presentara el caballero, le dixo: Don Rogerio, estoy instruido del negocio de honor que os trae á la Corte: Santillana me ha dicho todas sus circunstancias; sosiéguese Vmd. Vuestra accion es excusable, y S. M. gusta de hacer gracia á los Nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por ceremonia os pongais preso; pero estad seguro de que no estaréis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará en lo demas; él apresurará vuestra libertad.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia al Ministro, sobre cuya palabra se fué á poner en la cárcel. Sus cartas de perdon fuéron expedidas inmediatamente por mis cuidados. En ménos de diez dias envié este nuevo Telémaco con su Ulises y con su Penélope; en lugar que si no hubiera tenido protector y dinero acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones: no fué este lance muy provechoso; pero yo no era todavía un Baron de Roncal para despreciarlo.

CA-

CAPITULO IX.

Por que medios hizo Gil Blas en poco tiempo una fortuna considerable, y de como tomó el ayre de persona de importancia.

Este negocio me engolosinó, y diez doblones que di á Scipion por su corretage lo animáron á hacer nuevas pesquisas. Ya he celebrado sus talentos sobre esto, se le podia dar el título del grande Scipion. El segundo penitente que me llevó fué un impresor de libros de caballeria, que se habia enriquecido á pesar de la razon y juicio. Este impresor habia contrahecho una obra de uno de sus compañeros que se habia aprehendido. Por trecientos ducados le desembargué sus exemplares, y le salvé de una gruesa multa. Aunque esto no fuese de la inspeccion del primer Ministro, S. E. quiso por mi súplica interponer su autoridad. Despues del impresor vino á mis manos un mercader; y hé aquí su negocio: un navío Portuges habia sido apresado por un corsario Berberisco; y represado por otro de Cadiz. Las dos terceras partes de mercancías de que estaba cargado pertenecian á un mercader de Lisboa, que habiéndolas reclamado inútilmente, venia á la Corte de España á buscar un protector que tuviese bastante crédito para hacérselas dar. Tuvo la

la fortuna de encontrarlo en mí. Me interesé por él, y atrapó sus efectos, mediante la cantidad de quatrocientos doblones.

Me parece que oigo al lector gritar en este punto: ánimo, señor de Santillana, ajústese Vmd. las botas, pues lleva gran camino para adelantar su fortuna. No, no dexaré de hacerlo. Si no me engaño veo llegar mi criado con un nuevo quidam que acaba de agarrar. Justamente es Scipion. Escuchémosle. Señor, me dice, permítame Vmd. que le presente este famoso Empírico; pide un privilegio para vender sus drogas por espacio de diez años en todas las Ciudades de la Monarquía de España, con exclusion de qualesquiera otros, es decir, que se prohiba á las personas de su profesion establecerse en los Lugares donde esté. Por via de reconocimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dixe al charlatan haciendo del protector: id, amigo mio, vuestro negocio corre de mi cuenta. En efecto, pocos dias despues le saqué patentes que le permitian engañar á todo el mundo exclusivamente en todos los Reynos de España.

Yo probé la verdad de aquel proverbio que dice que el comer y el rascar todo es empezar; pero ademas de que me sentia mas codicioso á medida que me iba haciendo rico, habia obtenido con tanta facilidad las quatro gracias de que acabo de hablar, que no balan-

lancee en pedir á S. E. la quinta. Esta era el Gobierno de la Ciudad de Vera en la costa de Granada para un caballero de Calatrava, que me ofrecia mil doblones. El Ministro se echó á reir viéndome caminar tan de priesa. Vive Dios, amigo Gil Blas, me dixo: ¡cómo aprietas! Deseas con furor hacer bien al próximo. Oye: quando no se trate mas que de vagatelas no haré juicio de ello; pero quando me pidas Gobiernos ú otras cosas considerables, si os parece, os quedaréis con la mitad de la utilidad, y á mí me dareis la otra. No podeis pensar, continuó, el gasto que tengo precision de hacer, ni quantos arbitrios necesito para sostener la dignidad de mi empleo, porque á pesar del desinteres que aparento á los ojos del mundo os confieso que no soy tan imprudente que quiera no cuidar de mi casa. Sirváte esto de regla.

Con este discurso me quitó mi amo el temor de importunarlo, ó mas bien me excitò á que continuase con mas empeño, y yo me sentí mas hambriento de riquezas que ántes. Voluntariamente hubiera yo entónces hecho fixar un cartel que dixese, que todos aquellos que quisieran obtener gracias de la Corte no tenian mas que dirigirse á mí; yo iba por un lado, Scipion por el otro, buscando ocasiones de servir por el dinero. Mi caballero de Calatrava tuvo el Gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro

por

por el mismo precio á un Caballero de Santiago : no me contenté con hacer Gobernadores, dí Ordenes de Caballeria, convertí algunos buenos plebeyos en malos hidalgos con excelentes títulos de nobleza : quise tambien que la Clerecía percibiese mis beneficios : conferí pequeños Curatos, Canongías y algunas Dignidades Eclesiásticas. En órden á los Obispados y Arzobispados era el colator de ellos el Baron de Roncal, y ademas nombraba los Magistrados, Encomiendas y Vireynatos ; lo que prueva que no se proveían los empleos grandes mejor que los pequeños ; porque los sugetos á quien nosotros elegiamos para ocupar los puestos, de que haciamos un tan honroso tráfico., no eran siempre los mas hábiles ni los mas arreglados. Sabiamos muy bien que los burlones de Madrid se divertian en este punto à expensas nuestras ; pero nosotros pareciamos á los avaros que se consuelan de las murmuraciones del pueblo repasando su dinero.

Razon tiene Isócrates de llamar la intemperancia y la locura compañeros inseparables de los ricos. Quando me ví dueño de treinta mil ducados, y acaso en estado de ganar diez tantos mas, creí deber hacer una figura digna de un confidente del primer Ministro ; alquilé una casa entera, que hice aderezar curiosamente ; compré la carroza de un Escribano, que la habia tomado por ostentacion, y

que

que procuraba deshacerse de ella por consejo de su panadero. Tomé un cochero, tres lacayos; y como es regular ascender á los antiguos criados, elevé á Scipion al triple honor de ayuda de cámara, secretario y mayordomo; pero lo que acabó de colmar mi orgullo fué que el Ministro llevase á bien que mis gentes traxeran su librea: aquí perdí lo que me quedaba de juicio: no estaba ménos loco que los discípulos de Porcio Latro, que quando á fuerza de haber bebido agua de cominos se pusieron tan pálidos como su maestro, se creian tan sabios como él; poco me faltaba para juzgarme pariente del Duque de Melar. Se me puso en la cabeza pasaria por tal, ó quizá por uno de sus bastardos; cosa que me lisonjeaba infinitamente.

Añadid á esto, que quise como S. E. tener mi mesa de estado, y para este efecto encargué á Scipion me buscase un cocinero, y me traxo uno que era casi comparable al del Romano Nomentano de golosa memoria: llené mi bodega de vino delicioso; y despues de haber hecho las demas provisiones necesarias principié á convidar gentes. Todas las noches venian á cenar á mi casa algunos de los principales Covachuelistas de las oficinas del Ministro, los quales se apropiaban con vanidad la calidad de secretarios de Estado. Les disponia muy buena comida, y siempre iban bien bebidos. Scipion por su parte (porque tal

amo

amo tal criado) tambien tenia su mesa en la despensa, en donde á costa mia regalaba las personas de su conocimiento. Pero ademas de que yo amaba á este mozo, como él contribuia á hacerme ganar el dinero, me parecia tenia derecho para ayudarme á gastarlo. Fuera de que yo miraba estas disipaciones como un jóven que no reflexîona el daño que se le sigue, y solo considera el honor que le resulta de ellas; habia otro motivo para no cuidar de esto, y era que los Beneficios y los Empleos no cesaban de traer agua al molino: mi caudal se aumentaba cada dia, y yo creia tener clavada la rueda de la fortuna.

Solo faltaba á mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida faustosa. Creyendo habria vuelto de la Andalucia quise tener el gusto de sorprenderlo; á este fin le envié un papel anónimo, en el qual le decia que un señor Siciliano de sus amigos lo esperaba á cenar; le señalaba el dia, la hora y el lugar en donde debia encontrarse: la cita era en mi casa. Nuñez vino á ella, y se espantó extraordinariamente quando supo que yo era el señor extrangero que lo habia convidado. Sí, le dixe, amigo mio, yo soy el dueño de esta casa. Tengo un buen equipage, buena mesa, y sobre todo un cofre fuerte. ¡Es posible, exclamó con vivacidad, que te encuentre en la opulencia! ¡Quánto me alegro haberte colocado con el Conde Galiano! Bien

te

te decia yo que aquel señor era generoso, y que no se tardaria en acomodarte. Sin duda, añadió, que habrás seguido el sabio consejo que te dí de afloxar algo la rienda al mayordomo; sea enhorabuena: con esta prudente conducta se hacen poderosos los mayordomos de las casas grandes.

Dexé á Fabricio aplaudirse quanto quiso de haberme llevado en casa del Conde Galiano. Despues de lo qual, para moderar la alegría que manifestaba de haberme procurado tan buen puesto, le dixe con todas sus circunstancias las señales de reconocimiento con que este señor habia pagado mis servicios; pero percibiendo que mi poeta cantaba entre sí la palinodia, le dixe: yo perdono al Siciliano su ingratitud. Hablando entre los dos, mas motivo tengo de felicitarme que de quejarme. Si el Conde no lo hubiera hecho mal conmigo le hubiera seguido á Sicilia, en donde todavía lo sirviera con la esperanza de un establecimiento incierto. En una palabra, no seria confidente del Duque de Melar.

Estas ultimas palabras sorprendiéron tan vivamente á Nuñez que en algunos instantes no pudo proferir una palabra. Despues rompiendo de golpe el silencio me dixo: ¿es verdad lo que oigo? ¡Qué, teneis la confianza del primer Ministro! La parto, le respondí, con el Baron de Roncal, y segun todas las apariencias yo pasaré adelante. En verdad, se-

ñor

ñor de Santillana, replicó, que os admiro. Sois capaz de ocupar toda suerte de empleos. ¡Qué talentos reunís en vos! O mas bien para servirme de una expresion á nuestro modo, poseeis un talento universal, es decir, que para todo sois adequado. En quanto á lo demas, Señor, prosiguió, me alegro mucho de la prosperidad de V. S. Oh! qué diablos, interrumpí, señor Nuñez, no tratémos de señor, ni señoría. Desterrémos estos términos, y vivámos siempre con familiaridad. Tienes razon, repitió; aunque te hayas enriquecido no debo mirarte con otros ojos que con los que te he mirado siempre. Pero añadió, te confieso mi flaqueza; al oir tu fortuna me ofusqué: gracias á Dios, pasado mi alucinamiento no veo en tí mas que á mi amigo Gil Blas.

Nuestra conversacion fué interrumpida por quatro ó cinco Covachuelistas que llegáron: señores, les dixe, mostrándoles á Nuñez, Vmds. cenarán con el señor Don Fabricio, que hace versos dignos del Rey Numma, y que escribe en prosa inimitablemente. Por desgracia yo hablaba con gentes que hacian tan poco caso de la poesía que pusiéron amarillo al poeta: apénas se dignáron mirarlo; por mas que dixo cosas muy delicadas para atraerse su atencion no le escucháron: se picó tanto que tomó un permiso poético; se escurrió sutilmente de entre todos y desapareció. Nuestros Covachuelistas no percibiéron su retiro,

y se sentaron á la mesa sin preguntar por él.

A otro dia por la mañana, quando me acababa de vestir y me preparaba para salir, el Poeta de las Asturias entró en mi sala: perdóname, amigo mio, me dixo, si he ofendido á tus Covachuelistas; pero hablando con franqueza me encontré tan desairado entre ellos, que no pude resistir. Me son muy fastidiosos personages tan presumidos y almidonados. No comprendo como tú que tienes un entendimiento tan delicado puedes acomodarte á unos convidados tan groseros. Yo quiero desde hoy traerte otros mas vivos. Me darás, le dixe, mucha satisfaccion, y sobre este punto puedo fiar en tu gusto. Con razon, me respondió; yo te prometo genios superiores y mas entretenidos. De paso llegaré á una botillería, en donde se juntarán en un instante; los apalabraré para que no se contraigan, porque son tan festivos que en todas partes los apetecen.

Diciendo estas palabras me dexó; y á la hora de cenar volvió acompañado de solos seis autores que me presentó el uno despues del otro, haciendome su elogio. Si se le hubiera de creer aquellos bellos entendimientos sobrepujaban á los de la Grecia é Italia, y sus obras, decia él, merecian imprimirse en letras de oro. Recibí estos señores muy políticamente, aun les hice mil cumplimientos, porque la nacion de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Quando no hubiera encargado

á Scipion que la cena fuera abundante, como sabia la clase de gentes que debia regalar en aquel dia la habria dispuesto con profusion.

En fin nos sentámos á la mesa muy alegremente. Mis poetas principiaron á hablar de sí mismos y alabarse. El uno citaba con vanidad los Grandes y las Señoras á quien era agradable su musa: el otro, vituperando la eleccion que una academia de literatos acababa de hacer de dos sugetos, decia modestamente que debian haberle elegido: los demas discurrian con la misma presuncion. Miéntras comia me asasináron con versos y con prosa: cada uno de ellos recitaba segun su turno algun trozo de sus escritos: el uno lee un soneto, el otro declama una scena trágica, otro lee la crítica de una comedia, y el quarto, queriendo á su vez leer una oda de Anacreonte traducida en malos versos Españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de un término impropio. El autor de la traduccion defiende lo contrario: de aquí nace una disputa en la qual todos los ingenios toman partido. Las opiniones se dividen, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Sin embargo pase; pero estos furiosos se levantan de la mesa y se dan de puñadas. Fabricio, Scipion, mi cochero, mis lacayos y yo en qué nos vímos de ponerlos en paz? Quando se viéron separados salieron de

mi

mi casa como de una taberna sin darme la menor excusa de su impolítica.

Nuñez en la suposicion de que yo me habia formado una idea agradable de esta comida quedó muy aturdido de la aventura : y bien, le dixe, nuestro amigo, ¿ me celebrareis todavía vuestros convidados ? A fee mia que me habeis traido unas gentes bien groseras. Aténgome á mis Covachuelistas, no me hables mas de autores. Yo no pienso, me respondió, presentarte otros, estos son los mas razonables.

CAPITULO X.

Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas con la Corte : de la comision que le confió el Conde de Sumel, y del lance en el qual él y este Señor se metieron.

Luego que conociéron que el Duque de Melar me amaba tuve mi antesala. Todas las mañanas se encontraba llena de gente á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de gentes. Las unas interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al Ministro, y las otras para excitarme con súplicas á sacarles *grátis* lo que pretendian. Los primeros tenian la seguridad de ser escuchados y bien servidos. En órden á los segundos me desembarazaba prontamente con excusas, ó los entretenia tanto tiempo que les hacia perder

der la paciencia. Antes de hacer papel en la Corte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad me hice mas duro que un pedernal. De consiguiente perdí tambien la sensibilidad con mis amigos, y me despojé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad voy á contar del modo como traté en una ocasion á Joseph Navarro.

Este á quien tanto tenia que agradecer, y quien para hablar de una vez era la causa primera de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al Duque de Mellar cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome: que el sugeto por quien se interesaba era un mozo muy amable, y de un gran mérito, pero que necesitaba empleo para subsistir. No dudo, añadió, Joseph, que siendo Vmd. tan bueno y amigo de dar gusto lo tendreis en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de Vmd. Tengo la seguridad de que me dareis las gracias, porque os busco ocasion de exercer vuestro humor caritativo. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de valde. Aunque esto me disgustaba no dexé de aparentar tendria gusto en servirlo. Me alegro, respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que poder mani-

ni-

nifestar á Vmd. el vivo reconocimiento de quanto Vmd. ha hecho por mí: me basta con que Vmd. se interese para servirlo. Su amigo tendrá el empleo que desea: cuente Vmd. con ello. Este es negocio mio, no de Vmd.

Con estas expresiones Joseph se fué muy satisfecho de mi favor. Sin embargo se quedó sin el mencionado empleo, y lo hice dar á otro por mil ducados que metí en mi cofre. Esta suma fué preferida á los agradecimientos que hubiera recibido de mi primer oficial, á quien con un modo pesaroso dixe quando nos volvimos á ver: ¡ah! mi amado Navarro, Vmd. me habló tarde. El Baron de Roncal se ha anticipado: ha hecho dar el empleo que Vmd. sabe. Yo siento en extremo no darle mejor noticia.

Joseph me creyó de buena fe, y nos separámos mas amigos que nunca; pero creo que presto descubrió la verdad porque no volvió á mi casa. En lugar de tener algunos remordimientos por haberme portado tan mal con un amigo verdadero, y á quien tanto debia, quedé lleno de gusto. Ademas de que ya me pesaban los favores que me hizo, no me parecia conveniente freqüentar mayordomos en el estado en que me hallaba en la Corte.

Volvámos al Conde de Sumel, de quien hace tiempo no hémos hablado, y á quien visitaba algunas veces. Le habia llevado mil doblones, como tengo dicho, y todavía le llevé

otros

otros mil por órden del Duque su tio del dinero que yo reservaba para S. E. En este dia quiso el Conde tener una larga conversacion conmigo; me dixo que al fin habia conseguido su intento, y que enteramente poseia el favor del Príncipe, de quien era el único confidente. Despues me dió una comision muy honrosa, de la qual me habia ya hablado. Amigo Santillana, me dixo, vámos, manos á la obra. No dexeis de hacer quanto podais para descubrir alguna buena moza digna de divertir á este bizarro Príncipe. Entendimiento teneis; nada mas os digo. Id, corred, buscad, y luego que hayais descubierto cosa buena, decídmelo. Ofrecí al Conde no omitir cosa que pudiese contribuir al buen cumplimiento de mi empleo, cuyo exercicio no debe ser muy dificil pues que hay tantas gentes que lo toman.

Estas suertes de pesquisas no me eran muy conocidas; pero creí que Scipion seria tambien admirable para el caso. Habiendo llegado á casa lo llamé y le dixe á solas: hijo mio, tengo que hacerte un encargo importante. Ya sabes que en medio de tanto cómo me favorece la fortuna no dexa de faltarme alguna cosa. Facilmente adivino la que es, interrumpió sin dexarme acabar lo que queria decirle. Vmd. necesita una ninfa agradable que le disipe un poco y le divierta; y en efecto es de maravillar que Vmd. en la primavera de sus dias no la tenga, quando los viejos circunspectos
no

no pueden estar sin ella. Admiro tu penetracion le dixe sonriéndome. Sí, amigo mio, una dama necesito y elegida por tí; pero advierte que soy muy delîcado en la materia: yo quiero una persona bonita y que no tenga malas costumbres. Lo que Vmd. desea, repitió Scipion sonriéndose, es algo raro; no obstante estámos, á Dios gracias, en una tierra en donde hay de todo, y espero encontrar presto lo que Vmd. necesita.

Efectivamente á los tres dias me dixo: he descubierro un tesoro; una señorita llamada Catalina, de buena familia, y de una hermosura asombrosa, que vive con una tia suya en una casa pequeña muy decentemente con sus cortos bienes. La criada que la sirve es conocida mia, y acaba de asegurarme que aunque su puerta está cerrada á todo el mundo no seria dificil que se abriese á un galan liberal y rico, con tal que para no escandalizar entre en su casa solo de noche, y con todo sigilo. Por esto lo he pintado á Vmd. como un hombre digno de que se le abran sus puertas, y he suplicado á la criada lo proponga á las dos señoras, lo qual me ha ofrecido, como tambien ir mañana á un sitio determinado á decirme su respuesta. Bravo va el negocio, le respondí; pero temo que te engañe la criada; no, no, replicó, esa no es conmigo, á mí no se me engaña, he preguntado ya á los vecinos, y de lo que me han dicho

cho he sacado en conseqüencia que la señora Catalina es tal como Vmd. la puede desear; es decir ; una Dánaë con quien Vmd. le será permitido hacer el Júpiter á favor de una lluvia de doblones que dexará caer.

Aunque estaba bien prevenido contra esta clase de fortunas no dexé de entrar en esta. La criada avisó á Scipion que podia presentarme aquella misma noche, y á las once me entré en la casa con mucho sigilo. La criada me recibió sin luz, me tomó de la mano y llevó á una buena sala, en donde encontré las dos señoras gallardamente vestidas y sentadas sobre unas almohadas de terciopelo. Luego que me viéron se pusiéron en pié y me saludáron con mucha gracia, y á la verdad me pareciéron personas distinguidas. La tia, que se llamaba la señora Mencía, todavía hermosa, no dexó de atraer mi atencion. Es verdad que toda se la llevaba la sobrina, quien me pareció una diosa; y aunque exâminada rigurosamente podia decirse que no era una hermosura perfecta, tenia sin embargo gracias que con un ayre atractivo y voluptuoso ofuscaban; haciendo imperceptibles sus defectos.

Al verla perdí la tramontana : olvidé que iba como procurador, hablé en mi propio y privado nombre, y me manifesté apasionado. La señorita, á quien juzgué de mas entendimiento que el que tenia (tal era lo bien que me habia parecido) acabó de encantarme con sus

res-

respuestas. Ya principiaba yo á perder el séso quando la tia para moderar mis impulsos me habló en este modo: señor de Santillana, voy á explicarme francamente con V. S. Por el elogio que se me ha hecho de V. S. os he permitido entrar en mi casa, sin ponderaros el favor que os hago en ello; pero no penseis por ésto que estais adelantado: hasta aquí he criado á mi sobrina con recogimiento, y sois, digámoslo así, el primero á quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa tendré mucho gusto de que ella tenga este honor; ved si á este precio la quereis, pues de otro modo no es posible.

Este tiro á quema ropa ahuyentó el amor que me iba á disparar una flecha. Hablando sin metáfora, un casamiento propuesto tan á secas me hizo entrar en mí mismo, y convirtiéndome en un instante en fiel agente del Conde de Sumel, mudé de tono, y respondi á la señora Mencía: señora: vuestra franqueza me agrada, y por tanto quiero imitarla. La figura que hago en Madrid no basta para merecer á la incomparable Catalina; la tengo guardado un partido mas brillante: la destino al Príncipe. Me parece, respondió la tia friamente, que bastaba despreciar á mi sobrina, y que no era necesario acompañar su desprecio con la burla. No me burlo, señora; proseguí, hablo sériamente, tengo órden de buscar una persona de mérito á quien pue-

da visitar secretamente el Príncipe, y en casa de Vmd. he hallado lo que buscaba.

Esta declaracion sorprendió en gran manera á la señora Mencía, á quien percibí no le habia desagradado; sin embargo creyendo que debia hacer la reservada me replicó en estos terminos: aun quando tomara al pié de la letra lo que Vmd. me dice, ha de saber que no tengo genio de hacer vanidad del infame honor que resultaria á mi sobrina siendo dama de un Príncipe; esta idea horroriza á mi virtud ..... ¡Qué sándia es Vmd. con su virtud! Vmd. piensa como una simple aldeana. Se burla si mira estas cosas con tanto escrúpulo; eso es quitarles lo que tienen de bueno, es necesario mirarlas con ojos gustosos. Considerad á los pies de la dichosa Catalina al heredero de la Monarquía; representaos que la adora y la llena de regalos; y pensad en fin que quizá puede nacer de ella un heroe que haga inmortal el nombre de su madre.

Fingió la tia no resolverse aunque estaba determinada á aceptar mi proposicion; y Catalina, que ya hubiera querido poseer al Príncipe, afectó una grande indiferencia; por lo que tuve que hacer nuevos esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin la señora Mencía viéndome ya disgustado y dispuesto á levantar el sitio tocó la llamada, y formámos una capitulacion que contenia los artículos siguien-

guientes : el primero : Que si con el informe que haria al Príncipe de las gracias de Catalina se agradaba de ella ; y se determinaba á hacerle una visita nocturna , yo deberia cuidar de informar á las señoras de ella , y de la noche que eligiria para este efecto. El segundo : Que el Príncipe debia entrar en casa de las dichas señoras como un galan ordinario , y solamente acompañado de mí y de su principal confidente.

Hecho este convenio me hiciéron mil favores la tia y la sobrina ; me tratáron familiarmente , con lo que aventuré algunas llanezas que no fuéron muy mal recibidas ; y quando nos separámos me abrazáron de su propio motivo , haciéndome todas las caricias imaginables. Es cosa maravillosa la facilidad con que se forma la union entre los alcahuetes y las mugeres que los necesitan ; al verme salir tan favorecido nadie hubiera dicho sino que yo era mas dichoso de lo que era en realidad.

El Conde de Sumel tuvo una alegría extrema quando le dixe que habia hecho un descubrimiento tal qual podia desearlo. En tales términos le hablé de Catalina que le excité el deseo de verla. Habiéndolo llevado la noche siguiente á su casa me confesó que habia hecho muy buena eleccion. Dixo á las señoras no dudaba que el Príncipe quedáse gustosísimo con la dama que yo le habia elegido , y
que

que ésta por su parte no dejaria de estar contenta con tal amante por ser el Príncipe generoso, afable y lleno de bondad. En fin les ofrecí llevarlo dentro de algunos dias del modo que deseaban, esto es, sin acompañamiento, ni ruido. Este Señor se despidió, y yo me retiré con él para ir á tomar el coche donde ámbos habiamos venido, el qual nos esperaba al fin de la calle. Despues me llevó á mi casa, y me encargó instruyese el dia siguiente á su tio de esta principiada aventura, y le suplicase de su parte le enviara mil doblones para finalizarla.

El dia siguiente fuí á dar exâcta cuenta de todo lo que habia pasado al Duque de Melar, á quien no obstante le oculté lo de Scipion, atribuyéndome á mí el descubrimiento de Catalina; porque para con los Grandes de todo se hace honor.

Y en efecto se me diéron gracias de ello. Señor Gil Blas, me dixo el Ministro con ayre burlon, me alegro que Vmd. una á sus otros talentos el de descubrir las mejores hermosuras: y no extrañará que quando necesite algunas me dirija á Vmd., Señor, le respondí con el mismo tono, agradezco la preferencia; pero permítaseme que diga que escrupulizaria si procuraba esta suerte de placeres á V. E. Está en posesion de este empleo tanto tiempo hace el Baron de Roncal, que seria una injusticia el despojarlo. El Duque

se sonrió de mi respuesta, y mudando de discurso me preguntó si su sobrino no pedia dinero para esta empresa. Perdonad, le dixe, suplica á V. E. le envie mil doblones. Está bien, respondió el Ministro, llévaselos; dile que no los escasee, y que apoye todos los gastos que el Príncipe quiera hacer.

CAPITULO XI.

De la visita secreta y de los regalos que hizo el Príncipe á Catalina.

En la misma hora llevé los mil doblones al Conde de Sumel. No podias venir mas á tiempo, me dixo este señor. He hablado al Príncipe: ha caido en el lazo: se abrasa de impaciencia por ver á Catalina: se ha resuelto que esta misma noche se ha de escapar secretamente de Palacio para ir á su casa. Las medidas están ya tomadas. Informa de esto á las señoras, y dáles el dinero que me traes: es necesario hacerles conocer que el que van á recibir no es un amante ordinario; ademas de que los regalos de los Príncipes deben preceder á sus galanterias. Supuesto que lo has de acompañar conmigo procura estar esta noche en Palacio á la hora de acostarse. Tambien será preciso que tu coche (porque me parece conveniente servirnos de él) nos espere á media noche cerca de Palacio.

In-

Inmediatamente fuí á casa de las señoras; en donde no ví á Catalina, por estar, segun se me dixo, acostada, y solo hablé á la señora Mencía. Perdone Vmd., señora, le dixe, si la visito de dia; no puede ser otra cosa: es preciso avisar á Vmd. que el Príncipe vendrá esta noche; y vea Vmd. aqui, añadí alargándole el saco en donde llevaba el dinero, vea Vmd. aquí un don que envia al templo de Cytera para hacerse propicias las deidades. Yá ve Vmd. que no las he metido en un paso inútil. Doy á Vmd. las gracias, me respondió; pero dígame, señor de Santillana, si el Príncipe gusta de la música: locamente, le respondí. Ninguna cosa puede divertirlo tanto como una buena voz acompañada de un instrumento tocado delicadamente. Mucho mejor, exclamó ella transportada de alegría; lo que Vmd. dice me llena de gozo, porque mi sobrina canta como un ruiseñor, y toca maravillosamente, tambien bayla á la perfeccion. ¡Vive Dios, grité, estas son muchas perfecciones, tia mia! No necesita tanto una señorita para hacer fortuna: uno de estos talentos le basta.

Preparadas así las cosas esperé la hora en que el Príncipe debia acostarse. Llegada esta dí mis órdenes al cochero, y busqué al Conde de Sumel, quien me dixo que el Príncipe para quedarse solo ántes de tiempo iba á fingir una ligera indisposicion y acostarse,

á

á fin de persuadir mejor que estaba malo; pero que de allí á una hora se volveria á levantar, y por una puerta secreta tomaria una escalera excusada que caia á los patios. Luego que me instruyó de lo que ámbos habian concertado me apostó en un sitio por donde me aseguró que habian de pasar. Duró tanto el poste que empecé á creer habia tomado nuestro galan otro camino, ó perdido el deseo de ver á Catalina, como si los Príncipes abandonaran estas especies de fantasías sin satisfacerlas. En fin quando creia me habian olvidado se llegáron á mí dos hombres, á quienes conocí ser los que esperaba, y llevé á mi coche, en el qual montàron ámbos. Yo iba cerca del cochero pára guiarlo, y le hice parar á cinqüenta pasos de la casa de las señoras. Dí la mano al Príncipe y á su compañero para ayudarlos á baxar, y marchámos hácia la casa á donde queriamos entrar. Al acercarnos se abrió la puerta, é inmediatamente que entrámos se volvió á cerrar.

Al principio nos encontrámos en las mismas tinieblas que yo me ví la primera vez, aunque por distincion habian puesto en la pared una lamparilla, cuya luz era tan sombría que solamente la percibiamos sin que ella nos alumbrara: todo esto servia para hacer la aventura mas agradable á su heroe, el qual fué vivamente sorprendido á vista de las señoras, que le recibiéron en la sala en donde

de la claridad de un sin número de bugías recompensó la obscuridad que habia en el patio. La tia y la sobrina se dexáron ver en el desavillé mas primoroso con un ayre tan atractivo que no se podia mirar impunemente. Nuestro Príncipe si no hubiera tenido que escoger se hubiera contentado muy bien con la señora Mencía; pero tuviéron la preferencia, como era razon, las gracias de la jóven Catalina.

Y pues, Príncipe mio, le dixo el Conde, ¿podiamos haber procurado á V. A. el gusto de ver dos personas mas bonitas? Ambas me embelesan, respondió el Príncipe, no pienso llevarme de aquí mi corazon, pues si faltara la sobrina no se escaparia de la tia.

Despues de un cumplimiento tan gracioso para una tia, dixo mil cosas lisonjeras á Catalina, á las que respondió con mucha discrecion. Como les es permitido á las gentes honradas que hacen el personage que yo en esta ocasion mezclarse en la conversacion de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dixe al galan que su ninfa cantaba y tocaba á las mil maravillas; se alegró de saber que tuviese estos talentos, y la suplicó le diese alguna muestra de su habilidad: con mucho gusto cedió á sus instancias, tomó un instrumento bien templado, tocó sones tiernos, y cantó de un modo tan expresivo que el Príncipe se dexó caer á sus rodillas trans-

por-

portado de amor y gusto; pero acabémos esta pintura, y digámos solamente que la dulce embriaguez en que se habia abismado el heredero de la Monarquía hizo que las horas le pareciesen momentos, y que tuviésemos que arrancarlo de esta peligrosa casa quando ya se acercaba el dia. Los señores agentes lo lleváron prontamente á Palacio, y lo dexáron en su aposento. Despues se volviéron á su casa tan contentos de haberlo unido con una aventurera como si hubiesen hecho su casamiento con una Princesa.

La mañana siguiente conté esta aventura al Duque, porque todo lo queria saber. Quando le acababa la narracion llegó el Conde de Sumel y nos dixo: el Príncipe está tan poseido de Catalina y le ha gustado tanto, que piensa en verla con freqüencia y fixarse allí; quisiera enviarle hoy dos mil doblones en joyas; pero no tiene dinero. Se ha dirigido á mí y me ha dicho: mi amado Sumel, es preciso que me busques en la hora esta suma. Sé que te incomodo, que agoto tu bolsillo; y por tanto te tengo en mi corazon: si alguna vez me hallo en estado de serte reconocido en otros términos, no te arrepentirás de haberme obligado. Yo le respondí, apartándome de él, Príncipe mio, tengo amigos y crédito; voy á buscar lo que V. A. desea. No es dificil satisfacerlo, dixo entónces el Duque á su sobrino. Santillana va á llevaros ese dinero, ó si

quereis él mismo comprará las joyas, porque las conoce perfectamente, y sobre todo los rubíes. No es verdad, Gil Blas, añadió mirándome con un ayre maligno? Qué malicioso sois, señor, le respondí; veo que V. E. quiere hacer reir á expensas mias al señor Conde, y así fué. El sobrino preguntó ¿qué misterio encerraba aquello? No es cosa, replicó el tio riyéndo; es que un dia Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque ni le fué de honor ni provecho.

Hubiera salido ventajoso si el Ministro no hubiera dicho mas; pero tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y Don Rafael me habian jugado en la posada, y se extendió particularmente en las circunstancias que mas me mortificaban. Despues de haberse divertido bien S. E. me mandó acompañar al Conde de Sumel, el que me llevó á casa de un joyero en donde escogímos las joyas que llevámos al Príncipe; las quales se me confiaron para que las diese á Catalina, y despues fuí á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del Duque para pagar al mercader.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente fuí recibido de las señoras con agrado quando les presenté los regalos de mi embaxada, que consistian en un bello par de rosetas de diamantes con los pendientes para la sobrina. Encantadas la una y la otra de las demostraciones de amor y generosidad del Príncipe,

prin-

principiáron á charlar como dos comadres y á darme gracias porque les habia procurado tan buen conocimiento; con el exceso de su alegría se olvidáron de su ficcion. Se les escapáron algunas palabras que me hiciéron sospechar que yo habia facilitado al hijo de nuestro gran Monarca una picarona. Para saber ciertamente si yo habia conseguido tan excelente empresa me retiré con intento de instruirme de Scipion.

CAPITULO XII.

Quien era Catalina; embarazo de Gil Blas; su inquietud, y la precaucion que tomó para sosegarse.

Al entrar en mi casa vi un gran trastorno. Pregunté la causa, y se me dixo que Scipion daba aquella noche de cenar à seis de sus amigos. Cantaban á gritos, y reían á carcajadas. Esta cena á la verdad no era el banquete de los siete Sabios.

El que la daba, luego que supo mi llegada, dixo á sus compañeros: señores, no es nada, es el amo que ha venido: no os inquieteis, continuad divirtiéndoos. Voy á decirle dos palabras, é inmediatamente vuelvo. Vino, pues, á mí: ¿qué gritería es esa le dixe? ¿Qué casta de gentes son las que regalas allá baxo? ¿Son poetas? No señor, perdone Vmd., me

res-

respondió : seria lástima dar vuestro vino á semejantes gentes; yo sé hacer mejor uso de él. Entre mis convidados hay un jóven muy rico que pretende un empleo por vuestra mediacion y su dinero. Por él se hace la fiesta. A cada trago aumenta diez doblones á lo que se ha de dar, y ha de seguir bebiendo hasta el amanecer. Siendo así, le respondí, vuélvete á la mesa, y no escasées el vino.

No juzgué á propósito hablarle entònces de Catalina, dexándolo para por la mañana al levantarme, que lo hice de esta suerte : amigo Scipion, tú sabes del modo que los dos vivímos; yo te trato mas como amigo que como á criado, y por consiguiente harás muy mal de engañarme como haceis con los amos. Entre nosotros no ha de haber secreto : voy á decirte una cosa que te sorprenderá, y tú por tu parte me dirás qué piensas de las mugeres que me has dado á conocer. Hablando los dos en satisfaccion sospecho que son dos mugeres públicas, tanto mas refinadas quanto afectan mas simplicidad. Si les hago justicia no tiene el Príncipe gran motivo de estarme agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado á casa de Catalina, y se ha enamorado de ella. Señor, me respondió Scipion, debo mucho á Vmd. y no puedo dexar de serle sincero. Ayer tuve una conversacion con la criada de estas dos Princesas; ella me ha contado su historia

que

que me ha parecido divertida. Voy á referirla sucintamente, y aseguro que no le ha de desagradar.

Catalina, prosiguió, es hija de un hidalguillo Aragonés. Habiéndose encontrado de quince años huérfana, y tan pobre como bonita, se casó con un Caballero del Hábito, anciano, que la llevó á Toledo, y habiéndole servido mas de padre que de esposo, murió á los seis meses: ella recogió su herencia, que consistia en algunas ropas y en trescientos doblones en dinero contante; despues se juntó con la señora Mencía, quien todavía estaba fresca, aunque ya en su declinacion. Estas dos buenas amigas viviéron juntas y principiáron á observar una conducta de que la Justicia quiso tomar conocimiento. Desagradadas de esto ó despechadas de otra cosa dexaron con aceleracion á Toledo para venir á establecerse en Madrid, en donde viven cerca de dos años hace sin freqüentar ninguna señora de la vecindad. Pero oiga Vmd. lo mejor: han alhajado dos pequeñas casas separadas solamente por un tabique, cuya comunicacion la tienen por una escalera que hay en la cueva. La señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de estas casas, y la viuda del Comendador en la otra con una dueña vieja, que la hace pasar por su abuela; de modo que nuestra Aragonesa tan presto es sobrina educada por su tia, como una pupila baxo la tutela de

de su abuela. Quando hace de sobrina se llama Catalina, y quando de nieta Sirena.

Al oir el nombre de Sirena interrumpí á Scipion todo asustado, ¿ qué me dices ? me haces temblar. ¡Hay de mí! Temo que esta maldita Aragonesa no sea la dama de Roncal. ¡He! Justamente, respondió, es ella misma. Yo creia dar á Vmd. gran gusto participándole esta noticia. Pues no lo creas, repliqué; mas me causa disgusto que alegría. ¿ No percibes tú las conseqüencias? A fe mia que no, dixo Scipion. ¿Qué mal puede suceder? No ha de descubrir el Baron precisamente lo que pasa; y si Vmd. teme que se lo digan prevenga al primer Ministro: cuéntele Vmd. el caso naturalmente. El conocerá la buena fe de Vmd., y si despues quisiese el Baron hacerle algunos malos oficios, S. E. verá que su venganza es quien le excita para hacer daño.

Con este discurso me quitó Scipion el miedo. Seguí su consejo, y dí parte al Duque de Melar de este desagradable descubrimiento: tambien afecté contárselo con ayre triste, para persuadirlo á que sentia haber inocentemente dado al Príncipe la dama de Roncal; pero el Ministro, léjos de compadecerse de su favorito, hizo de ello burla. Despues me dixo que siguiera mi oficio, y que sobre todo era de mucha gloria al Baron amar la misma dama que el Príncipe, y recibir el mismo trato que él. Instruí en los mismos términos

al

al Conde de Sumel, quien me aseguró su proteccion si el primer Secretario descubria la intriga y queria ponerme mal con el Duque.

Con esta maniobra creí haber libertado la embarcacion de mi fortuna del peligro de encallar, y nada mas temí. Seguí acompañando al Príncipe á casa de Catalina, por otro nombre la bella Sirena, que tenia la habilidad de encontrar excusas para apartar de su casa al Baron las noches que tenia precision de acompañar á su ilustre rival.

CAPITULO XIII.

Gil Blas continúa haciendo el papel de Señor: tiene noticia de su familia; qué impresion le hace; marañase con Fabricio.

Ya tengo dicho que por las mañanas tenia en mi antesala muchas gentes que venian á proponerme algunas cosas; mas yo no queria que me las dixesen de viva voz. Siguiendo el uso de la Corte, ó mas bien para hacerme de mas valer, decia á cada pretendiente: deme Vmd. un memorial. Tanto me habia acostumbrado á esto, que un dia lo respondí así al dueño de mi casa que vino á decirme le debia un año de alquiler. Por lo que hace al carnicero y panadero no daban lugar á que yo les pidiese memorial, pues eran muy exâctos en traerlos todos los meses. Scipion, que era una copia

pia mia, se portaba del mismo modo con los que se le dirigian para que me interesara en su servicio.

Yo tenia otra ridiculez de que no pienso excusarme; era tan fatuo que hablaba de los Grandes Señores como si fuése de su misma esfera. Si, por exemplo, tenia que citar al Duque de Alba, al Duque de Osuna, ó al de Medinasidonia, decia sin cortesía, Alba, Osuna, y Medinasidonia. En una palabra, me habia buelto tan orgulloso y vano que ya no era hijo de mis padres. ¡Ah, pobre dueña, y pobre escudero: ni pensaba en vosotros, ni habia tenido cuidado alguno de informarme de vuestra situacion! La Corte tiene la virtud del rio Leteo para hacernos olvidar de nuestros parientes y amigos si se hallan en mal estado.

Quando mas olvidada tenia mi familia entró una mañana en mi casa un mozo que me dixo tenia que hablar conmigo un momento á solas; le hice entrar en mi gabinete, en donde sin ofrecerle una silla por parecerme hombre ordinario le pregunté para que me queria. Señor Gil Blas, me dixo, pues que no me conoce Vmd.? Por mas que lo miré con atencion tuve que responderle que su cara me era desconocida. Yo soy, me replicó, uno de vuestros compañeros, natural del mismo Oviedo, é hijo de Beltran Moscada el especiero, vecino de vuestro tio. Yo os conozco muy bien. Mil veces hémos jugado los dós á gallineta ciega.

De

De los entretenimientos de mi niñez, le respondí, solo tengo una idea confusa; los cuidados que me han ocupado despues me han hecho perder la memoria. He venido á Madrid, me dixo, en confianza del correspondiente de mi padre. He oido hablar de Vmd. y me han dicho que está sobre un buen pié en la Corte, y rico como un judio, de lo que doy á Vmd. la enhorabuena, y ofrezco á mi vuelta llenar de gusto su familia dándoles una nueva tan agradable.

Aunque fuera por cumplimiento no podía dexar de preguntar el estado de mis padres y mi tio; pero lo hice con tanta frialdad que no dí motivo á mi especiero para que admirara la fuerza de la sangre, lo qual me hizo conocer muy bien; se manifestó picado de mi indiferencia con unas personas que me debian ser tan amadas; y como este mozo era franco y grosero me dixo rudamente: yo creia que tuvieseis mas ternura y sensibilidad con vuestros parientes. No parece sino que los habeis olvidado segun la frialdad con que me preguntais por ellos. ¿Vmd. ignora su situacion? Sepa que su padre y su madre todavia están sirviendo, y que el buen Canónigo Gil Perez oprimido con la edad y las enfermedades está en sus últimos vales. Debe Vmd. escuchar á la naturaleza; y pues que tiene proporcion de socorrer á sus padres le aconsejo como amigo que les envie todos los años doscien-

tos doblones. Este socorro sin incomodar á Vmd. les procurará una vida dulce y feliz.

En lugar de ablandarme la pintura que hacia de mi familia, me picó la libertad que se tomaba de aconsejarme sin que yo se la diese; quizá con mas maña me hubiera persuadido; pero su franqueza solo sirvió para irritarme. Mi silencio se lo dió á entender, y continuando su exhortacion con mas malicia que caridad, me impacientó. Oh! Basta, basta, respondí lleno de cólera. Vaya Vmd., señor de Moscada, no se meta en negocios agenos. Váya y busque el correspondiente de su padre, y cuente con él. ¿Tiene Vmd. acaso obligacion de enseñarme mi obligacion? Sé mejor que Vmd. lo que he de hacer en este caso. Dicho esto eché de mi gabinete al especiero, y lo envié á Oviedo á vender azafran y pimienta.

Lo que acababa de decirme no dexó de ofrecerse á mi imaginacion; y echándome en cara á mí mismo que era un hijo desnaturalizado, me enternecí. Traxe á la memoria los cuidados que habian tenido de mi niñez y educacion. Me representé lo que debia á mis padres, y mis reflexîones fuéron acompañadas de algunos impulsos de reconocimiento, y no obstante para nada contribuyéron. Mi ingratitud ahogó bien presto estos sentimientos, á los que se siguió un profundo olvido. Muchos padres hay que tienen hijos semejantes.

La

La codicia y la ambicion que me poseia mudó en todo mi humor. Perdí toda mi alegría, y estaba siempre distraido y pensativo; en una palabra, un bruto. Viéndome Fabricio tan sacrificado á la fortuna, y tan indiferente con él, venia á mi casa, pero no pudo dexar de decirme un dia: en verdad Gil Blas, que no te conozco. Antes de venir á la Corte siempre tenias el ánimo tranquilo; ahora te veo sin cesar agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte; y quanto mas tienes mas quieres. Además ¿me atreveré á decírtelo? Ya no tienes conmigo aquellas confianzas, aquellas familiaridades que hacen las delicias de las amistades; ántes por el contrario me tratas con reserva y ocultas lo interior de tu alma. Tambien observo que eres contenido en los favores que me haces. En fin este Gil Blas no es el mismo que yo conocia.

Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad. Yo ninguna mudanza percibo en mí. Tus ojos están fascinados, replicó, y no debes consultarlos. Créeme: es muy verdadera tu mudanza. Hablad, amigo, ingenuamente, ¿nos tratámos acaso como otras veces? Quando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi durmiendo, y yo entraba en tu quarto sin ceremonia. Pero hoy ¡qué diferencia! Tienes lacayos, se me hace esperar en tu antesala miéntras dan recado de si puedo hablarte. Despues

de

de esto ¿cómo me recibes? Con una fria política y haciéndo de señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tú camarada? Nó, Santillana, nó; de ningun modo me conviene. A Dios; separémonos amigablemente. Deshagámonos ámbos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se olvida de sí mismo.

Yo me sentí mas exâsperado que movido de sus reprehensiones, y le dexé retirarse sin hacer el menor esfuerzo para retenerlo. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa que debiese afligirme su pérdida en el estado en que me hallaba, ademas facilmente hallé consuelo en el trato de algunos empleados de Palacio, con quienes por la semejanza de humor habia poco tenia amistad. Estos nuevos conocimientos eran con hombres, cuya mayor parte venian de no sé donde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados, y atribuyendo estos miserables á su mérito los beneficios que la bondad del Rey les habia conferido, se olvidaban como yo de sí mismos, y nos creiamos personages respetables. ¡O fortuna! Vé aquí como dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el Estoico Epitecto en compararte á una niña ilustre que se entrega á los criados.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO NONO.

CAPITULO PRIMERO.

Scipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero. De los pasos que se dieron para este fin.

Una noche despues de haber despedido la compañia que habia venido á cenar conmigo pregunté á Scipion qué habia hecho en aquel dia. Una accion de padre de familia, me respondió. Procuro á Vmd. un rico establecimiento; le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio. ¡Hija de un platero, exclamé con ayre desdeñoso! ¿Has pérdido el juicio? ¡Teniendo tal qual mérito, y estando en la Corte sobre cierto pié me parece se deben tener ideas mas elevadas. Ay! señor, repitió Scipion, no penseis así. Pensad que el varon es quien ennoblece, no querais ser mas delicado que un millar de señores que pudiera citaros. ¿Sabe Vmd. que la heredera de quien se trata es un partido de cien mil ducados por lo ménos? ¿No es este un buen ramo de pla-

platería? Quando oí hablar de una suma tan grande me suavicé. Desde luego cedo al dictámen de mi secretario; la dote me determina. ¿Quándo quieres tú que la reciba? Poco á poco, Señor, me respondió, un poco de paciencia. Es menester que comunique ántes la cosa con el padre y que la conceda. Bueno, respondí dando una gran carcajada, ¿todavía estás ahí? Por cierto que el casamiento está adelantado. Mas de lo que Vmd. piensa, replicó: con una sola hora de conversacion con el platero salgo por fiador de su consentimiento; pero ántes de pasar adelante capitulémos si Vmd. gusta. Supongámos que yo haga dar á Vmd. cien mil ducados, ¿y á mí qué me ha de tocar? Veinte mil, le respondí. Alabado sea Dios, dixo: yo limité vuestro reconocimiento á diez mil. Vmd. es una mitad mas generoso que yo. Vámos: desde por la mañana entraré en esta negociacion, y cuente Vmd. en que se conseguirá, ó yo soy una bestia.

Efectivamente á los dos dias me dixo: he hablado al Señor Gabriel de Salero (que este era el nombre del padre de la niña). Tanto le he celebrado vuestro valimiento y mérito que ha escuchado con gusto la proposicion. Tendréis su hija con cien mil ducados siempre que le hagais ver claramente que sois favorecido del Ministro. Si consiste en eso, dixe entónces á Scipion, presto estaré ca-

casado. Pero vengámos á la muchacha: ¿la has visto? ¿Es hermosa? Ménos bella que el dote. Hablando para los dos, esta rica heredera no es muy bonita, pero á Dios gracias, á Vmd. nada se le dá. No, hijo, á fe mia. Los cortesanos nos casámos solamente por casarnos. La hermosura la buscámos en las mugeres de nuestros amigos; y si por acaso se encuentra en las nuestras hacémos tan poco caso de ella, que es bien merecido que nos castiguen.

Todavía no lo he dicho todo, repitió Scipion; el señor Gabriel esta noche convida á Vmd. á cenar. Hémos convenido en que no le ha de hablar Vmd. del casamiento proyectado. Debe convidar muchos mercaderes de sus amigos á esta cena, en la que Vmd. se encontrará como un simple convidado, y él vendrá á cenar á casa del mismo modo: en esto conocerá Vmd. que este hombre quiere tantearle ántes de pasar adelante. Convendrá que Vmd. se posea un poco delante de él. Oh! Pardiez, interrumpí con un ayre confiado, que aunque exâmine lo que quiera siempre he de ganar.

Todo se executó por puntos, híce me llevaran á casa del platero, quien me recibió tan familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era un buen ciudadano, como nosotros decímos, cortés á porfia. Me presentó la señora Eugenia su muger, y la jóven Gabriela su hija; yo les hice vivísimos cum-

cumplimientos sin contravenir á lo tratado. Les dixe mil nadas en bellos términos y frases políticas..

Gabriela á pesar del dictámen de mi secretario no me pareció desagradable, ya fuése á causa de estar perfectamente adornada, ó ya porque la mirase al través de la dote. ¡Qué gran casa la del señor Gabriel! Yo creo que habrá ménos plata en las minas del Perú que la que habia allí. Se veia este metal baxo mil formas diferentes. Cada sala, y particularmente en donde cenábamos, era un tesoro. ¡Qué espectáculo para los ojos de un yerno! El suegro para hacer mas lucido el convite habia llevado cinco ó seis mercaderes, todos personas graves y enfadosas. Solo habláron de comercio, de modo que su conversacion fué mas bien una conferencia de negociantes que una platica de amigos.

El dia siguiente en la noche llevé al platero á mi casa, y como no podia aturdirlo con mi vaxilla recurrí á otra ilusion. Convidé á cenar á los amigos que hacian mas figura en la Corte, y cuya ambicion no ponia límite á sus deseos. No habláron de otra cosa que de las grandezas, empleos brillantes y lucrativos á que aspiraban, lo qual surtió su efecto. El buen Gabriel aturdido con sus grandes ideas se consideraba, á pesar de su riqueza, un misero mortal en comparacion de estos señores. Por mi parte haciendo el mo-

de-

derado, dixe que me contentaria con una mediana fortuna como de veinte mil ducados de renta. Con cuyo motivo aquellos hambriéntos de honores y riquezas exclamáron diciendo que hacia mal, y que siendo tan amado del primer Ministro no debia contentarme con tan poco. Nada de esto se escapó al suegro, y quando se retiró creo que iba muy pagado de mí.

Scipion no dexó el dia siguiente por la mañana de ir á verlo para preguntarle si yo le habia agradado. Estoy encantado, le respondió. Este mozo me ha robado el corazon. Pero, señor Scipion, añadió, suplico á Vmd. por nuestra antigua amistad que me hable sinceramente. Todos, como Vmd. sabe, tenémos nuestro flaco: dígame Vmd, el del señor Santillana. ¿Es jugador? ¿Es cortejante? ¿Quál es su inclinacion viciosa? Suplico á Vmd. que no me la oculte. Vmd. me ofende, señor Gabriel, preguntándome semejante cosa, repitió el medianero. ¿Nó sabe que yo me intereso mas por Vmd. que por mi amo, y que si tuviera alguna mala costumbre que fuera capaz de hacer su hija desgraciada no se lo hubiera propuesto por yerno? Juro á brios que nó; yo soy muy servidor de Vmd.; pero en satisfaccion el único defecto que le encuentro es no tener ninguno. Para jóven es muy prudente. Otro tanto oro, respondió el platero, esto me es muy agradable. Vaya Vmd., amigo mio,

y asegúrele que obtendrá mi hija, y que aun quando no fuera querido del Ministro sucederia lo mismo.

Luego que mi secretario me dió noticia de esta conversacion fuí á casa de Salero á darle gracias del favor que me hacia. A este tiempo ya se habia declarado con su muger y su hija, quienes por el modo con que me recibiéron me hiciéron ver que se sometian sin repugnancia á su voluntad. Despues de haber prevenido la noche ántes al Duque de Melar, le presenté el suegro. S. E. lo recibió con mucho agrado, y le manifestó el gusto que tenia en que hubiese elegido para yerno un hombre á quien estimaba mucho y á quien queria elevar. Despues siguió hablando de mis buenas qualidades, y dixo tanto bien de mí que el buen Gabriel creyó que su hija habia encontrado en mi señoría el mejor partido de España. Tal era su gozo que lloraba, y apretándome entre sus brazos me dixo: hijo mio, estoy impaciente hasta veros esposo de Gabriela; de aquí á ocho dias lo mas tarde lo sereis.

CAPITULO II.

Con que casualidad se acordó Gil Blas de Don Alfonso de Leiva, y del servicio que le hizo.

Dexémos por un tanto mi casamiento. El órden de mi historia lo exîge, y pide que cuente el servicio que hice á Don Alfonso mi antiguo amo. Yo habia olvidado á este caballero enteramente, y vé aquí por que causa me acordé de él.

Vacó por este tiempo el Gobierno de Valencia, y habiéndolo sabido pensé en que se diese á Don Alfonso de Leiva. Hice reflexîon de que este empleo le convendria pasmosamente, y quizá no tanto por amistad como por ostentacion resolví pretenderlo para él, haciéndome el cargo que si lo obtenia me haria una honra infinita. Me dirigí, pues, al Duque de Melar y le dixe que habia sido mayordomo de Don César de Leiva y su hijo, y que teniendo todo motivo de serles agradecido, tomaba la libertad de suplicar á S. E. concediese para el uno ó para el otro el Gobierno de Valencia. El Ministro me respondió: con mucho gusto; Gil Blas, yo me alegro de que seas generoso y reconocido. Por otra parte yo estimo esa familia de quien me hablas. Los Leivas son buenos vasallos y merecen el empleo.

Haz

Haz lo que quieras, yo te lo doy por regalo de bodas.

Gustosísimo de haber conseguido mi intento fuí sin pérdida de tiempo á casa del Baron á extender las patentes para Don Alfonso. Habia un gran número de personas que con un silencio respetuoso esperaban les diese audiencia el Señor de Roncal. Habiendo atravesado por entre aquella gente me presenté á la puerta del gabinete, en donde encontré no sé quantos Caballeros, Comendadores y otros sugetos de calidad, á quienes el Baron de Roncal oía por su orden. Era cosa de admirar el diferente modo con que los recibia. Se contentaba con hacerles á lo mas una ligera inclinacion de cabeza; á los otros honrándolos con una reverencia, los conducia hasta la puerta de su gabinete, poniendo ciertos grados de consideracion en los cumplimientos que hacia. Por otra parte se conocia que algunos de aquellos sugetos, chocados del poco caso que hacia de ellos, maldecian en lo interior de su alma la necesidad que les obligaba á humillarse delante de aquel fantasma. Otros ví que por el contrario se reian interiormente de su ayre fatuo y presumido. Por mas que yo observase estas cosas nunca fuí capaz de aprovecharme de ellas. Tenia el mismo porte en mi casa, y se me daba poco se aprobasen ó vituperasen mis modos orgullosos siempre que fuesen respetados.

El Baron habiendo por acaso puesto los ojos

ojos en mí dexó con precipitacion á un hidalgo que le hablaba y vino á abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprehendiéron. ¡Ah! Amado compañero mio, exclamó, ¿qué negocio me facilita el gusto de ver á Vmd. aquí? ¿En que puedo servir á Vmd.? Díxele el asunto á que iba, y en su conseqüencia me aseguró con los términos mas políticos que el dia siguiente á la misma hora se despacharia mi pretension. Su política no paró aquí; me acompañó hasta la puerta de su antesala, lo que jamas hacia sino con Señores Grandes, y allí me volvió á abrazar. ¿Qué significan estos obsequios decia yo en el camino? ¿Qué me anuncian? ¿Podrá ser que este hombre medite mi pérdida, ó presagiando que declina su favor quiera ganar mi amistad y tenerme de su parte con la mira de que interceda por él con el amo? No sabia en qual de estas conjeturas fixarme. Quando volví el dia siguiente me trató del mismo modo llenándome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó con el recibimiento que hizo á otras personas que se le presentáron. Trató mal de palabras á los unos, á los otros los echó con frialdad, de modo que á casi todo el mundo disgustó; pero se vengáron todos á satisfaccion con una aventura que sucedió, la qual no debo dexar en silencio siendo un aviso al lector, Covachuelistas y Secretarios que lo lean.

Ha-

Habiéndose acercado al Baron un hombre vestido llanamente, y que no aparentaba lo que era, le habló de un cierto memorial que decia haber presentado al Duque de Melar. El Baron no solo no miró al caballero, sino que le dixo con tono áspero: cómo se llama Vmd., amigo? En mi niñez me llamaba Frasquito, le respondió á sangre fria el tal; despues me han llamado Don Francisco de Zuñiga, y hoy me llamo el Conde de Pedrosa. El Baron espantado de esto, y viendo que trataba con un hombre de la primera distincion quiso excusarse; y dixo; señor, perdone V. S. sino conociéndole. . . . . Yo no quiero tus excusas, interrumpió con altivez el Frasquito; tanto las desprecio como tus impolíticas. Sabe que el Secretario de un Ministro debe recibir cortésmente á toda suerte de personas. Sé muy en hora buena tan fantástico que te mires como el substituto de tu amo; pero no olvides que eres su criado.

Este incidente mortificó mucho al sobervio Baron, y no obstante nada se enmendó. Por lo que hace á mí saqué fruto del caso. Resolví cuidar de saber con quien hablaba en mis audiencias, y de no ser insolente sino con los mudos. Como las patentes de Don Alfonso estaban expedidas las envié con un correo ordinario á este Señor con carta del Duque de Melar en que le avisaba S. E. que el Rey lo habia nombrado para el Gobierno de Valen-

lencía. No le dí parte de la que tenia en este nombramiento, ni quise aun escribirle, porque tenia gusto de decírselo á boca y de causarle esta agradable sorpresa quando viniese á la Corte á prestar el juramento.

CAPITULO III.

De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas, y del grande acontecimiento que los inutilizó.

Volvámos á mi bella Gabriela: dentro de ocho dias me habia de casar con ella. Por ámbas partes se preparaba esta ceremonía, Salero compró vestidos ricos para la novia, y yo le busqué una doncella de labor, un lacayo y viejo escudero, todo lo qual se eligió por Scipion que esperaba todavía con mas impaciencia que yo el dia en que debian contarme la dote.

La víspera de este dia tan deseado cené en casa del suegro con toda la parentela. Hice perfectamente el papel de un yerno hipócrita. Hice mil favores al platero y su muger. Me fingí apasionado con Gabriela, agasajé toda la familia, á quien escuché sin impacientarme sus discursos baxos y razonamientos aldeanos; y así en precio de mi paciencia tuve la fortuna de agradar á todos los parientes. Ni uno hubo que no se alegrase de mi alianza.

Aca-

Acabada la comida pasáron los convidados á una gran sala en donde habia dispuesto un concierto de voces é instrumentos que no lo hiciéron mal aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid. Habiendo cantado muchas areas alegres nos pusímos de tan bello humor que empezamos á bailar. Dios sabe lo bien que lo hicimos, pues pasé por discípulo de Terpsícore, aunque no tenia mas principios de este arte que dos ó tres lecciones que en casa del Marques de Chaves me habia dado un maestrillo de danza que iba á enseñar los pages. Despues de habernos divertido bien pensámos en retirarnos, en cuya ocasion prodigué las reverencias y expresiones. A Dios mi amado hijo, me dixo Salero abrazándome: mañana por la mañana iré á tu casa á llevar la dote en buenas monedas de oro. Será Vmd. bien recibido, respondí, amado padre mio. Despues habiendome despedido de la familia monté en mi coche que me esperaba en la puerta, y tomé el camino de mi casa.

Apénas habia andado doscientos pasos quando quince ó veinte hombres, los unos á pié, y los otros á caballo, armados todos de espadas y caravinas rodearon mi carroza, y la detuviéron gritando: favor al Rey. Me hiciéron baxar aceleradamente, y pusiéron en una silla volante, en donde el principal de estos personages subió conmigo, y dixo al coche-



chero caminase hácia Segovia. Con razon juzgué que el que iba á mi lado era algun honrado alguacil, y habiéndole preguntado el motivo de mi prision me respondió del modo que acostumbran estos señores, quiero decir, brutalmente, que no tenia necesidad de darme cuenta de él. Yo le dixe, quizá Vmd. se haya engañado. Nó, nó, respondió, sé que no he errado el golpe. Vmd. es el señor Santillana, á Vmd. es á quien tengo órden de conducir. No teniendo nada que replicar á esto tomé el partido de callar. Lo restante de la noche caminámos á la orilla del rio de Manzanares con un profundo silencio. En Colmenar mudámos de caballos, y llegámos de noche á Segovia, en donde me encerráron en la torre.

CAPITULO IV.

De que modo fué tratado Gil Blas en la torre de Segovia, y de como supo la causa de su prision.

Lo primero fué ponerme en un calabozo sin mas cama que un jergon de paja como si fuese reo digno del mayor suplicio. Pasé la noche no en la mayor desolacion, porque todavía ignoraba todo mi daño, sino repasando en mi mente qué seria lo que habria causado mi desgracia. No dudaba que fuese obra del Baron; sin embargo por mas que lo sos-

pechase no concebia como hubiese podido conseguir que el Duque de Melar me tratara con tanta crueldad. Otras veces me imaginaba que me habian preso á hurtadillas de S. E., y otras que este señor mismo me habia hecho prender por alguna razon política, como suelen hacer algunas veces los Ministros con sus favoritos.

Estando agitado con estas conjeturas, á favor de una luz que entraba por una pequeña reja ví todo el horror del lugar en donde me hallaba. Me afligí entónces sin moderacion, y mis ojos se hiciéron dos manantiales que la memoria de mi prosperidad hacia inagotables; Quando estaba en la mayor afliccion vino al calabozo un carcelero que me traia para aquel dia un pan y un cántaro de agua. Me miró, y viendo que el rostro lo tenia bañado en lágrimas, aunque carcelero, se movió á piedad y me dixo: señor prisionero, no desespere Vmd. Las desgracias de la vida se han de sufrir con constancia. Vmd. es jóven, y tras de este tiempo vendrá otro. Entretanto coma Vmd. con gusto el pan del Rey.

Diciendo esto se retiró mi consolador, á quien solo respondí con suspiros. Todo el dia lo empleé en maldecir mi estrella, sin pensar en hacer uso de mis provisiones, que en el estado en que me hallaba mas me parecian un efecto de la cólera del Rey que una expresion de su bondad, pues que servian mas para

ra prolongar que para mitigar la pena de los desgraciados.

En esto llegó la noche, y al instante oí un gran ruido de llaves que atraxo mi atencion. Se abrió la puerta del calabozo, y entró un hombre con una bugía en la mano, el que se acercó y me dixo: señor Gil Blas, vea Vmd. uno de sus antiguos amigos. Yo soy aquel Don Andres de Tordesillas que vivia en Granada, y que era Gentil-hombre del Arzobispo quando Vmd. poseía el favor de aquel Prelado. Vmd. le pidió, si hace memoria, un empleo en México, para el qual se me nombró; pero en lugar de embarcarme para Indias me quedé en la Ciudad de Alicante. Allí me casé con la hija del Capitan del Castillo, y por una série de aventuras que contaré á Vmd. luego, he venido á ser el Alcaide de la torre de Segovia. Vmd. ha tenido la fortuna, continuó, de encontrar en un hombre que tiene el cargo de maltratarlo; un amigo que nada escaseará para mitigar el rigor de su prision. Se me ha ordenado expresamente que no dexe á Vmd. hablar con nadie, que lo haga acostar en el suelo, y que no le dé otra comida que pan y agua. Pero ademas de que soy caritativo, y no habia de dexar de compadecerse de sus males, Vmd. me ha servido, y mi reconociminto es ántes que las órdenes recibidas. Léjos de servir de instrumento para la crueldad que se quiere usar con Vmd.

Vmd., mi ánimo es tratarlo lo mejor que me sea posible. Levántese Vmd., y venga conmigo.

Mi ánimo estaba tan perturbado que no pude responder una sola palabra al señor Alcaide, aunque sus expresiones merecian muchos agradecimientos. Lo seguí, me hizo atravesar un patio, y subir por una escalera muy estrecha á una salita que habia en lo alto de la torre. Habiendo entrado en ella me sorprendí bastante al ver sobre una mesa dos velas que ardian en dos candeleros de cobre, y dos cubiertos muy curiosos: inmediatamente, me dixo Tordesillas, se os vá á traer de comer, ámbos cenaremos aquí. Este quartito *le* he destinado para su habitacion, aquí estará Vmd. mejor que en el calabozo. Vmd. verá desde su ventana las floridas orillas del Eresma y el valle delicioso que desde el pié de las montañas que separan las dos Castillas se extiende hasta Coca. Conozco que al principio no le admirará una vista tan bella, pero quando á la vivacidad de su dolor haga el tiempo que siga una dulce melancolía tendrá gusto de divertir sus miradas con unos objetos tan agradables. Ademas de estó cuente Vmd. que no le faltará ropa blanca y las otras cosas necesarias para un hombre curioso. Sobre todo tendrá Vmd. buena cama, estará bien mantenido, y le daré los libros que quiera: en una palabra todos los alivios que pueden darse á un prisionero.

Con

Con unas ófertas tan corteses me sentí un poco sosegado, cobré ánimo, y dí mil gracias al Alcaide. Le dixe que su proceder generoso me restituia la vida, y que deseaba estar en estado de manifestarle mi reconocimiento. Hé! ¿por qué no lo estará Vmd., me respondió? ¿Cree Vmd. haber perdido la libertad para siempre? Se engaña si lo juzga así; me atrevo á asegurar que con algunos meses de prision hará Vmd. pago. ¿Qué dice Vmd., señor Don Andres, exclamé? parece que sabe el asunto de mi infortunio. Confieso, me dixo, que no lo ignoro. El alguacil que ha traido á Vmd. aquí me ha confiado este secreto, y no tengo dificultad en revelárselo. Me ha dicho que el Rey informado de que Vmd. y el Conde de Sumel han llevado de noche al Príncipe á casa de una dama de sospecha habia desterrado al Conde, y á Vmd. lo enviaba á la torre de Segovia para tratarlo aquí con todo el rigor que ha visto desde que vino. ¿Cómo, pues, le dixe, ha sabido esto el Rey? Esta circunstancia quisiera yo saber particularmente. Y esto es, respondió, lo que justamente no me ha dicho el alguacil, y lo que tampoco sabe.

Estando en esto entráron muchos criados que traian la cena. Pusiéron sobre la mesa pan, dos escudillas, dos botellas y tres fuentes, en la una de las quales venia un guisado de liebre con mucha cebolla, azeyte y azafran, en

la

la otra una olla podrída, y en la tercera un pavipollo sobre un quajado de verengena. Luego que vió Tordesillas que se nos habia servido lo necesario despachó sus criados para que no oyesen nuestra conversacion. Cerró la puerta, y nos sentámos el uno en frente del otro. Empecémos, me dixo, por lo mas urgente; Vmd. con dos dias de dieta debe tener buen apetito, y diciendo esto llenó mi plato de vianda. Creia servir un hambriento, y efectivamente tenia motivo de pensar que yo me embutiria de sus manjares. No obstante engañé su presuncion. Por mucha necesidad que tuviese de comer, los bocados se me quedaban en la boca sin poder tragarlos: tan afligido estaba mi corazon con el estado presente. Por mas que mi Alcaide para apartar de mi espíritu las crueles ideas que sin cesar le afligian me excitase á beber, y celebrase lo excelente de su vino, aun quando me hubiera dádo néctar lo hubiera bebido sin gusto. El lo conoció, y tomando otro rumbo principió à contarme con un estilo alegre la historia de su casamiento; pero todavía consiguió ménos el fin. La oí tan distraido que quando la acabó no hubiera podido dar fe de lo que me habia contado. Juzgó que era mucha empresa querer divertirme por aquella noche. Despues de haber acabado de cenar se levantó de la mesa, y me dixo: señor de Santillana, voy á dexar á Vmd. descansar, ó mas bien meditar con liber-

bertad sobre su desgracia; pero repito que no será de larga duracion. El Rey es bueno naturalmente, y quando se haya pasado su cólera, que se le haga presente la deplorable situacion en que creerá á Vmd. le parecerá bastante castigo. Dicho esto el señor Alcaide baxó é hizo que subiesen los criados á quitar la mesa, se llevaron hasta los candeleros, y yo me acosté con la sombria luz de una lámpara que habia en una pared.

CAPITULO V.

De lo que reflexîonó ántes de dormirse, y del ruido que lo dispertó.

Dos horas por lo ménos se me pasáron reflexîonando sobre lo que me habia dicho Tordesillas. Aquí estoy, decia, por haber contribuido á los placeres del heredero de la corona. ¡Qué imprudencia ha sido el haber servido en semejantes cosas á un Príncipe tan jóven! Pues todo mi delito consiste en que es muy niño. Quizá el Rey en lugar de haberse irritado tanto, se hubiera reido si fuera de mas edad. ¿Pero quién puede haber dado semejante aviso al Monarca sin haber temido el resentimiento del Príncipe y Duque de Melar? Sin duda este querrá vengar al Conde de Sumel su sobrino. Pero lo que yo no puedo comprehender es el como el Rey ha podido descubrirlo.

Siem-

Siempre venia á parar en esto. Sin embargo la idea que mas me afligia, que mas me desesperaba, y la que no podia apartar de mi imaginacion era el saqueo, al qual me imaginaba con razon que se habian abandonado todos mis efectos. ¡Cofre mio, exclamé! ¿dónde estás? amadas riquezas mias, ¿qué ha venido á ser de vosotras? en qué manos habeis caido? ¡Ay de mí, os he perdido en ménos tiempo que os gané! Me pintaba el desórden que habria en mi casa, y sobre esto hacia reflexîones muy tristes. La confusion de tantos pensamientos diferentes me hundió en una tristeza que vino á serme favorable, pues logré el sueño que la noche precedente no habia podido reconciliar. Tambien contribuyéron la buena cama, la fatiga que habia sufrido, los vapores del vino, y de la cena. Me dormí profundamente, y segun las apariencias me hubiera amanecido así, si no me hubiera despertado prontamente un ruido muy extraordinario en las prisiones. Oí cantar á la guitarra un hombre. Escuché con atencion, pero nada entendí. Creí que era un sueño; pero de allí á un instante volví á oir el mismo instrumento y voz que cantaba los versos siguientes:

¡Ay de mí! un año felice
parece un soplo ligero,
pero sin dicha un instante
es un siglo de tormento.

Esta copla, que parecia hecha expresamente pa-

para mí, irritó mis sentimientos. La verdad de estas palabras, decia, las pruebo demasiadamente. Me parece que el tiempo de mi felicidad ha pasado corriendo, y que hay un siglo que estoy en prision. Volví á abismarme en un terrible desvarío, y como si ántés hubiese estado gustoso principié á desconsolarme. Mis lamentos diéron fin con la noche, y los primeros rayos de sol que ilumináron la sala calmáron un poco mis inquietudes. Me levanté á abrir la ventana para que entrase el ayre en el quarto; miré el campo, cuya vista me traxo á la memoria la bella descripcion que el señor Alcaide me habia hecho de él; pero no encontré con que justificar lo que me habia dicho. El Eresma que creia yo á lo ménos igual al Tajo solo me pareció un arroyo. La ortiga y el cardo eran el solo adorno de sus riberas floridas, y el pretendido valle delicioso no ofreció á mi vista sino tierras, cuya mayor parte estaban incultas. Al parecer todavía no gozaba yo de aquella dulce melancolía que debia presentarme las cosas de otro modo de como las veia.

Estaba á medio vestir quando llegó Tordesillas seguido de una criada anciana que me traia camisas y servilletas. Señor Gil Blas, me dixo, aquí tiene Vmd. ropa blanca. No la regatée Vmd.; yo cuidaré de que no le falte; y pues, añadió, ¿cómo ha pasado Vmd. la noche? ¿Ha mitigado el sueño sus penas por

algunos instantes? Puede ser que durmiera todavía si no me hubiera despertado una voz acompañada de una guitarra. El que ha turbado su reposo, respondió, es un prisionero de Estado que tiene su quarto al lado del de Vmd. Es Caballero del Orden de Calatrava, y es de una figura amable: se llama D. Gaston de Cogollos. Si Vmds. quieren pueden verse y comer juntos, y así en sus conversaciones se consolorán mutuamente; y para ámbos será de una grande complacencia. Manifesté á Don Andres que agradecia mucho la permision que me daba de que uniese mi dolor con el de este caballero; y como diese á entender que tenia impaciencia de conocer aquel compañero en mi desgracia, nuestro cortés Alcaide desde aquel mismo dia me procuró esta satisfaccion. Comí con Don Gaston, cuya buena cara y hermosura me sorprendió. Qual seria este hombre, pues, que ofuscó mis ojos acostumbrados á ver la juventud mas brillante de la Corte. Imaginaos un hombre como una pintura, uno de aquellos heroes de novela que para desvelar á las Princesas no necesitaban mas que presentarse. Añádese á esto que la naturaleza, que comunmente mezcla los dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento: en una palabra era un hombre perfecto.

Si él me gustó á mí, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque mas le supliqué no dexase de cantar por mí, temien-

Tom. III. fol. 235.



do incomodarme, nunca mas lo hizo de noche. Dos personas igualmente oprimidas se unen con mucha facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la qual se fortificó de dia en dia. La libertad que teniámos de hablar quando queriámos nos fué muy útil, pues en nuestras conversaciones recíprocamente nos ayudábamos á tener paciencia.

Una siesta entré en su quarto en tiempo que se preparaba á tocar la guitarra. Para oirlo mas cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenia, y él en un pilar de su cama; tocó un son tan tierno, y cantó despues unos versos que explicaban la desesperacion á que reducia á un amante la crueldad de su dama. Quando hubo cantado le dixe sonriéndome: señor, nunca empleará Vmd. tales versos en sus galanterías, porque su persona no encontrará mugeres crueles. Vmd. me favorece, respondió: los versos que Vmd. acaba de oir los compuse para ablandar un corazon que yo creo de diamante: para enternecer una dama que me trataba con un rigor extremo, y pues es preciso contar á Vmd. mi historia, al mismo tiempo sabrá Vmd. la de mis desgracias.

CA-

CAPITULO VI.

Historia de Don Gaston de Cogollos y de Doña Elena de Galisteo.

Presto hará quatro años que salí de Madrid para Coria por ver á mi tia Doña Leonor de Laxarilla, viuda de las mas ricas de Castilla la Vieja, y que no tiene mas heredero que á mí. Apénas llegué á su casa quando el amor vino á turbar mi reposo. Me dió un aposento cuyas ventanas estaban de cara á las celosias de una señora que vivia enfrente, y á quien fácilmente podia ver, pues eran muy claras y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina que me encantó. Se lo manifesté inmediatamente con miradas tan vivas que no podia engañarse: ella lo conoció; pero no era de aquellas señoritas que hacen triunfo de semejante observacion, y todavía ménos correspondió á mis miradas.

Quise saber el nombre de esta peligrosa persona, que tan prontamente turbaba los corazones. Supe que se llamaba Doña Elena, que era hija única de Don Jorge de Galisteo, y que poseia algunas leguas de Coria un señorío de renta considerable: que se le presentaban freqüentemente buenos partidos: pero que su padre los despreciaba todos con el ánimo de casarla con Don Agustin de Oliguera, su sobri-

brino, el que con la esperanza de este casamiento tenia la libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. Esto no me desanimó, ántes bien me hizo mas enamorado, y el orgulloso placer de suplantar un rival amado quizá me excitó mas que mi amor á llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien intercesores á Felicia su criada para implorar su socorro. Tambien la regalé; pero estas galanterias fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama. Ambas fuéron crueles é inaccesibles.

Viendo que rehusaban responder al lenguage de mis ojos recurrí á otros intérpretes; puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenia algun conocimiento en la Ciudad. Descubriéron que su mejor amiga era una señora anciana llamada Teodora, y que se visitaban con freqüencia. Alegre con este descubrimiento busqué á Teodora, á quien obligué con regalos á servirme. Se interesó por mí, y me ofreció procurarme en su casa una conversacion secreta con su amiga, y al dia siguiente cumplió su promesa.

Ya acabó mi desgracia, dixe á Felicia, pues que mis penas han excitado tu piedad. ¿Qué no debo á tu amiga por haberte inclinado á que me des la satisfaccion de hablarte? Señor, me respondió, Teodora es dueña de mi voluntad. Ella me ha interesado por Vmd.; y si pudiera

ra hacerle feliz bien presto conseguiria sus deseos; pero con toda esta buena voluntad no sé si podré ser de grande utilidad. No lisongeémos á Vmd.: su empresa es muy dificil; Vmd. ama á una señora cuyo corazon es de otro; ¿y qué, señora? Es tan disimulada y tan orgullosa que si Vmd. por su constancia y cuidado consigue merecerle algunos suspiros, no piense que su fiereza le dé el gusto de manifestárselo. ¡Ah! mi amada Felicia, exclamé con dolor, ¿para qué me manifiestas todos los obstáculos que tengo que vencer? Esta circunstancia me asasina. Engáñame y no me desesperes. Dicho esto tomé una de sus manos y se la apreté entre las mias, poniéndole en el dedo un diamante de trescientos doblones, y diciéndole cosas tan tiernas que la hice llorar.

Tanto la conmovió mi discurso, y tan contenta quedó con mi generosidad que no quiso dexarme sin consuelo, y allanando un poco las dificultades me dixo: señor, lo que acabo de decir á Vmd. no debe quitarle toda la esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene á la casa á ver con libertad á su prima. Le habla quando quiere, y esto es lo que á Vmd. es mas favorable. La costumbre que tienen de estar juntos siempre, hace su comercio un poco lánguido. Me parece que se separan sin pena y se vuelven á ver sin gusto. Se podria decir que están ya casados.

En

En una palabra, no me parece que mi ama tiene una pasion violenta á Don Agustin. Por otra parte hay mucha diferencia de las prendas personales de él á las de Vmd., cuya particularidad se debe observar mediando una señorita tan delicada como Doña Elena. No pierda Vmd. ánimo; continúe sus galanteos, yo no dexaré pasar ninguna ocasion de hacer valer á mi ama lo que Vmd. hace para agradarla, y por mas que disimule yo descifraré sus sentimientos.

Despues de esta conversacion Felicia y yo nos separámos muy satisfechos el uno del otro. Yo me dispuse de nuevo á cortejar de oculto la hija de Don Jorge; la dí una música, en la qual una bella voz cantó los versos que Vmd. ha oido. Despues del concierto la criada, para sondear su ama, le preguntó si se havia divertido. La voz, dixo Doña Elena, me ha gustado. ¿Y las palabras que ha cantado no son muy penetrantes? De eso es, dixo la señora, de lo que no he hecho caso alguno,

Solo he atendido al canto, y absolutamente no he hecho aprecio de los versos ni se me da nada no saber quien me ha dado esta música. Segun eso, exclamó la criada, el pobre Don Gaston de Cogollos está muy léjos de su aprecio, y es muy loco en pasar su tiempo mirando nuestras celosias. Puede ser que no sea él, dixo el ama friamente. Será algun otro caballero que con este concierto viene á de-

cla-

clararme su pasion. Perdone Vmd., respondió Felicia, está muy engañada, es el mismo Don Gaston; porque esta mañana se ha acercado á mí en la calle y me ha suplicado diga á Vmd. de su parte que la adora á pesar de los rigores con que paga su amor, y que en fin se tendrá por el mas feliz de los hombres si le permitiera testificar su ternura con sus cuidados y galanterías. Este discurso, prosiguió, prueba muy bien que no me engaño.

La hija de Don Jorge mudó al instante de semblante, y mirando á su criada severamente le dixo: ¿cómo tienes tú atrevimiento para propasarte á contarme esta impertinente conversacion? Que no te suceda mas el venirme á hacer semejantes narrativas. Y si ese temerario se atreve todavía á hablarte te mando le digas que se dirija à una persona que haga mas caso de sus galanteos, y que elija un pasatiempo mas decente que el de estar todo el dia en sus ventanas observando lo que hago en mi aposento.

La segunda vez que ví á Felicia me contó fielmente todas las circunstancias de esta conversacion, y queriendo persuadirme á que mis asuntos iban en mejor estado, aseguraba que aquellas palabras no se debian tomar al pié de la letra. Por lo que á mí toca, que no esperaba fineza, ni creia se pudiese explicar el texto en mi favor, desconfié de los comentarios que ella hacia. Se burló de mi desconfian-

za,

za, pidió papel y tinta, y me dixo: señor mio, escriba Vmd. prontamente á Doña Elena como un amante desesperado. Píntele vivamente sus sufrimientos, y sobre todo quéxese de la prohibicion que le hace de que se asome á sus ventanas. Ofrezca Vmd. la obediencia: pero asegurele que le costará la vida; pinte Vmd. esto como lo saben hacer los hombres, y yo me encargo de lo demas. Espero que las resultas no desmentirán mi penetracion.

Yo hubiera sido el primer amante que encontrando tan bella ocasion de escribir á su dama no lo hubiera aprovechado: compuse una carta de las mas patéticas. Antes de cerrarla la mostré á Felicia, quien despues de haberla leido se sonrió: y me dixo, que si las mugeres sabian el arte de preocupar á los hombres, en recompensa no ignoran ellos el de cautivar las mugeres. La criada tomó el billete asegurándome que si no producia buen efecto no estaria la culpa en ella; despues me encargó tuviese cuidado de cerrar mis ventanas por algunos dias, y se volvió á casa de Don Jorge.

Señora, dixo á Doña Elena quando llegó, he encontrado á Don Gaston. Se ha acercado á mí, y me ha tenido algunos discursos lisonjeros; me ha preguntado temblando y como un culpable que espera la sentencia si habia hablado á Vmd. de su parte. Yo en

cumplimiento de vuestras órdenes le he cortado ásperamente su palabra; me he desatado contra él; lo he llenado de injurias, y lo he dexado aturdido con mi insolencia. Me alegro, respondió Doña Elena, que me hayas desembarazado de ese importuno; pero no era necesario hablarle brutalmente. Siempre es bueno que una doncella tenga dulzura: señora, replicó la criada, á un amante apasionado no se despecha con palabras suaves, ni tampoco se consigue este fin siempre con furores y precipitaciones. Don Gaston, por exemplo, no se ha desanimado. Despues de haberlo llenado de injurias, como he dicho á Vmd., fui á casa de la parienta de Vmd., á donde me enviaba. Esta señora, por mal de mis pecados, me ha detenido mucho tiempo. Digo mucho tiempo, porque á la vuelta me he encontrado á mi hombre. Yo no esperaba verlo mas, y su vista me ha turbado tanto que mi lengua siempre pronta no ha podido pronunciar una palabra. Pero y entretanto ¿qué ha hecho él? Aprovechándose de mi silencio, ó mas bien de mi desórden me ha metido en la mano un papel que he guardado sin saber lo que me hacia, y ha desaparecido en un momento.

Diciendo esto sacó del seno mi carta, la qual dió en tono de chanza á su ama; esta la tomó como por divertirse, la leyó con cuidado, y despues hizo la reservada. En verdad,

dad, Felicia, dixo con un ayre sério á su criada, eres una aturdida, y una loca en haber recibido este billete. ¿Qué puede pensar de esto Don Gaston, y qué debo creer yo misma? Tú me das lugar con tu conducta á que desconfie de tu fidelidad, y á él la sospecha de que soy sensible á su pasion. ¡Ay de mí! Puede ser crea él en este instante que leo y releo con gusto sus lineas. Ve aquí á que vergüenza expones mi sobervia. De ninguna manera, señora, le respondió la criada, él no puede tener ese pensamiento, y caso que lo tuviera le habia de durar poco. Le diré la primera vez que lo vea, que he mostrado á Vmd. su carta, y que la ha mirado con frialdad, y que en fin sin leerla la ha hecho pedazos con un frio desprecio. Libremente puedes asegurarle, dixo Doña Elena, que no la he leido; me seria de grande embarazo si tuviera que decirle solo dos palabras. La hija de Don Jorge no se contentó con hablar de esta suerte, sino que desgarró mi billete, y prohibió á su criada que le hablara mas de mí.

Como habia prometido no galantearla desde mis ventanas, pues que mi vista le desagradava, las tuve cerradas por muchos dias para que mi obediencia fuera de mas aprecio; pero en defecto de las que se me habian vedado me preparé para dar nuevas músicas á mi cruel Elena. Habiendo una noche llevado músicos baxo su balcon llegó un caballero con

es-

espada en mano, turbó el concierto dando golpes á un lado y á otro sobre los músicos, quienes inmediatamente se huyéron. El furor que animaba á este atrevido excitó el mio. Me arrojé á él para castigarlo, y principiámos un rudo combate. Doña Elena y su criada oyen el ruido de las espadas, miran por entre las celosias, y ven dos hombres que se pelean. Dan grandes gritos, hacen que se levante Don Jorge y sus criados; estos se levantan inmediatamente, y acuden como muchos vecinos para separar los combatientes, pero llegáron muy tarde. Solo encontráron en el sitio un caballero nadando en sangre y casi sin vida, y conociéron que era yo el desgraciado. Me lleváron á casa de mi tia, donde se llamáron los cirujanos mas hábiles de la Ciudad.

Todo el mundo se compadeció de mí, y particularmente Doña Elena, que entónces descubrió el fondo de su corazon. Su disimulo cedió al sentimiento; y ya ¿lo creerá Vmd.? no era aquella señorita que tanto se picaba de parecer insensible á mis cortejos. Era una tierna amante que se abandonaba sin reserva á su dolor: el resto de la noche lo pasó llorando con su criada, y maldiciendo á su primo Don Agustin, á quien creia autor de sus lágrimas, como en efecto él fué quien interrumpió la música tan desagradablemente. Era tan disimulado como su prima, y aunque habia

co-

conocido mis intenciones nada dixo, é imaginando que ella correspondia, habia hecho esta accion tan vigorosa para mostrar que era ménos sufrido que lo que se creia. No obstante este triste accidente se olvidó poco tiempo despues por la alegria que le siguió. Aunque mi herida era peligrosa la habilidad de los cirujanos me sacó á la orilla. Todavía no salia yo quando Doña Leonor mi tia buscó á Don Jorge, y le propuso mi casamiento con Doña Elena. Consintió en ello tanto mas gustoso quanto que entónces miraba á Don Agustin como á un hombre á quien quizá no volveriá á ver mas. El buen viejo pensaba que su hija podria tener repugnancia en casarse conmigo á causa de que el primo Oliguera habia tenido la libertad de verla mucho tiempo para hacerse amar: pero se manifestó tan dispuesta á obedecer en este punto á su padre que de aquí podémos concluir que en España como en todas partes los recien venidos son mas apreciables á las mugeres.

Luego que pude hablar á solas con Felicia supe hasta que punto habia afligido á su ama el desgraciado suceso de mi combate. De modo que no dudando ser el páris de mi Elena bendecia mi herida pues que habia tenido tan buenas conseqüencias para mi amor. Obtuve del señor Don Jorge permision de hablar á su hija en presencia de la criada. ¡Qué dulce fué esta conversacion para mí! Tanto

su-

supliqué y de tal manera precisé á la señora que me dixese si su padre violentaba sus sentimientos concediendomela, que me confesó que no la debia del todo á su obediencia. Despues de esta graciosa confesion no pensé mas que en agradarla, é imaginar galanterías hasta el dia de las bodas que debian celebrarse con una magnífica cabalgata, en que toda la nobleza de Coria y las cercanías se preparaba para lucir.

Dí una gran comida en una casa de recreo que tenia mi tia en las puertas de la Ciudad por el lado de Monroy. Don Jorge y su hija concurriéron con todos sus parientes y amigos. Se habia preparado por mi órden un concierto de voces é instrumentos, y hecho venir una compañia de comediantes de aldea para que representaran una comedia. En medio del festin me dixéron que un hombre queria hablarme de un negocio muy importante. Me levanté de la mesa, y fui á ver quien era. Encontré un desconocido que me pareció un ayuda de cámara. Me presentó un billete, que contenia estas palabras: « Si estimais vues» tro honor, como debe un Caballero de vues» tra Orden, no dexeis mañana por la maña» na de ir á la llanura de Monroy. Allí encon» traréis un hombre que quiere satisfaceros la » ofensa que os ha hecho, y poneros, si pue» de fuera de estado de casaros con Doña Ele» na. « = Don Agustin de Oliguera.

Si

Si el amor tiene mucho imperio sobre los Españoles, el honor tiene todavía mas. Este billete no lo pude leer con corazon tranquilo. Al solo nombre de Don Agustin se encendió en mis venas un fuego que me hizo casi olvidar las obligaciones indispensables de aquel dia. Tuve tentaciones de escaparme de la compañía para ir á buscar inmediatamente á mi enemigo. No obstante me contuve, temiendo turbar la fiesta, y dixe al que me habia traido la carta: amigo mio, Vmd. puede decir al Caballero que lo envia que deseo infinito combatir con él, por cuyo motivo mañana ántes de salir el sol estaré en el sitio que me cita.

Despues de haber despachado el mensagero con la respuesta volví con mis convidados, y me senté á la mesa, en donde disimulé tanto que ninguno sospechó lo que me pasaba. Lo restante del dia aparenté estar ocupado como los otros en la diversion de la fiesta, la qual dió fin á la media noche. La asamblea se separó, y cada qual entró en la Ciudad como habia salido. Yo me quedé con pretexto de tomar el fresco la mañana siguiente; pero no era por otra cosa que por encontrarme mas pronto en el sitio de la cita. En lugar de acostarme esperé con impaciencia que amaneciera, é inmediatamente monté en el mejor caballo que tenia, y partí solo al campo como paseándome. Caminé hácia Monroy,

en

en cuya llanura descubrí un hombre á caballo que corria hácia mí á rienda suelta, yo córrí á él para ahorrarle la mitad del camino : bien presto nos encontrámos, y ví que era mi rival. Caballero, me dixo con insolencia, con disgusto vengo á pelear segunda vez con Vmd. : pero la culpa es suya. Despues de la aventura de la música Vmd. debió renunciar voluntariamente á la hija de Don Jorge, ó saber que si Vmd. persistia en el designio de agradarla nuestros debates no habian cesado. Vmd. se ha ensobervecido, le respondí, por una ventaja que quizá debió ménos á su destreza que á la obscuridad de la noche. Vmd. debe ignorar que las armas son variables. No lo son para mí, replicó con arrogancia, y voy á hacer ver á Vmd. que así en el dia como en la noche sé castigar los atrevidos que siguen mis pasos.

A este orgulloso discurso solo respondí echando pié á tierra, lo qual hizo tambien Don Agustin. Atámos nuestros caballos á un árbol, y principiámos á pelear con igual vigor. Confieso ingenuamente que tenia que pelear con un enemigo que sabia manejar las armas mejor que yo, no obstante de llevar dos años de enseñanza. El estaba perfeccionado en la esgrima, y así no podia exponer mi vida á un mayor peligro. Sin embargo, como de ordinario sucede que el mas fuerte es vencido por el mas flaco, mi rival recibió

una

una estocada en el corazon á pesar de su habilidad, y cayó muerto.

Volví al instante á la casa de recreo, en donde dixe lo que habia pasado á mi ayuda de cámara, cuya fidelidad me era conocida. Díxele despues: mi amado Ramiro, ántes que la Justicia pueda saber el caso toma un buen caballo y vé á informar á mi tia del suceso: pídele de mi parte oro y joyas, y ven á juntarte conmigo á Plasencia. En la primera hostería, como se entra en la Ciudad, me encontrarás.

Ramiro evacuó su comision con tanta exâctitud que llegó á Plasencia tres horas despues que yo. Me dixo que Doña Leonor mas se habia alegrado que afligido de un combate que repararia la afrenta que habia recibido en el primero, y que me enviaba todo el oro y piedras que tenia, para que viajara alegremente por los paises extrangeros miéntras que ella componia mi negocio.

Omitiendo las circunstancias superfluas diré que atravesé Castilla la Nueva para ir al Reyno de Valencia, y me embarqué en Denia. Pasé á Italia, en donde me puse en estado de recorrer las Cortes y presentarme con decencia.

Quando léjos de mi Elena pensaba yo engañar mi amor y tristeza lo mas que me fuera posible, esta señora en Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplau-

dir las persecuciones que su familia hacia contra mí por la muerte de Oliguera, por el contrario deseaba que una pronta compostura les hiciese cesar y aligerar mi vuelta. Ya habian pasado seis meses, y creo que su constancia hubiera triunfado siempre del tiempo si solo hubiera tenido que combatir con este; pero tenia todavía enemigos mas poderosos. Don Blas de Convados, hidalgo de la costa occidental de Galicia, vino á Coria á recoger una rica herencia que le habia sido disputada en vano por Don Miguel de Caprara, su primo, y se habia establecido en este pais por haberlo encontrado mas agradable que el suyo. Convados era bien hecho, parecia dulce y político, siendo al mismo tiempo el mas insinuante. Presto tomó conocimiento de todas las gentes decentes de la Ciudad, y de los negocios de los unos y los otros.

No ignoró mucho tiempo que Don Jorge tenia una hija, cuya peligrosa hermosura parecia inflamar los hombres para su desgracia, cosa que picó su curiosidad. Quiso ver una señora tan temible, y habiendo buscado para este efecto la amistad de su padre supo ganarla tan bien que el viejo le miró ya como un yerno, y le dió entrada en su casa con la libertad de hablar en su presencia á Doña Elena. El Gallego nada tardó en enamorarse; esto era inevitable: se declaró con Don Jorge, quien le dixo que convenia en su pretension;

pe-

pero que no queria precisar su hija, y que así la dexaba señora de la eleccion. En conseqüencia de esto Don Blas puso en uso todas las galanterias que le fuéron imaginábles para agradarla; pero estaba tan preocupada conmigo que no fué escuchado. Felicia sin embargo habia entrado en los intereses de aquel Caballero, habiéndola obligado con regalos á servir su amor, y así empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte el padre ayudaba á la criada con sus persuasiones, y con todo en un año entero no hiciéron mas que atormentar á Doña Elena sin poder hacerla infiel.

Viendo Convados que Don Jorge y Felicia se interesaban en vano por él les propuso un expediente para vencer la obstinacion de una amante tan apasionada. Ved aquí, les dixo, lo que he pensado: supondremos que un mercader de Coria acaba de recibir carta de un Comerciante Italiano, en la qual despues de haber hablado largamente de las cosas concernientes al comercio, se leerán las palabras siguientes: "Poco tiempo hace que llegó á la "Corte de Parma un Caballero Español, lla- "mado Don Gaston de Cogollos. Dice que es "sobrino y único heredero de una viuda rica "que vive en Coria con el nombre de Doña "Leonor de la Xarilla: este pretende la hija "de un Señor poderoso; pero no quieren acep- "tar hasta haberse informado de la verdad; y "á

» á mí se me ha encargado me dirija á Vmd. Dí-
» game, le suplíco, si conoce á este Don Gas-
» ton, y en qué consisten los bienes de su tia.
» La respuesta de Vmd. decidirá este casamien-
» to. Parma, y &c. «

Esta trampa pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados; la criada todavía ménos escrupulosa que el buen hombre la aprobó mucho. La invencion les pareció tanto mejor quanto que conocian la fiereza de Elena, la qual como no sospechara la picardía era capaz de tomar partido en la misma hora. Don Jorge tomó á su cargo el anunciarle por sí mismo mi mudanza, y, para que pareciera la cosa mas natural, hacerle hablar al mercader que habia recibido de Parma la pretendida carta. Executáron el proyecto como lo habian formado. El padre con una emocion que aparentaba cólera y despecho le dixo: hija mia Elena, nada mas te diré sino que nuestros parientes todos los dias claman sobre que jamas permita entre en nuestra familia el matador de Don Agustin, y hoy tengo otra razon mas fuerte para apartarte de Don Gaston. Avergüénzate de serle tan fiel. El es un voltario, un pérfido: vé aquí una prueba cierta de su infidelidad: lée tú misma esta carta, que un mercader de Coria acaba de recibir de Italia. La asustada Elena tomó el supuesto papel, pasólo por la vista, exâminó todos los términos, y quedó oprimi-
da

da con la nueva de mi inconstancia. Un sentimiento de ternura le hizo derramar algunas lágrimas despues; pero presto recobrando su fiereza las enxugó, y dixo á su padre con tono firme: señor, Vmd. acaba de ser testigo de mi flaqueza, seálo Vmd. tambien de mi victoria. Esto es hecho, Don Gaston me es ya despreciable; en él solo veo el mas indigno de todos los hombres. Nada mas hablémos. Vámos, no tengo que mirar, dispuesta estoy á seguir á Don Blas hasta el altar. Ojalá que mi himeneo preceda al de aquel pérfido que tan mal ha correspondido á mi amor. Don Jorge transportado de alegría al oir estas palabras abrazó su hija, alabó la vigorosa resolucion que tomaba, y aplaudiéndose del feliz suceso de la estratagema se dió priesa á llenar los votos de mi rival. De este modo me quitáron á Doña Elena. Esta se entregó precipitadamente á Convados sin querer dar oidos al amor que le hablaba por mí en el fondo de su corazon, ni aun dudar un instante de una noticia que debiera haber encontrado ménos credulidad en una apasionada. La orgullosa solo escuchó su presuncion. El resentimiento de la injuria que imaginaba habia hecho á su hermosura, superó al interes de su amor. Sin embargo pocos dias despues de su casamiento tuvo algunos remordimientos de haberlo precipitado: se le previno que la carta del mercader podia haber si-

sido fingida cuya sospecha la inquietó; pero el cariñoso Don Blas no daba lugar á que su muger alimentara ideas contrarias á su reposo. No pensaba mas que en divertirla, y lo conseguia por una sucesion continua de placeres diferentes teniendo el arte de inventarlos.

Se manifestaba gustosa con un esposo tan amable, y vivian perfectamente unidos quando mi tia compuso mi negocio con los parientes de Don Agustin, cuyo aviso recibí en Italia inmediatamente. Estaba entónces en Regio en la Calabria Ulterior. Pasé á Sicilia, de allí á España, y con las alas del amor llegué en fin á Coria. Doña Leonor que no me habia escrito el casamiento de la hija de Don Jorge me lo dixo á mi llegada; y observando que me afligia dixo: haces mal, sobrino mio de mostrarte tan sensible á la pérdida de una dama que no ha podido serte fiel. Créeme, destierra de tu corazon y memoria una persona que no es digna de ocupar tu voluntad.

Como mi tia ignoraba que se habia engañado á Doña Elena, tenia razon de hablarme así, y no podia darme consejo mas discreto, así prometí seguirlo, ó á lo ménos afectar un ayre indiferente ya que no era capaz de vencer mi pasion. No pude resistir al deseo de saber de que modo se habia compuesto aquel casamiento. Para instruirme resol-

solví ver á la amiga de Felicia, es decir, á la señora Teodora, de quien ya he hablado. Fuí á su casa, en donde por casualidad encontré á Felicia, la que estando muy agena de verme se turbó y quiso salir por evitar la averiguacion que juzgó querria yo hacer. La detuve: ¿por qué huyes de mí? ¿No se contenta la perjura Elena con haberme sacrificado? ¿Te ha prohibido oir mis quexas? ¿Tú huyes solamente por hacer mérito con la ingrata de haber rehusado oirlas?

Señor, me respondió la criada, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confunde; no puedo ver á Vmd. sin sentirme despedazada con mil remordimientos. Mi ama ha sido seducida, y yo tengo la desgracia de haber sido cómplice en el engaño. Despues de esto ¿puedo yo sin vergüenza presentarme á Vmd.? ! Ah Cielos! repliqué yo con sorpresa, ¿qué me dices? Explícate con mas claridad. La criada entónces me contó circunstanciadamente la extratagema de que se habia servido Convados para robarme á Doña Elena; y habiendo percibido que su narracion me afligia mucho se esforzó para consolarme: me ofreció sus buenos oficios para con su ama, me prometió desengañarla; y en una palabra, no escasear nada para endulzar el rigor de mi hado: en fin me dió esperanzas que mitigáron un tanto mis penas.

Dexando á un lado las infinitas contradicio-

ciones que tuvo que sufrir de parte de Doña Elena para que consintiera en verme, sin embargo lo consiguió. Resolviéron entre ellas que entraria secretamente en casa de Don Blas la primera vez que este saliera para una tierra á donde iba de tiempo en tiempo á cazar, y en donde se estaba por lo comun un dia ó dos. Este designio se executó de allí á poco; el marido partió para el campo, cuya noticia me advirtiéron, e introduxéron en el aposento de su muger.

Quise principiar con reprehensiones; pero se me cerró la boca. Es inútil traer á la memoria lo pasado, dixo la señora; aquí no se trata de enternecernos el uno al otro, y Vmd. se engaña si me cree dispuesta á lisonjear sus sentimientos. Yo declaro á Vmd., Don Gaston, que no he dado mi consentimiento para esta secreta conferencia, ni he cedido á las instancias que se me han hecho por otra cosa que por decir á Vmd. de viva voz que no debe en adelante pensar mas en mí. Quizá viviria yo mas satisfecha de mi suerte, si esta se hubiera unido á la de Vmd.; pero pues que el Cielo lo ha ordenado de otro modo quiero obedecer sus mandatos.

¿Pues qué, señora, le respondí, no basta con haberos perdido? ¿y con ver al feliz Don Blas poseer tranquilamente la única persona que soy capaz de amar? ¡Es preciso que ademas os destierre de mi pensamiento! ¡Vmd.

quie-

quiere quitarme mi amor y el único bien que me queda! ¡Ah, cruel! ¿Pensais sea posible vuelva á recobrar su corazon un hombre á quien lo robasteis? Conoced mejor como obrais, y no me exhorteis en vano á que os aparte de mi memoria. Está bien, replicó ella con precipitacion, pues cese Vmd. tambien de esperar que tenga ningun reconocimiento á su pasion. Solo una palabra tengo que decir á Vmd.: la esposa de Don Blas no será cortejo de Don Gaston; obre Vmd. sobre este supuesto. Retírese Vmd., añadió. Acabémos prontamente una conversacion que me repruebo á pesar de la pureza de mis intenciones, y que juzgaria culpable si la prolongase.

Al oir estas palabras que me quitaban toda esperanza caí á los pies de la dama. Le hablé con la mayor ternura, y empleé hasta las lágrimas para enternecerla; pero todo esto no sirvió mas que de excitar acaso algunos sentimientos de piedad, que tuvo buen cuidado de ocultar, y que fuéron sacrificados á su obligacion. Despues de haber agotado infructuosamente las expresiones tiernas, las súplicas y las lágrimas, mi ternura se mudó de un golpe en furor: saqué mi espada para atravesarme en presencia de la inexhorable Elena, quien apénas percibió mi accion, quando se arrojó sobre mí para precaver las conseqüencias. Deteneos Cogollos, me dixo: ¿es este el modo que teneis de mirar por mi reputacion?

Quitandoos así la vida vais á deshonrarme y hacer pasar á mi marido por un asasino.

En la desesperacion en que me hallaba, léjos de atender á estas palabras como debia, no pensaba mas que en engañar los esfuerzos que hacian el ama y la criada para salvarme de mi mano funesta, lo qual sin duda hubiera conseguido facilmente si Don Blas que habia sido advertido de nuestra conferencia, y que en lugar de ir al campo se habia ocultado tras de una tapiceria para oir nuestra conversacion no hubiera venido corriendo á unirse á ella. Señor Don Gaston, exclamó deteniéndome el brazó, recóbrese Vmd. y no ceda cobardemente al furor que le agita.

Yó interrumpí á Convados diciéndole, ¿es Vmd. quien me aparta de mi resolucion? Vmd. que deberia mas bien darme de puñaladas. Mi amor aunque desgraciado os ofende. ¿No es suficiente delito que me hayais sorprehendido de noche en el aposento de vuestra esposa? ¿Se necesita mas para excitar la venganza? Heridme para libraros de un hombre que no puede dexar de adorar á Doña Elena miéntras viva. Es en vano, me respondió Don Blas, que Vmd. procure interesar mi honor para que le dé la muerte. Demasiadamente castigado queda Vmd. de su temeridad; y yo quedo tan gustoso con los sentimientos virtuosos de mi esposa, que le perdono la ocasion en que se ha puesto de manifestarlos. Creedme Cogollos, añadió, no os

os desespereis como un flaco amante; someteos con valor á la necesidad.

El prudente Gallego con estos y otros semejantes discursos calmó poco á poco mi furor y dispertó mi virtud. Me retiré con ánimo de apartarme de Elena y de los lugares que habitaba, y dos dias despues me volví á Madrid. Allí no habiendo querido ocuparme en otro cuidado que de mi fortuna, principié á presentarme en la Corte y á ganar amigos; pero he tenido la desgracia de particulalarizarme con el Marques de Larrevilla, gran Señor Portugues, el qual, habiéndose sospechado de él que pensaba en libertar á Portugal del dominio de los Españoles, está hoy en el Castillo de Alicante. Como el Duque de Melar ha sabido que yo era íntimo amigo de aquel señor me ha hecho prender y conducir aquí. El Ministro cree que puedo ser cómplice en tal proyecto, cuyo ultrage es el mayor para un hombre noble y castellano.

Aquí cesó de hablar Don Gaston, y yo le consolé diciendo: señor caballero, el honor de Vmd. no puede recibir ninguna lesion en esta desgracia, la qual en lo succesivo sin duda servirá á Vmd. de provecho. Quando el Duque de Melar se instruya de su inocencia no dexará de darle un empleo considerable para restablecer la reputacion de un hidalgo acusado de traicion injustamente.

CA-

CAPITULO VII.

Scipion vá á la Torre de Segovia á ver á Gil Blas, y le da muchas noticias.

Tordesillas que entró en la sala interrumpió nuestra conversacion diciéndome: señor Gil Blas, acabo de hablar á un hombre que se ha presentado en la puerta de la prision. Me ha preguntado si estaba Vmd. preso, y habiéndole rehusado la respuesta me ha dicho llorando: noble Alcaide no desprecie Vmd. mi humilde súplica, dígame si el señor de Santillana está aquí. Soy su primer criado, y si me permite verlo en ello hace una caridad. En Segovia pasa Vmd. por un hidalgo humanísimo, espero que Vmd. no me rehuse la gracia de hablar un instante á mi amado amo, que es mas desgraciado que culpable. En fin continuó Don Andres, este mozo me ha manifestado tanto deseo de hablar á Vmd. que le he prometido darle á la tarde esta satisfaccion.

Aseguré á Tordesillas que el único gusto que me podia dar era traerme aquel jóven, quien probablemente tendria que decirme cosas muy importantes. Esperé con impaciencia el momento de ver á mi fiel Scipion, porque no dudaba que fuese él, y á la verdad no me engañaba. A la tarde se le hizo entrar en la Torre, y su alegría, á quien la mia solo podia

dia igualar, rompió al verme con transportes extraordinarios. Yo en el arrebatamiento que sentí á su vista le eché los brazos, y él me apretó entre los suyos sin etiqueta. Tal fué el gusto que tuvieron en verse el amo y el secretario que se confundiéron con este abrazo.

Luego que nos separámos un poco pregunté á Scipion en que estado habia dexado mi casa. Ya no tiene Vmd. casa, me respondió, y para excusar á Vmd. el trabajo de hacer preguntas sobre preguntas, voy á decir en dos palabras lo que se ha hecho de ella. Sus efectos han sido saqueados tanto por los ministros como por los criados de Vmd., los quales mirándolo ya como un hombre enteramente perdido, á cuenta de sus salarios han tomado quanto han podido. La fortuna fué que tuve la habilidad de salvar de sus garras dos sacos de doblones de á ocho que saqué del cofre y puse en seguridad. Salero á quien he hecho depositario de ellos los traerá quando salga Vmd. de la Torre, en donde no creo sea Vmd. pensionario de S. M. mucho tiempo, habiendo sido preso sin la intervencion del Duque de Melar.

Pregunté á Scipion de donde sabia que S. E: no tenia parte en mi desgracia. ! Ah! Ciertamente, me respondió, de esto estoy muy instruido, pues uno de mis amigos, confidente del Duque de Duzae, me ha contado las circunstancias todas de su prision. Me ha dicho

que

que el Baron de Roncal habiendo descubierto por medio de un criado que la señora Sirena baxo otro nombre recibia de noche al Príncipe, y que el Conde de Sumel dirigia esta intriga por medio del señor de Santillana, habia resuelto vengarse de ellos y de su cortejo, para cuyo logro se dirigió secretamente al Duque de Duzae y se lo descubrió todo. Este habiéndose alegrado de que se le hubiese presentado tan bella ocasion de perder á su enemigo no dexó de aprovecharla. Informó al Rey de lo que se le habia dicho, y le hizo presente con viveza los peligros á que el Príncipe se habia expuesto. Esta noticia habiendo excitado la cólera á S. M. hizo poner en la casa de las recogidas á Sirena, desterró al Conde de Sumel, y condenó á Gil Blas á una prision perpetua. Vea Vmd. aquí, prosiguió Scipion, lo que me ha dicho mi amigo. Ya ve Vmd. que su desgracia es obra del Duque de Duzae, ó mas bien del Baron de Roncal.

Este discurso me hizo creer que con el tiempo podrian restablecerse mis negocios; que el Duque de Melar picado del destierro de su sobrino todo lo pondria en movimiento para hacerlo venir á la Corte, y me lisonjeaba de que S. E. no me olvidaria. ¡Qué gran cosa es la esperanza! De un golpe me consoló de la pérdida de mis efectos y me puso tan alegre como si tuviera motivo de estarlo. Léjos de mirar mi prision como una habitacion desdicha-

chada, en donde quizá habia de acabar mis dias, me pareció un medio de que se valia la fortuna para elevarme á algun gran puesto. Mi fantasia razonaba del modo siguiente. Los partidarios del primer Ministro son Don Fernando de Xabro, el Padre Gerónimo de Renciaflo, y sobre todo Fr. Luis de Agalia, quien le debe el lugar que ocupa cerca del Rey. Con el socorro de estos poderosos amigos S. E. destruirá á sus enemigos, ó por otra parte el Estado acaso mudará presto de semblante. S.M. está muy enfermo, y luego que muera, el Príncipe su hijo volverá á traer al Conde de Sumel, este me sacará inmediatamente de aquí, me presentará al nuevo Monarca, quien para compensar las penas que he sufrido me llenará de beneficios. Lleno así de los gustos venideros, casi ya no sentia los males presentes. Creo tambien que los dos sacos que mi secretario habia depositado en casa del platero contribuyéron para mi pronto consuelo tanto como la esperanza.

El zelo é integridad de Scipion me habia agradado mucho, lo qual le testifiqué ofreciéndole la mitad del dinero que habia preservado del pillage, y lo rehusó. Espero de Vmd., me dixo, otra señal de reconocimiento. Espantado tanto de su discurso como de que rehusara la oferta, le pregunté qué podia hacer por él. No nos separémos, me respondió, sufra que una mi fortuna á la suya; jamas he

te-

tenido á ningun amo el amor que tengo á Vmd. Y yo, hijo le dixe, puedo asegurar que te correspondo. Desde la hora que te ofreciste para servirme me agradaste: posible es que ámbos hayámos nacido baxo los signos de Libra ó Geminis, que á lo que se dice son las dos constelaciones que unen los hombres. Acepto gustoso la compañia que me propones, y para dar principio voy á suplicar al señor Alcaide te encierre conmigo. Será de mi gusto, exclamó; Vmd. me ha adivinado el pensamiento, é iba á suplicarle pidiese esta gracia, pues su compañía me es mas apreciable que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir á Madrid á oler en la Covachuela, y ver si ha habido en la Corte alguna mudanza que pueda ser á Vmd. favorable: de modo que en mí juntamente tendrá Vmd. confidente, correo y espía.

Eran muy considerables estas ventajas para privarme de ellas. Retuve, pues, conmigo un hombre tan útil con permiso del generoso Alcaide, que no me quiso rehusar un tan dulce consuelo.

CA-

CAPITULO VIII.

Del primer viage que hizo Scipion á Madrid, qual fué el motivo y el suceso; Gil Blas cae enfermo; resultas de su enfermedad.

Aunque comunmente decímos que no hay enemigos mayores que nuestros criados, no hay duda que quando son fieles y apasionados son nuestros mejores amigos. El zelo que Scipion habia manifestado por mí me hacia mirarlo como á mi misma persona. Así ya no hubo subordinacion entre Gil Blas y su secretario, ni mas etiqueta. No tuviéron mas que un quarto, una cama y una mesa.

La conversacion de Scipion era muy jocosa, y justamente se le podria haber llamado el hombre de buen humor. Ademas era hombre de juicio, y me hallaba bien con sus consejos. Un dia le dixe, amigo mio, me parece que no seria malo escribir al Duque de Melar; esto no puede producir mal efecto. ¿Quál es tu dictámen? Bien, respondió, pero los Grandes se mudan tanto de un momento á otro que no sé como se recibiria vuestra carta: soy de parecer que de todos modos se escriba, pero con maña. Aunque el Ministro le estima no se descuide por esta amistad de excitar su memoria. Esta suerte de

protectores facilmente olvidan aquellos de quien no oyen hablar.

Aunque esto es muy cierto, le repliqué, yo juzgo mejor de mi patron. Su bondad me es conocida; estoy persuadido que se compadece de mis penas, y que siempre las tiene presentes. Al parecer para sacarme de la prision espera que se apacigüe la cólera del Rey. Sea enhorabuena, respondió, yo me alegraré que el juicio que Vmd. hace de S. E. sea verdadero. Implore Vmd. su socorro por una carta muy tierna: yo se la llevaré, y prometo dársela en su propia mano. Pedí papel y tintero, y compuse un trozó de eloqüencia, que á Scipion pareció patética, y que Tordesillas hizo superior á las mismas homilias del Arzobispo de Granada.

Me lisonjeaba yo de que el Duque de Melar se compadeceria al leer la triste pintura que le hacia del miserable estado en que no estaba; con esta confianza hice partir mi correo, el qual apénas hubo llegado á Madrid, quando fué á casa del Ministro. Encontró uno de mis amigos ayuda de cámara, le facilitó ocasion de hablar al Duque; señor, dixo Scipion á S. E. presentándole el pliego que llevaba, uno de vuestros mas fieles criados, el qual duerme en un jergon en un obscuro calabozo de la torre de Segovia, suplica á V. E. muy humildemente lea esta carta, que de lástima le ha facilitado medio de escribirla un guar-

guarda de la carcel. El Ministro la abrió y pasó por la vista; pero aunque viese en ella un retrato capaz de enternecer el alma mas dura, léjos de parecer tocado levantó la voz y dixo al correo delante de algunas personas que podian oirlo: amigo, diga Vmd. á Santillana que es mucha osadía atreverse á dirigirse á mí despues de la indigna accion que ha hecho, y por la qual es tan justamente castigado. Es un infeliz que no debe contar mas con mi apoyo, y á quien abandono al resentimiento del Rey.

Scipion con todo su desahogo quedó turbado al oir este discurso; sin embargo á pesar de su turbacion no dexó de querer interceder por mí. Señor, replicó, aquel pobre prisionero morirá de dolor quando sepa la respuesta de V. E. El Duque respondió á mi intercesor con mirarlo de medio lado y volverle la espalda. Así me trataba este Ministro para ocultar mas bien la parte que habia tenido en las diversiones nocturnas del Príncipe, y esto es lo que deben esperar todos los agentes de escalera abaxo, de quien se sirven los señores en sus secretas y peligrosas negociaciones.

Quando mi secretario volvió á Segovia, y me dixo el suceso de mi comision, caí de nuevo en el abismo de tristezas que me anegáron el primer dia de mi prision, y aun me creí mas desgraciado faltándome la pro-

tec-

teccion del Duque. Mi ánimo se abatió, y por mas que se me dixo para mi consuelo todo fué inútil, sobrecogióme el pesar que insensiblemente me ocasionó una enfermedad aguda.

El señor Alcaide que se interesaba en mi salud imaginándose que para conseguirla era lo mejor llamar los médicos, me traxo dos que tenian traza de ser zelosos servidores de la Diosa Libitina. Señor Gil Blas, me dixo al presentarlos, vea Vmd. aquí dos Hipócrates que vienen á verle, y que dentro de poco le pondrán bueno. Era tal la oposicion que tenia á estos Doctores que certísimamente los hubiera recibido muy mal si me hubiera quedado algun apego á la vida; pero me sentia tan cansado de ella que agradecí á Tordesillas me quisiera poner en sus manos.

Señor caballero, me dixo uno de los Médicos, ante todas cosas es necesario que Vmd. tenga confianza en nosotros. La tengo muy cumplida, le respondí: con la asistencia de Vmds. estoy seguro de quedar curado de todos mis males. Sí, respondió, lo será Vmd. con la ayuda de Dios, á lo ménos nosotros harémos lo que esté de nuestra parte para ello. En efecto estos señores se portáron maravillosamente, pues que visiblemente me conducian al sepulcro. Don Andres desconfiado ya de mi curacion habia hecho venir un Religioso de San Francisco para que me ayuda-

ra á bien morir. El buen Padre despues de haber cumplido con este empleo se habia retriado; y yo creyéndome en mi última hora hice señas á Scipion para que se acercara á mi cama. Amado amigo mio, le dixe con una voz casi extinguida, (tal era la debilidad que me habian ocasionado las medicinas y sangrías que me habian dado) de los sacos que hay en casa de Gabriel te dexo á tí el uno, y el otro te suplico lo lleves á las Asturias á mi padre y á mi madre, quienes si todavía viven estarán necesitados. Pero ¡ay de mí! temo mucho que no han de haber podido sobrevivir á mi ingratitud. Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza quizá les habrá causado la muerte. Si el Cielo los ha conservado á pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura, les darás el saco de doblones, suplicándoles me perdonen lo mal que los he tratado; y si se han muerto te encargo emplees el dinero en pedir al Cielo por el descanso de sus almas y la mia. Diciendo esto le alargué una mano, que bañó en sus lágrimas sin poder responderme una palabra: tal era la afliccion que tenia el pobre mozo de mi pérdida; lo que prueba que los llantos de un heredero no son siempre fingidos.

Esperaba, pues, pasar el trago; y no obste me engañé. Habiéndome deshauciado mis Doctores, y dexado campo libre á la natura-

raleza, por este medio me salváron. La calentura, que segun su pronóstico debia llevarme, quiso desmentirlos, y me dexó; poco á poco me restablecí con la mayor felicidad; una perfecta tranquilidad de espíritu vino á ser fruto de mi mal. Ya entónces no necesité ser consolado, ántes concebí todo el desprecio de las riquezas y honores que inspira la proxîmidad de la muerte, y vuelto á mí mismo bendecia mi desgracia. Daba gracias al Cielo como si me hubiese hecho un favor particular, y resolví firmemente no volver mas á la Corte, aun quando el Duque de Melar me llamase; ántes bien me propuse, si salia de la prision, comprar una casa de campo y vivir en ella como filósofo.

Mi confidente apoyó mi designio, y me dixo que para acelerar la execucion pensaba volver á Madrid á solicitar mi libertad. Se me ha prevenido una cosa, añadió; conozco un sugeto que podrá sernos útil; la criada favorita de la ama de leche del Príncipe, que es una muchacha de entendimiento, voy á hacer que interese á su ama, y á poner todos los medios que sean imaginables para sacar á Vmd. de esta torre, en donde aunque se le dé el mejor tratamiento siempre es prision. Dices bien, le respondí. Vé, amigo mio, sin perder tiempo á dar principio á esta negociacion. ¡Pluguiese al Cielo estuviéramos ya en nuestro retiro!

CA-

CAPITULO IX.

Scipion vuelve á Madrid; como y con que condiciones puso á Gil Blas en libertad; á donde fuéron los dos despues de haber salido de la torre de Segovia; y la conversacion que tuviéron.

Salió, pues, Scipion para Madrid, y yo ínterin volvia me dediqué á leer. Tordesillas me daba mas libros de los que yo queria: los tomaba prestados de un viejo Comendador que no sabia leer, pero que queriendo hacerse sabio tenia una buena biblioteca. Sobre todo me agradaban las obras de moral, porque encontraba en ellas á cada momento pasages que lisongeaban la aversion que tenia á la Corte, y el gusto que habia concebido por la soledad.

Pasáron tres semanas sin haber oido hablar de mi negociador, el qual volvió en fin, y me dixo muy alegre: por de pronto, señor de Santillana, traigo á Vmd. buenas nuevas. La señora ama se interesa por Vmd. Su criada á súplicas mias y por cien doblones que le he ofrecido ha tenido la bondad de hacerle pedir al Príncipe modere vuestro castigo; y este que como otras veces he dicho á Vmd., nada le niega, ha ofrecido pedir al Rey, su padre, vuestra libertad. He venido con la mayor

yor priesa á deciroslo, y con la misma vuelvo á dar la última mano á mi obra. Diciendo esto me dexó y volvió á tomar el camino de la Corte.

No fue largo su tercer viage. A los ocho dias vi volver á mi hombre, quien me dixo que el Príncipe habia no sin trabajo obtenido del Rey mi libertad: la qual desde el mismo dia me fué confirmada por el señor Alcaide, quien me dixo abrazándome: mi amado Gil Blas, gracias al Cielo, Vmd. está libre; las puertas de esta prision le están abiertas; pero las condiciones, con las quales se concede á Vmd. esta libertad, quizá le darán mucha pena, y á mí el desagrado de verme en la obligacion de hacérsela saber. S. M. prohibe á Vmd. se presente en la Corte, y le ordena salir de las dos Castillas en el término de un mes. Me sirve de mucha mortificacion que se le prohiba á Vmd. la Corte. Y yo estoy muy contento, le respondí: bien sabe Dios lo que pienso: solo esperaba del Rey una gracia, y me ha hecho dos.

Asegurado, pues, de que ya no era prisionero hice alquilar dos mulas, en las quales salímos al dia siguiente mi confidente y yo despues de haberme despedido de Cogollos, y dado millares de gracias á Tordesillas de todas las demostraciones de amistad que habia recibido de él. Tomámos alegremente el camino de Madrid para sacar del poder del

se-

señor Gabriel nuestros dos sacos, en cada uno de los quales habia quinientos doblones. Por el camino me decia mi asociado: si no tenémos dinero para comprar una tierra magnífica á lo ménos tenémos para una razonable. Yo seré feliz, le respondí, aun quando no tengámos mas que una cabaña. Habiendo apénas llegado á la mitad de mi carrera estoy tan desengañado, que solo quiero vivir para mí. Ademas de esto te digo que me he formado de los gustos de la vida campestre una idea que me echiza y me hace gozarlos con anticipacion. Paréceme ya que veo el esmalte de los prados, que oygo el canto de los ruiseñores y el murmullo de los árroyos: que en tanto me divierto con la caza, y en tanto con la pesca. Imagínate, amigo mio, los diferentes placeres que nos esperan en la soledad, y tendrás tanta complacencia como yo. En orden al mantenimiento el mas simple será el mejor; un pedazo de pan nos satisfará quando tengamos mucha hambre, lo comeremos con un apetito que nos hará juzgarlo excelente. El deleyte no consiste en los alimentos exquisitos, sino en nosotros; esto es tan cierto como que mis comidas las mas deliciosas no son aquellas en que veo reynar la delicadeza y la abundancia; la frugalidad es un orígen de delicias maravillosas para la salud.

Con el permiso de Vmd., señor Gil Blas,

me interrumpió mi secretario, yo no soy enteramente de su dictámen sobre la pretendida frugalidad con que Vmd. quiere obsequiarme. ¿Por qué mantenernos como los Diógenes? Aun quando comámos bien no debemos temer enfermar. Creame Vmd. pues que tenémos, gracias á Dios, con que hacer agradable nuestro retiro, no lo hagámos habitacion de la hambre y la pobreza. Luego que tengámos una buena tierra es preciso proveerla de buenos vinos y de todas las otras provisiones convenientes á personas de entendimiento, que no dexan el comercio de los hombres por renunciar las comodidades de la vida; ántes bien gozarlas con mas tranquilidad. Lo que cada uno tiene en su casa, dice Hesiodo, no daña; en lugar de que lo que no se tiene puede dañar. Vale mas, añadió, poseer uno las cosas necesarias que desearlas.

¡Qué diablos es esto, señor Scipion, interrumpí, Vmd. conoce los Poetas Griegos! Ola, ¿en dónde ha conocido Vmd. á Hesiodo? En casa de un sabio, me respondió. Serví algun tiempo en Salamanca á un pedante, que era un gran Comentador; en un abrir y cerrar de ojos le haria á Vmd. un grueso volúmen; lo componia de pasages Hebreos, Griegos y Latinos que sacaba de los libros de su biblioteca y traducia en Castellano. Como era su cópista he retenido no sé quantas sentencias todas tan dignas de observarse como la que acabo de ci-

tar.

tar. Siendo así, le repliqué, tu memoria está bien adornada. Pero viniendo á nuestro proyecto en qué Reyno de España juzgas tú conveniente establezcámos nuestra residencia filosófica? Yo opino por Aragon, respondió mi confidente; allí encontrarémos sitios hermosísimos, en donde podrémos pasar una vida deliciosa. Está bien, le dixe, sea así; detengámonos en Aragon, consiento en ello: ojalá descubrámos una habitacion que me provea todos los placeres de que se alimenta mi imaginacion.

CAPITULO X.

De lo que hiciéron al llegar á Madrid; del hombre que encontró Gil Blas en la calle, y de lo que se siguió á este encuentro.

Luego que llegámos á Madrid fuímos á hospedarnos á una pequeña posada, en la qual se habia alojado Scipion en sus viages. Lo primero que hicímos fué ir á casa de Salero á tomar nuestros doblones. Este nos recibió muy bien, y me manifestó se alegraba mucho de verme en libertad, protestándome que le habia sido sensible mi desgracia, y que ella le habia disgustado de la alianza de las gentes de la Corte, cuyas fortunas están demasiadamente en el ayre. He casado á mi hija Gabriela con un rico negociante. Vmd. ha hecho muy bien,

le

le respondí : ademas de que este partido es mas sólido; un paisano que viene á ser suegro de un noble no está siempre gustoso con su señor yerno.

Despues habiendo mudado de discurso y viniendo al hecho proseguí : señor Gabriel háganos Vmd. el favor, si gusta, de darnos los mil doblones que...... Vuestro dinero está pronto, interrumpió el platero; el qual habiéndonos hecho pasar á su gabinete nos mostró dos sacos en los quales habia unos rótulos que decian : estos sacos de doblones son del señor Gil Blas de Santillana. Ved aquí me dixo, el depósito tal como se me ha confiado.

Dí gracias á Salero del favor que me habia hecho, y muy consolado de haberme quedado sin su hija, nos llevámos los sacos á la posada en donde contámos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal desfalcados los cinqüenta doblones que se habian gastado en mi libertad. Ya no pensámos mas que en ponernos en estado de salir para Aragon. Mi secretario tomó á su cargo comprar una silla volante y dos mulas. Yo por mi parte hice la provision de camisas y vestidos. En una de las veces que iba arriba y á baxo haciendo mis compras encontré al Baron de Steimbach, Oficial de la Guardia Alemana, en casa del qual se habia criado Don Alfonso.

Saludé á este caballero, quien habiéndome tambien conocido, se vino á mí y me abrazó: me

me alegro con extremo, le dixe de ver á su Señoria en tan buena salud, y al mismo tiempo tener ocasion de saber de mis amados Señores Don César y Don Alfonso de Leiva. Puedo dar á Vmd. muy ciertas nuevas, me respondió, pues ámbos están actualmente en Madrid, y ademas en mi casa. Tres meses hace que viniéron á la Corte á dar las gracias al Rey de un beneficio que este ha hecho á Don Alfonso en recompensa de los servicios que sus abuelos han hecho al Estado; lo han nombrado Gobernador de la Ciudad de Valencia sin que haya pedido este empleo ni solicitado por otra persona. Ha sido graciosamente; lo qual prueba que nuestro Monarca sabe recompensar el valor.

Aunque yo supiese mejor que Steimbach en que consistia, no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba, y sí un deseo tan vivo de saludar á mis antiguos amos, que para satisfacerlo me llevó inmediatamente á su casa. Yo queria probar á Don Alfonso, y juzgar por su recibimiento si me estimaba todavía. Lo encontré en una sala jugando al axedrez con la Varonesa de Steimbach. Luego que me percibió dexó el juego y se vino hácia mí arrebatado, y apretándome la cabeza entre sus brazos, me dixo con un ayre que manifestaba una verdadera alegría: ¡Santillana, que, al fin vuelvo á verte! Estoy loco de gusto. No tengo la culpa de que nos separáramos;

mos; yo te supliqué, si haces memoria, que no te fueras de la casa de Leiva, y tú no hiciste caso de mi súplica. No obstante no te lo imputo á delito, ántes bien te agradezco el motivo de tu ida; pero despues debias haberme escrito y quitarme el trabajo de hacerte buscar inútilmente en Granada, en donde mi cuñado Don Fernando me habia escrito que estabas.

Despues de esta pequeña reprehension continuó, dime lo que haces en Madrid. Al parecer tú tienes aquí algun empleo. Está persuadido á que me intereso ahora mas que nunca en tus cosas. Señor, le respondí, no hace todavía quatro meses que ocupaba en la Corte un puesto demasiado considerable. Tenia la honra de ser Secretario y Confidente del Duque de Melar. ¡Es posible, exclamó Don Alfonso con un extremo espanto! ¡Qué! ¿Has logrado tú la confianza del primer Ministro? He adquirido su favor, respondí, y lo he perdido del modo que voy á decir. Entónces le conté toda la historia, y la acabé por la resolucion que habia tomado de comprar con lo poco que me quedaba de mi pasada prosperidad una pobre casa de campo para tener allí una vida retirada.

El hijo de Don César despues de haberme oido con mucha atencion me dixo: mi amado Gil Blas, tú sabes que siempre te he querido, y ahora mas que nunca, y

pues

pues el Cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero darte una prueba de mi amistad, y no consentir que seas mas el juguete de la fortuna. Para libertarte de su poder quiero darte un bien que no podrá quitarte. Pues que estás determinado á vivir en el campo, te doy una pequeña tierra que tenémos cerca; es Liria, distante quatro leguas de Valencia, la qual has visto tú. Este regalo lo podémos hacer sin incomodarnos. Me atrevo á decir que mi padre no desaprobará esta determinacion, y que Serafina tendrá en ello verdadero gusto.

Me arrojé á los pies de Don Alfonso, quien en el momento me hizo levantar. Le besé la mano, y mas enamorado de su buen corazon que de su beneficio le dixe: Señor, vuestras atenciones me llenan de complacencia; el don que Vmd. me hace me es tanto mas agradable quanto que precede al reconocimiento de un favor que yo he hecho á Vmd., y mas bien quiero deberlo á su generosidad que á su agradecimiento. Mi Gobernador quedó un poco sorprendido de este discurso, y no dexó de preguntarme que favor era el que le decia. Se lo dixe con todas sus circunstancias, lo qual aumentó su admiracion. Estaba muy léjos de pensar, como el Baron de Steimbach, que el gobierno de la Ciudad de Valencia se le hubiese dado por mí. No obstante no teniendo duda de ello me dixo: Gil Blas, pues que debo á tí

mi

mi empleo no quiero darte solo la pequeña tierra de Liria, quiero unir á ella dos mil ducados de pension.

Alto ahí, señor Don Alfonso, interrumpí, no despierte Vmd. mi avaricia. Los bienes de nada sirven mas que de corromper las costumbres. Yo lo he probado demasiadamente. Acepto gustoso vuestra tierra de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que yo tengo por otra parte: esto me es suficiente; y léjos de desear mas, perderia mas bien lo que tengo de superfluo en lo que poseo. Las riquezas son un cuidado viviendo en un retiro, en donde solo se busca la tranquilidad.

Don César llegó quando estábamos en esta conversacion. No manifestó al verme ménos alegría que su hijo; y quando supo los motivos de agradecimiento que me tenia su familia se empeñó en que habia de aceptar la pension; lo qual rehusé de nuevo. En fin el padre y el hijo me lleváron prontamente á casa de un notario, en donde hiciéron la escritura de donacion, que ámbos firmáron con mas gusto que si fuera un documento á favor suyo. Luego que estuvo el contrato finalizado me lo diéron diciendo que la tierra de Liria ya no era suya, que fuese quando quisiese á tomar posesion de ella. Despues se volviéron á casa del Baron de Steimbach, y yo me fuí volando á la posada, en donde llené de ad-

mi-

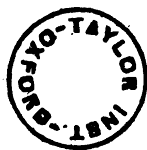
miracion á mi secretario quando le dixe que teniamos una hacienda en el Reyno de Valencia, y que le conté el modo como la habia adquirido. ¿ Quánto puede valer esa pequeña heredad, me dixo? Quinientos ducados de renta, le respondí, y puedo asegurarte que es una amable soledad. Yo la he visto por haber estado muchas veces en calidad de mayordomo de los Señores de Leiva. Es una pequeña casa situada sobre la orilla de Guadalaviar en una aldea de cinco ó seis fuegos, y en un pais hermosísimo.

Lo que me gusta mucho, exclamó Scipion, es que tendrémos allá caza, vino de Venicarló, y excelente moscatel. Vámos, patron mio, démonos priesa á dexar el mundo, y llegar á nuestra hermita. No tengo ménos deseo que tú, le respondí, de estar allá; pero ántes es preciso dar una vuelta á las Asturias. Mi padre y mi madre estarán precisamente miserables. Quiero ir á verlos y llevármelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descanso. Acaso me habrá el Cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dexara de hacerlo así seria castigado. Scipion apoyó mucho mi determinacion, y me excitó á executarla: no perdamos tiempo, me dixo, ya tengo silla volante. Compremos prontamente mulas, y tomémos el camino de Oviedo. Sí, amigo mio, le respondí, partámos quanto ántes. Me es indispensable partir las delicias de

mi retiro con los autores de mi vida. Presto estarémos en nuestra aldea, y en llegando quiero escribir en la puerta de mi casa estos dos versos latinos con letras de oro:

INVENI PORTUM. SPES ET FORTUNA VALETE.
SAT ME LUXISTIS; LUDITE NUNC ALIOS.

FIN DEL TOMO TERCERO.



IN-

INDICE DE LOS CAPITULOS
contenidos en este tercer tomo.

LIBRO SEPTIMO.

de

LI-

LIBRO OCTAVO.

LIBRO NONO.

cie-





